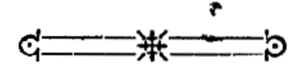
TH. RIBOT

# LAS Enfermedades de la voluntad

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

DE

RICARDO RUBIO



MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
48 — PRECIADOS — 48
1899

LAS ENFERMEDADES

# DE LA VOLUNTAD

---

## INTRODUCCIÓN

Durante estos últimos años, muchos autores, sobre todo en el extranjero, han expuesto al pormenor algunas partes de la psicología, según el principio de la evolución. Me ha parecido que se sacaría algún provecho de tratar estas cuestiones con el mismo espíritu, pero bajo otra forma: la de la *disolución*.

Me propongo, pues, en este trabajo ensayar con respecto á la voluntad lo que hice precedentemente á propósito de la memoria; estudiar sus anomalías y sacar de tal estudio conclusiones sobre su estado normal. Por muchos conceptos, la cuestión es más difícil; el término voluntad designa una cosa más vaga que el término memoria. Que se considere la memoria como una función, una propiedad ó una facul-

tad, siempre resulta una manera de ser estable, una disposición psíquica sobre la que todo el mundo se entiende. La voluntad, por el contrario, se resuelve en voliciones, cada una de las cuales es un momento, una forma instable de la actividad, una resultante, que varía á merced de las causas que la producen.

Aparte de esta primera dificultad, hay otra que puede parecer todavía más grande, pero de la cual no dudamos en desembarazarnos sencillamente. ¿Se puede estudiar la patología de la voluntad sin tocar el intrincado problema del libre albedrío?—Esta abstención nos parece posible y hasta necesaria. Se nos impone, no por timidez, sino por razón de método. Como toda ciencia experimental, la psicología debe abstenerse rigurosamente de toda investigación relativa á las causas primarias. El problema del libre albedrío es de este orden. Uno de los grandes servicios de la crítica de Kant y de los que le han continuado, ha sido demostrar que el problema de la libertad se reduce á saber si es posible emanciparse de la cadena de efectos y causas para fijar un comienzo absoluto. Este poder «que atrae, suspende ó separa», como lo define un contemporáneo que lo ha estudiado á fondo (1), no puede ser afirmado sino á condición de entrar en la metafísica.

(1) Renouvier, *Essai de critique générale*, 2e édition. I,65-40 39.

Aquí, nada de esto tenemos que intentar. Nuestro único objeto es la experiencia interna; sus límites son nuestros límites. Tomamos las voliciones á título de hechos, con sus causas inmediatas, es decir, los motivos que las producen, sin investigar si estas causas suponen otras causas hasta el infinito, ó si van acompañadas de cierta espontaneidad. La cuestión se encuentra así puesta bajo una forma igualmente aceptable para los deterministas y para sus adversarios, conciliable con una y otra hipótesis. Además, esperamos dirigir nuestras investigaciones de tal manera, que la ausencia de toda solución sobre este punto no se eche nunca de menos.

Trataré de demostrar, al término de este estudio, que en todo acto voluntario hay dos elementos bien distintos: el estado de conciencia, el «yo quiero», que expresa una situación, pero que no tiene por sí mismo ninguna eficacia; y un mecanismo psicofisiológico muy complejo, en el que únicamente reside el poder de obrar ó de impedirnos obrar.

Como esta conclusión general no puede ser más que el resultado de conclusiones parciales aportadas por la patología, evitaré provisionalmente en esta introducción todo punto de vista sistemático; me limitaré á estudiar la voluntad en su doble mecanismo de impulsión y suspensión y en su fuente—el carácter indivi-

dual,—omitiendo todos los pormenores que no importen á nuestro propósito (1).

I

El principio fundamental que domina la psicología de la voluntad, bajo su forma impulsiva, en el estado sano como en el morboso, es que todo estado de conciencia tiene siempre una tendencia á expresarse, á traducirse por un movimiento, por un acto. Este principio no es más que un caso particular, propio de la psicología, de esta ley fundamental: que el reflejo es el tipo único de toda acción nerviosa, de toda vida de relación. Propiamente hablando, la actividad en el animal no es un comienzo, sino un fin; no una causa, sino un resultado; no un principio, sino una continuación. Aquí está el punto esencial, que no hay que perder jamás de vista, el único que explica la fisiología y la patología de la voluntad: porque este impulso del estado de conciencia á traducirse en un acto psicológico ó fisiológico, consciente ó inconsciente, es el hecho simple á que se reducen las combinaciones y complicaciones de la actividad voluntaria más elevada.

(1) Se encontrará en el reciente libro de Schneider *Der menschliche Wille vom Stanpundkte der neueren Entwickelungstheorien*, Berlín, 1882, una buena monografía de la voluntad, en el estado normal y desde el punto de vista de la evolución. Sentimos no haber tenido conocimiento de ella hasta que nuestro trabajo estaba casi terminado.

El recién nacido no es más que «un ser espinal», como lo ha definido Virchow. Su actividad es puramente refleja; se manifiesta por tal profusión de movimientos, que el trabajo de la educación debe consistir durante mucho tiempo en suprimir ó en restringir el mayor número de ellos. Esta difusión de los reflejos que tiene su razón en relaciones anatómicas, traduce en toda su sencillez la trasformación de las excitaciones en movimientos. Que éstos sean conscientes ó que despierten un rudimento de conciencia, en ningún caso representan una actividad voluntaria; no expresan propiamente más que la actividad de la especie, lo que se ha adquirido, organizado y fijado por la herencia, pero esos son los materiales con que ha de construirse la voluntad.

El deseo señala una etapa ascendente del estado reflejo al estado voluntario. Entendemos por deseo las formas más elementales de la vida afectiva, las únicas que pueden producirse, hasta que nace la inteligencia. Fisiológicamente, no difieren de los reflejos de orden complejo. Psicológicamente, difieren de éstos por el estado de conciencia, frecuentemente muy intenso, que los acompaña. Su tendencia á traducirse en actos es inmediata é irresistible, como la de los reflejos. En el estado natural y mientras se mantiene puro de toda alianza, el deseo tiende á satisfacerse inmediatamente; tal es su ley,

inscrita en el organismo. Los niños y los salvajes nos ofrecen excelentes ejemplos. En el adulto, el deseo no se presenta ya en su estado natural; la educación, el hábito, la reflexión, lo mutilan ó refrenan. Pero, con frecuencia, recaba sus derechos, y la historia nos enseña cómo en los déspotas, que en su propia opinión y en la de los demás están por cima de toda ley, los conserva siempre.

La patología nos hará ver que esta forma de actividad aumenta cuando la voluntad se debilita y persiste cuando ésta desaparece. Señala, sin embargo, un progreso sobre el primer período, porque acusa un comienzo de individualidad. Sobre el fondo común de la actividad específica, los deseos dibujan vagamente el carácter individual; reflejan la manera de reaccionar de un organismo determinado.

En cuanto una suma suficiente de experiencia permite que nazca la inteligencia, se produce una nueva forma de actividad, á la que conviene el epíteto de ideo-motriz, puesto que las ideas son causa de movimientos. Tiene además la ventaja de señalar su parentesco con los reflejos, de que no es sinó un perfeccionamiento.

¿Cómo puede una idea producir un movimiento? Hé aquí una cuestión que embarazaría grandemente á la psicología antigua, pero que aparece sencilla cuando se consideran los he-

chos en su verdadera naturaleza. Es hoy una verdad corriente en la fisiología cerebral que la base anatómica de nuestros estados mentales comprende á la vez elementos motores y elementos sensitivos. No insistiré sobre una cuestión que ha sido tratada al por menor en otra parte (1), y que supondría una digresión. Recordare únicamente que nuestras percepciones, en particular las más importantes, las de la vista y el tacto, implican, á título de elementos integrantes, movimientos del ojo y de los miembros; y que si cuando vemos realmente un objeto, el movimiento es un elemento esencial, debe representar el mismo papel cuando vemos el objeto idealmente. Las imágenes y las ideas, aun abstractas, suponen un substrato anatómico, en el que los movimientos están representados en alguna medida.

Es cierto que, concretando la cuestión, podría decirse que es preciso distinguir dos especies de elementos motores; los que sirven para constituir un estado de conciencia y los que sirven para traducirlo: los unos intrínsecos, los otros extrínsecos. La idea de una bola, por ejemplo, es la resultante de impresiones de superficies y de adaptación musculares particulares; pero estas últimas son el resultado de la sensibilidad muscular y, por este título, son sensa-

(1) *Revue philosophique*, Octubre 1879, p. 371 y siguientes.

ciones de movimiento, más bien que movimientos propiamente dichos: son elementos constitutivos de nuestra idea, más bien que una manera de traducirla al exterior.

De todos modos, esta relación estrecha establecida por la fisiología entre la idea y el movimiento nos deja entrever cómo la una produce el otro. En realidad, una idea no produce un movimiento; sería una cosa maravillosa, este cambio total y repentino de función. Que una idea, tal como los espiritualistas la definen, produjese súbitamente un juego de músculos, sería nada menos que un milagro. No es el estado de conciencia, como tal, sino el estado fisiológico correspondiente, el que se trasforma en acto. Y aún más; la relación no es entre un fenómeno psíquico y un movimiento, sino entre dos estados de la misma naturaleza, entre dos estados fisiológicos, entre dos grupos de elementos nerviosos, uno sensitivo y otro motor. Si nos obstinamos en hacer de la conciencia una causa, todo queda oscuro; si se la considera como el elemento que acompaña á un proceso nervioso, el cual es el fenómeno esencial, todo se pone en claro y las dificultades ficticias desaparecen.

Esto admitido, podemos clasificar, *grosso modo*, las ideas en tres grupos, según que su tendencia á trasformarse en acto es fuerte, moderada ó débil y hasta, en cierto sentido, nula.

1.° El primer grupo comprende los esta-

dos intelectuales, extremadamente intensos (las ideas fijas pueden servir de tipo). Pasan al acto con una fatalidad, una rapidez, casi iguales á las de los reflejos. Son las ideas «que nos conmueven». La antigua psicología, afirmando un hecho de experiencia vulgar, decía en su lenguaje que la inteligencia no obra sobre la voluntad, sino por intermedio de la sensibilidad. Dejando á un lado estas entidades, esto significa que el estado nervioso que corresponde á una idea se traduce tanto mejor en movimiento, si va acompañado de aquellos otros estados nerviosos (cualesquiera que sean) que corresponden á sentimientos.

Hecha esta traducción, se comprende por qué, en el caso actual, estamos tan cerca de la fase precedente, por qué la acción nerviosa es más enérgica, obra sobre más elementos.

La mayor parte de las pasiones, desde que traspasan el nivel del puro apetito, entran en este grupo como principios de acción; toda la diferencia no es más que de grado, según que, en el complejo así formado, los elementos afectivos predominen, ó inversamente (1).

(1) La independencia relativa de la idea y del sentimiento como causas de movimiento está claramente determinada por ciertos casos patológicos. La idea de un movimiento es por sí sola incapaz de producirlo; pero, si la emoción se añade, el movimiento se produce. Un hombre afectado de parálisis no puede con ningún esfuerzo de voluntad mover el brazo; mientras que se le verá agitarse violentamente bajo el influjo de una emoción causada por la llegada de un amigo. En los casos de reblandecimiento de la

2.° El segundo grupo es el más importante para nosotros. Representa la actividad razonable, la voluntad en el sentido corriente de la palabra. La concepción va seguida de un acto, después de una deliberación, corta ó larga. Si se reflexiona en ello se encontrará que la mayor parte de nuestras acciones se refieren á este tipo; deducción hecha de las formas precitadas y de los hábitos. Que yo me levante para asomarme al balcón, ó que me afilie en la milicia para llegar á ser un día general, no hay más que una diferencia en más ó en menos; una volición muy compleja y á largo plazo, como la última, que debe resolverse en una serie de voliciones simples, sucesivamente adaptadas á tiempos y lugares.—En este grupo la tendencia al acto no es ni instantánea ni violenta. El estado afectivo concomitante es moderado. Muchas de las acciones que forman la trama ordinaria de nuestra vida, van acompañadas en su origen de un sentimiento de placer, de curiosidad, etc. Después, el sentimiento primitivo se debilita, pero el lazo entre la idea y el acto queda establecido; cuando aquélla nace, éste la sigue.

3.° Con las ideas abstractas, la tendencia al movimiento alcanza su mínimum. Siendo estas ideas representaciones de representaciones,

médula espinal con parálisis, una emoción, una pregunta dirigida al enfermo, puede causar movimientos violentos en los miembros inferiores sobre los que no tiene acción su voluntad.

puros esquemas, extractos fijados por su signo, el elemento motor se empobrece en la misma medida que el elemento representativo. Si se consideran todas las formas de actividad, que acabamos de indicar, como complicaciones sucesivas del reflejo simple, puede decirse que las ideas abstractas son una ramificación colateral, débilmente ingerta al tronco principal, y que se ha desarrollado á su manera. La tendencia motriz se reduce á esa palabra interior, por débil que sea, que las acompaña, ó al despertar de cualquier otro estado de conciencia. Porque, del mismo modo que en fisiología el período centrífugo de un reflejo no conduce siempre á un movimiento, que también á la secreción de una glándula ó á una acción trófica, así en psicología un estado de conciencia no termina siempre en un movimiento, sino en la reproducción de otros estados de conciencia, según reproduzcan el mecanismo bien conocido de la asociación.

La oposición, tan frecuentemente observada entre los espíritus especulativos, que viven en las abstracciones, y las gentes prácticas, no es más que la expresión visible y palpable de las diferencias psicológicas, que acabamos de señalar. Recordemos también, á título de aclaración, otras verdades triviales: la diferencia entre conocer el bien y practicarlo, ver lo absurdo de una creencia y abandonarla, condenar

una pasión y sacrificarla. Todo esto se explica por la tendencia motora, extremadamente débil, de la idea reducida á sí misma. Ignoramos las condiciones anatómicas y fisiológicas necesarias para el nacimiento de una idea abstracta; pero podemos afirmar sin temor, que en cuanto esa idea llega á ser motivo de acción, se le agregan otros elementos; es lo que sucede con los que «se consagran á una idea». Los sentimientos son los únicos que gobiernan al hombre.

## II

Ateniéndonos á lo que precede, la actividad voluntaria nos aparece como un momento en esa evolución ascendente que va del reflejo simple, cuya tendencia al movimiento es irresistible, á la idea abstracta, cuya tendencia al acto es mínima. No puede fijarse rigurosamente ni el comienzo ni el fin, siendo como es casi insensible la transición de una forma á otra.

De todo propósito, y por razones de claridad, no hemos examinado el problema en toda su complejidad. Hasta hemos eliminado uno de los elementos esenciales, característicos de la voluntad. Tal como se la ha considerado hasta aquí, podría definirse: un acto consciente, más ó menos deliberado, en vista de un fin, sencillo ó complejo, próximo ó lejano. Así parecen concebirla autores contemporáneos, como Mauds-

ley y Lewes, cuando la definen «la excitación causada por ideas» (*impulse by ideas*), ó bien «la reacción motora de los sentimientos y de las ideas». Así comprendida, la volición sería simplemente un *laisser faire*. Pero la volición es otra cosa. Tiene además un poder de *suspensión*, ó, para hablar el lenguaje de la fisiología, un poder de *inhibición*.

Para la psicología fundada sólo en la observación interna, esta distinción entre permitir é impedir tiene poca importancia; mas para la psicología que pide al mecanismo fisiológico alguna ilustración sobre las operaciones del espíritu—y que tiene á la acción refleja por el tipo de toda actividad,—aquella distinción es capital.

La doctrina corriente admite que la voluntad es un *fiat*, al que los músculos obedecen no se sabe cómo. En esta hipótesis, importa poco que el *fiat* mande un movimiento ó una detención. Pero si se admite, con todos los fisiólogos contemporáneos, que el reflejo es el tipo y la base de toda acción, y si, por consiguiente, no há lugar á investigar por qué un estado de conciencia se trasforma en movimiento—puesto que esta es la ley—es preciso explicar por qué no se transforma. Desgraciadamente, la fisiología está llena de oscuridad y de indecisiones sobre este punto.

El caso más sencillo del fenómeno de suspen-

sión ó de inhibición consiste en la detención de los movimientos del corazón por la excitación del pneumo-gástrico. Se sabe que el corazón (independientemente de los ganglios intracardiacos) está inervado por filamentos que vienen del gran simpático, que aceleran sus latidos, y por filamentos del nervio vago. La sección de este último aumenta los movimientos; la excitación del extremo central, por el contrario, los suspende por más ó menos tiempo. Es, pues, un nervio de detención y la inhibición es considerada generalmente como resultado de una interferencia. La actividad refleja de los centros cardiacos se hace más lenta ó se suspende por las excitaciones que vienen del bulbo. En otros términos, la acción motora del pneumo-gástrico se traduce en los centros cardiacos por actividad y produce una detención. Todo esto no tiene un alcance psicológico inmediato; pero hé aquí lo que más nos interesa.

Es un hecho bien conocido que la excitabilidad refleja de la médula aumenta cuando se sustrae de la acción del cerebro. El estado de los animales decapitados ofrece de ello pruebas excelentes. Sin recurrir á esos casos extremos, se sabe que los reflejos son más intensos durante el sueño que en el estado de vigilia. Para explicar este hecho, algunos autores han admitido en el cerebro centros de suspensión. Setschenow los colocaba en los tálamos ópticos y la re-

gión de los tubérculos cuadrigéminos. Se apoyaba en el hecho de que, excitando por medios químicos, ó por otra clase de medios, las partes precitadas, producía una depresión de los reflejos.—Goltz coloca estos centros de suspensión en el cerebro propiamente dicho.

Estas hipótesis y otras análogas (1) han sido muy criticadas, y muchos fisiólogos admiten simplemente que, en el estado normal, las excitaciones se reparten á la vez en el cerebro por una vía ascendente y en la médula por una vía trasversa; que, por el contrario, en los casos en que el cerebro no puede entrar en juego, como las excitaciones no encuentran abierta más que una sola vía, resulta una especie de acumulación, cuyo efecto es una excitabilidad refleja exagerada.

En estos últimos tiempos, Ferrier (2), colocándose en un punto de vista cuya importancia psicológica es evidente, ha admitido la existencia, en los lóbulos frontales, de centros moderadores, que serían el factor esencial de la atención.

Sin entrar en más pormenores, se ve que, para explicar el mecanismo de la inhibición, no

(1) Para la historia completa de la cuestión, se puede consultar Eckhard, *Physiologie des Rückenmarks* en la *Physiologie* de Hermann, vol. II, 2.ª parte, pág. 33 y siguientes. En ella se encontrarán los experimentos y las interpretaciones de Setschenow, Goltz, Schiff, Herzen, Cyon, etc., etc.

(2) Ferrier, *Les fonctions du cerveau*, pág. 103, 104.

hay ninguna doctrina clara y universalmente aceptada, como para los reflejos. Unos admiten que la suspensión viene de dos tendencias contrarias que se contrarrestan y anulan. Otros admiten centros de suspensión (y aun nervios de suspensión) capaces de detener una acción trasmitida, en lugar de reforzarla. Hay además otras muchas hipótesis, que es inútil mencionar (1). Dado este estado de ignorancia, examinemos como mejor podamos la cuestión.

En toda suspensión voluntaria hay que considerar dos cosas: el mecanismo que la produce, del que acabamos de hablar; y el estado de conciencia que la acompaña, del que hablaremos ahora.

Ante todo, hay casos en que no es necesario explicarse la suspensión, aquellos en que la incitación voluntaria cesa por sí misma; cuando arrojamos á un lado, por ejemplo, el libro que decididamente nos aburre.

Otros casos parecen explicarse por una de las hipótesis precitadas. Contenemos voluntariamente la risa, el bostezo, la tos, algunos movimientos apasionados, poniendo en acción, á lo que parece, los músculos antagónicos.

Para los casos en que se ignora cómo la suspensión se produce, en que el mecanismo fisio-

(1) Véase Wundt, *Mechanik der Nerven;* Lewes, *Physical Basis of Mind*, p. 300-301.

lógico nos es desconocido, la psicología pura nos enseña aún alguna cosa. Tomemos un ejemplo bien común: un acceso de cólera dominado por la voluntad. Para no exagerar el poder voluntario, notemos desde luego que tal dominio está bien lejos de ser la regla general. Algunos individuos parecen incapaces de conseguirlo. Otros lo alcanzan muy desigualmente; su poder de suspensión varía á merced del momento y de las circunstancias. Bien pocos son siempre dueños de sí mismos.

Es preciso para que la suspensión se produzca una primera condición: el tiempo. Si la incitación es tan violenta que pasa inmediatamente al acto, todo está concluído; cualquier tontería que haya de seguirse es demasiado tarde para evitarla. Si se llena la condición del tiempo, si el estado de conciencia suscita estados antagónicos, si estos son suficientemente estables, la suspención tiene lugar. El nuevo estado de conciencia tiende á suprimir el anterior y, debilitando la causa, suprime los efectos.

Es de una importancia capital para la patología de la voluntad la investigación del fenómeno fisiológico que se produce en semejante caso. No puede dudarse de que la cantidad de influjo nervioso (cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre su naturaleza) varía de un individuo á otro, y de un momento á otro en un

mismo individuo. No puede dudarse tampoco de que en un momento dado, en un individuo cualquiera, la cantidad disponible puede ser distribuída de una manera variable. Claro está que en el matemático que especula y en el hombre que satisface una pasión física la cantidad de influjo nervioso no se gasta de la misma manera y que una forma de gasto impide la otra, no pudiendo emplearse el capital disponible en dos fines á la vez.

«Vemos, dice un fisiólogo (1), que la excitabilidad de ciertos centros nerviosos se atenúa al ponerse en actividad algunos otros, si las excitaciones que sufren estos últimos tienen cierta intensidad; tal es el hecho. Si consideramos el funcionamiento normal del sistema nervioso, observamos que existe un equilibrio necesario entre los diferentes aparatos de este sistema. Sabemos que tal equilibrio puede romperse por el predominio anormal de ciertos centros, los cuales parece que desvían, en provecho propio, una gran parte de la actividad nerviosa; entonces el funcionamiento de los demás centros aparece perturbado..... Hay leyes generales que presiden á la repartición de la actividad nerviosa en los diferentes puntos del sistema, como hay leyes mecánicas que gobiernan la circulación de la sangre en el sistema vascular;

(1) Frack, *Dict. encycl. des sciencies médicales*, art. NERVEUX, pág. 572.

si sobreviene una gran perturbación en un departamento vascular importante, no puede menos de sentirse el efecto en todos los demás puntos del sistema. Notamos estas leyes de hidrodinamia porque el fluído en circulación nos es accesible y porque conocemos las propiedades de los vasos que lo contienen, los efectos de la elasticidad, los de la contracción muscular, etc. Pero las leyes de la repartición de la actividad nerviosa, de esa especie de circulación de lo que se ha llamado el fluído nervioso, ¿quién las conoce? Se ven los efectos de las rupturas de equilibrio de la actidad nerviosa; pero son estas perturbaciones tan variables, que se escapan aún á toda tentativa de teoría. No podemos hacer más que notar su producción teniendo en cuenta las condiciones que la acompañan».

Si aplicamos estas consideraciones generales á nuestro caso particular ¿qué vemos? El estado de conciencia primitivo (cólera) ha evocado estados antagónicos, que varían necesariamente de un hombre á otro: la idea del deber, el temor de Dios, de la opinión, de las leyes, de las funestas consecuencias, etc. Así se produce un segundo centro de acción, es decir, en términos fisiológicos, una derivación del aflujo nervioso, un empobrecimiento del primer estado en provecho del segundo. Esta derivación ¿es suficiente para restablecer el equilibrio? El resultado solamente puede dar la respuesta.

Pero, cuando la suspensión se produce, nunca es más que relativa, y su único resultado el de terminar en una menor acción. Lo que queda de la impulsión primitiva se gasta como es posible, por gestos medio contenidos, por perturbaciones en las vísceras, ó por alguna derivación artificial, como la de aquel soldado que, al ir á ser fusilado, mascaba una bala para no gritar. Hay muy pocos lo suficientemente bien dotados por la naturaleza y acostumbrados por el hábito para reducir los reflejos á movimientos imperceptibles.

Esta derivación del influjo nervioso no es, pues, un hecho primitivo, sino un estado de formación secundaria, constituído á expensas del primero por medio de una asociación.

Debemos hacer notar también que, además de estos dos centros de acción antagónicos, hay otras causas que tienden á debilitar directamente los impulsos primitivos.

Aquí tenemos que examinar la dificultad más de cerca, porque la coexistencia de estos dos estados de conciencia contrarios (1), suficiente para producir la indecisión, la incertidumbre, la inacción, no lo es para producir una suspensión voluntaria, en el sentido real de la palabra, un «yo no quiero». Hace falta otra condición. Esta se encuentra en un elemento

(1) Bien entendido, que no los separamos de sus condiciones fisiológicas, que son el elemento principal.

afectivo de la más alta importancia, del que aún no hemos dicho nada. Los sentimientos no son todos estimulantes para la acción. Muchos tienen un carácter *deprimente*. El terror puede considerarse como el tipo extremo de éstos; en su más alto grado, anonada. Un hombre bruscamente impresionado por un gran dolor es incapaz de toda reacción voluntaria ó reflejo. La anemia cerebral, la paralización del corazón, que á veces acarrea la muerte por síncope, el sudor con enfriamiento de la piel, el relajamiento de los esfínteres: todo indica que la excitabilidad de los centros musculares, vasomotores, secretores, etc., se suspende momentáneamente. Tal caso es extremo; pero nos lo demuestra con un gran aumento. Por bajo de esto, tenemos todos los grados posibles de temor con todos los grados correspondientes de depresión.

Descendamos de este *maximum* al temor moderado; el efecto deprimente disminuye, pero sin cambiar de naturaleza. Ahora ¿cómo se contienen los movimientos de cólera en el niño? Por las amenazas y las reprimendas; es decir, por la producción de un nuevo estado de conciencia de carácter deprimente, propio para paralizar la acción. «Una niña de tres años y medio, dice M. B. Pérez, comprende por la expresión de la fisonomía, por el tono de la voz, que se le riñe: entonces frunce el ceño, sus

labios se crispan convulsivamente, «pone hocico», se humedecen sus ojos y está á punto de llorar (1)». El nuevo estado tiende á suplantar al otro, no solamente por su propia fuerza, sino por la debilitación que infrinje al sér entero.

Si, á pesar de las amenazas repetidas, la suspensión no se produce, el niño no es, ó apenas es educable en esta relación. Si se produce, resulta de ello, en virtud de una ley bien conocida, que tiende á establecerse una asociación entre los dos estados; el primero despierta el segundo—su correctivo—y, por hábito, la suspensión se hace cada vez más fácil y rápida. En los que son dueños de sí mismos, tal dominio se produce con aquella seguridad que es la marca de todo hábito perfecto. Claro está, por lo demás, que el temperamento y el carácter importan aquí más que la educación.

No es, pues, sorprendente que una tempestad ceda ante frialdad de ideas, ante estados de conciencia, cuya tendencia motora es bastante débil; es que hay detrás una fuerza acumulada, latente, inconsciente, como acabamos de ver.

Para comprender este aparente milagro, no es necsario observar el adulto educado, reflexivo, sino el niño. En este (el salvaje, el hombre mal educado ó ineducable se le parecen) la ten-

(1) *La pychologie de l'enfant*, p. 33.

dencia al acto es inmediata. La obra de la educación consiste justamente en suscitar estos estados antagónicos: hay que entender por educación lo mismo la que el niño debe á su propia experiencia que la que recibe de otro.

Creo, por lo demás, inútil demostrar que todos los sentimientos que producen una suspensión; temor ó respeto á las personas, á las leyes, á los usos, á Dios, han sido en su origen, y continúan siempre siendo, estados deprimentes, que tienden á disminuir la acción.

En suma, el fenómeno de suspensión puede explicarse, de un modo suficiente á nuestro intento, por un análisis de las condiciones psicológicas en que se produce, cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre el mecanismo fisiológico. Sin duda sería mejor ver más claro, tener una idea más neta del *modus operandi*, por el cual dos excitaciones casi simultáneas se neutralizan. Si esta cuestión tan oscura se resolviese, nuestra concepción de la voluntad como poder inhibitorio se haría más precisa, quizás sería otra. Es preciso resignarse á esperar; encontraremos, por lo demás, bajo otras formas, este difícil problema.

## III

Hemos considerado hasta aquí la actividad voluntaria bajo una forma exclusivamente ana-

lítica, que no puede dar una idea exacta de ella, ni mostrarla en su totalidad. No es ni una simple trasformación de cualesquiera estados de conciencia en movimiento, ni un simple poder de retención: es la reacción propia de un individuo. No hay que insistir sobre este punto, sobre el cual la patología es incomprensible.

Los movimientos voluntarios tienen por primer carácter ser *adaptados*; pero esta es una señal común á la inmensa mayoría de los movimientos fisiológicos; la diferencia no es más que de grado.

Dejando aparte los movimientos de orden patológico (convulsiones, corea, epilepsia, etc.) que se producen bajo la forma de una descarga violenta y desordenada, la adaptación se encuentra de lo más bajo á lo más alto.

Los reflejos ordinarios son reacciones de la médula espinal, adaptadas á condiciones muy generales y, por tanto, muy sencillas, uniformes, invariables de un individuo á otro (excepto en casos excepcionales). Tienen un carácter *específico*.

Otro grupo de los reflejos representa las reacciones de la base y de la parte media del encéfalo—bulbo, cuerpos estriados, tálamos ópticos.—Estas reacciones están también adaptadas á condiciones generales poco variables, pero de un orden mucho más complejo: es la actividad

«sensitivo-motora» de ciertos autores. Tanto se parecen de un individuo á otro en la misma especie que tienen un carácter todavía más específico que individual.

Los reflejos cerebrales, sobre todo los más elevados, consisten en una reacción adaptada á condiciones muy complejas, muy variables, muy inestables, que difieren de un individuo á otro y de un instante á otro en el mismo indi viduo. Son las reacciones ideo-motrices, las voliciones. Por perfecta que sea, esta adaptación no es, sin embargo, lo que nos importa. No es más que un efecto, cuya causa no es la volición sino la actividad intelectual. Siendo la inteligencia una correspondencia, un ajuste continuo de relaciones internas á relaciones externas, y bajo su más alta forma, un ajuste perfectamente coordinado, la coordinación de estos estados de conciencia implica la de los movimientos que los expresan. Desde que se elije un fin, éste obra á la manera de lo que los metafísicos llaman una causa final: lleva consigo la elección de los medios propios para conseguirlo. La adaptación es, pues, un resultado del mecanismo de la inteligencia; no tenemos que detenernos en él.

Pero lo que nos interesa es la *elección*, esa preferencia afirmada, después de una comparación más ó menos larga de los motivos. Ella es la que expresa la reacción individual, diferen-

te de las reacciones específicas, y, como veremos, en la patología, ya inferior, ya superior á estas.

¿Qué es la elección? Considerada en su forma, no es más que una afirmación práctica, un juicio que se ejecuta. Nótese bien; del lado fisiológico y exterior, nada distingue un movimiento voluntario de un movimiento involuntario; el mecanismo es el mismo, que yo guiñe un ojo por acción refleja ó de intento para advertir á un cómplice (1). Del lado psicológico é interno nada distingue el juicio en el sentido lógico de la palabra, es decir, una afirmación teórica, de la volición, sino en que ésta se traduce por un acto, siendo así un juicio puesto en ejecución.

Pero, ¿qué es, considerada en su fondo y no ya en su forma? Insistamos sobre este punto fundamental y tratemos de aclararlo. Descendiendo á algunos hechos biológicos muy sencillos, veremos quizá mejor en qué consiste una elección.

Para no perderme en lejanas analogías, no diré nada de la afinidad física (por ejemplo del imán por el hierro). En el reino vegetal re-

(1) Se distinguen en fisiología los músculos voluntarios, de los músculos involuntarios, pero haciendo notar que esta distinción no tiene nada de absoluta. Hay personas, como el fisiólgo E. F. Weber, que pueden á voluntad detener los movimientos de su corazón; otros, como Fontana, producir una contracción del iris, etc Un movimiento es voluntario cuando á continuación de ensayos afortunados y repetidos está ligado á un estado de conciencia y bajo sus órdenes.

cordaré solamente que las plantas insectívoras, como la dionea, escogen con exclusión de los otros, ciertos cuerpos que se les pone en contacto. La ameba escoge igualmente ciertos fragmentos orgánicos de que se alimenta. Estos hechos son indiscutibles: la interpretación es difícil.

Se explican, en general, por una relación de composición molecular entre el que escoge y el que es escogido. Sin duda aquí la elección se ejerce en un campo muy restringido; pero este caso es solo el de su forma más grosera, casi física. El nacimiento y el desarrollo de un sistema nervioso, cada vez más complejo, trasforma esta afinidad ciega en una tendencia consciente, después en varias tendencias contradictorias, una de las cuales predomina—la que representa el *maximum* de afinidad (el perro que duda entre muchos manjares y acaba por elegir uno). Pero en todas partes la elección expresa la naturaleza del individuo en un momento dado, en circunstancias dadas y en un grado dado; es decir, que cuanto más débil es la afinidad, menos marcada es la preferencia.

Podemos, pues, afirmar que la elección, sea que resulte de una tendencia, de varias tendencias, de una sensación presente, de imágenes recordadas, de ideas complejas, de cálculos complicados y proyectados en el porvenir, está

siempre fundada sobre una afinidad, una analogía de naturaleza, una adaptación. Esto es cierto en el animal inferior ó superior y en el hombre, para el vicio ó la virtud, la ciencia, el placer ó la ambición. Para referirnos al hombre, dos ó varios estados de conciencia surgen á título de fines posibles de acción: después de las oscilaciones el uno es preferido, elegido. ¿Porqué, sino porque entre este estado y la suma de los estados conscientes, subconscientes é inconscientes (puramente fisiológicos) que constituyen en este momento la persona, el yo, hay conveniencia, analogía de naturaleza, afinidad? Es la única explicación posible de la elección, á menos de admitir que no tiene causa. Se me propone matar á un amigo; esta tendencia es rechazada con horror, excluída; es decir, que está en contradicción con todas mis tendencias y sentimientos, que no hay ninguna asociación posible entre aquella y estos y que por tanto es aniquilada.

En el criminal, por el contrario, entre la representación del asesinato y los sentimientos de odio ó de avaricia, se establece un lazo de conveniencia, es decir, de analogía; es, por consiguiente, escogido, afirmado como si debiera ser. *Considerada como estado de conciencia, la volición no es, pues, nada más que una afirmación* (ó una negación). Es análoga al juicio, con esta diferencia: que el uno expresa una relación

de conveniencia (ó de inconveniencia) entre ideas; la otra las mismas relaciones entre tendencias: que el uno es un reposo para el espíritu, la otra una etapa hacia la acción; que el uno es una adquisición, la otra una enajenación, porque la inteligencia es un ahorro y la voluntad un gasto. Pero la volición, por sí misma, *á título de estado de conciencia*, no tiene más eficacia para producir un acto que el juicio para producir la verdad. La eficacia viene de otra parte. Insistiremos, á la conclusión, sobre este punto muy importante (1).

La razón última de la elección está pues, en el carácter, es decir, en lo que constituye la marca propia del individuo, en el sentido psicológico, y le diferencia de todos los demás individuos de su especie.

El carácter ó—para emplear un término más general—la persona, *el yo*, que es para nosotros una causa, ¿es á su vez un efecto? Sin duda; pero no tenemos que ocuparnos aquí de las causas que lo producen. La ciencia del carácter, que Stuart Mill reclamaba, hace más de

(1) Acabamos de expresar bajo otra forma este hecho evidente: que la elección va siempre en el sentido del mayor placer. Todo animal, dotado ó privado de razón, sano ó enfermo, no puede querer más que lo que le *parece*, en el momento actual, su mayor bien ó su menor mal. El hombre mismo que prefiere la muerte á la deshonra ó á la apostasía, elige el partido menos desagradable. El carácter individual y el desarrollo de la razón hacen que la elección, ya suba muy alto, ya caiga muy bajo; pero siempre tiende á lo que agrada más. Lo contrario es imposible. Es esto una verdad psicológica tan clara que los antiguos la habían ya convertido en axioma, y ha sido preciso volúmenes de metafísica para oscurecerla.

cuarenta años, bajo el nombre de etología, no está hecha, ni, á lo que parece, cerca de hacerse. Si lo estuviera habría que aceptar sus resultados, sin intentar una excursión en sus dominios; porque remontar siempre de efectos á causas por una progresión sin fin, sería seguir las desviaciones de la metafísica. Además, en cuanto al objeto que nos ocupa, es el carácter un dato último, una verdadera causa, por más que sea también un efecto para otro orden de investigaciones. Notemos de paso, y sólo á título de observación, que el carácter—esto es, el yo, en tanto que reobra—es un producto sumamente complejo, formado por la experiencia, la herencia y las circunstancias fisiológicas anteriores y posteriores al nacimiento. Se puede también afirmar sin temeridad, que lo que le constituye son más bien estados afectivos, una manera propia de sentir, más bien que una actividad intelectual. Esta manera general de sentir, este tono permanente del organismo, es el primero y verdadero motor. Si éste falta, el hombre ya no puede querer; así nos lo demostrará la patología. Por ser este estado fundamental, según la constitución de los individuos, estable ó inseguro, continuo ó variable, enérgico ó débil, es por lo que hay tres tipos principales de voluntad—firme, débil, intermitente—con todos los grados y matices que estos tipos llevan consigo. Pero repitámoslo una vez más:

estas diferencias provienen del carácter del individuo, que depende de su constitución propia: nada hay que buscar fuera de él.

Estamos, pues, completamente de acuerdo con los que niegan que el predominio de un motivo explique por sí solo la volición. El motivo preponderante no es más que una porción de la causa, y siempre la más débil, aunque la más visible; y no tiene eficacia sino en tanto que está elegido, es decir, que entra á título de parte integrante en la suma de los estados que constituyen el yo en un momento dado, y que su tendencia al acto se agregue al grupo de tendencias que provienen del carácter para formar unidad con ellas.

Para nada es, pues, necesario hacer del yo una entidad ó colocarle en una región trascendente para reconocerle una causalidad propia. Esto es un hecho de experiencia muy sencillo, muy claro; lo contrario no se comprende.

Fisiológicamente, significa esto que el acto voluntario se diferencia, así del reflejo simple, en el cual una sola impresión está seguida de un conjunto de contracciones, como de las formas más complejas, en que una sola impresión va seguida de un conjunto de contracciones; y que es el resultado de la organización nerviosa entera, que refleja por sí misma la naturaleza de todo el organismo y reobra en consecuencia.

Psicológicamente significa esto que el acto

voluntario, bajo su forma completa, no es la simple trasformación de un estado de conciencia en movimiento, sino que supone la participación de todo ese grupo de estados conscientes, ó subconscientes, que constituyen el yo en un momento dado.

Tenemos, pues, fundamento para definir la voluntad como una reacción individual y para tenerla por lo que hay en nosotros de más íntimo. El yo aunque un efecto, es una causa. Lo es en el sentido más riguroso, de forma que satisface todas las exigencias.

En resumen, hemos visto que, desde el reflejo más bajo hasta la voluntad más alta, es insensible la transición y que es imposible decir exactamente el momento en que comienza la volición propia, es decir, la reacción personal. De un extremo á otro de la serie la diferencia se reduce á dos puntos: de un lado, una extrema sencillez, del otro, una extrema complejidad,—de un lado, una reacción siempre la misma en todos los individuos de una misma especie; del otro, una reacción que varía según el individuo, esto es, según un organismo particular limitado en el tiempo y en el espacio. Sencillez y permanencia, complejidad y cambio van á la par.

Es claro que, desde el punto de vista de la evolución, todas las reacciones han sido en su origen individuales. Se han hecho orgánicas,

específicas, mediante repeticiones sin número en el individuo y la raza. El origen de la voluntad está en la propiedad que tiene la materia viva de reobrar; su fin está en la propiedad que tiene la materia viva de habituarse, y esta actividad involuntaria, fijada para siempre, es la que sirve de soporte y de instrumento á la actividad individual.

Pero, en los animales superiores, el legado hereditario, los azares del nacimiento y la adaptación continua á condiciones que varían á cada instante, no permiten á la reacción individual fijarse ni tomar una misma forma en todos los individuos. La complejidad de su medio es una salvaguardia contra el automatismo.

Terminamos aquí estos preliminares recordando que su único objeto era el de preparar á la patología que vamos ahora á estudiar.

---

# CAPÍTULO PRIMERO

## DEBILITACIÓN DE LA VOLUNTAD

---

### 1.—*La falta de impulso.*

Acabamos de ver que el término voluntad designa actos bastante diferentes en cuanto á las condiciones de su génesis, pero que todos tienen el carácter común de ser, bajo cualquier forma y en cualquier grado, una reacción del individuo. Sin insistir sobre este análisis, observemos, por razones de claridad y de precisión, los dos caracteres exteriores en que se conoce la volición verdadera: en que es un estado definitivo; y en que se traduce por un acto.

La irresolución, que es un comienzo de estado morboso, tiene causas interiores que la patología nos hará comprender: proviene de la debilidad de las incitaciones ó de su acción efímera. De los caracteres irresolutos, algunos—la menor parte—lo son por riqueza de ideas.

La comparación de los motivos, los razonamientos, el cálculo de las consecuencias, constituyen un estado cerebral extraordinariamente complejo, en que deshacen las tendencias al acto. Pero esta riqueza de ideas no es por sí sola una causa suficiente de la irresolución; no es más que una causa auxiliar. La verdadera causa, aquí, como en todas partes, está en el carácter.

En los irresolutos, pobres de ideas, esto se ve mejor. Si obran, es siempre en el sentido de la menor acción ó de la más débil resistencia. La deliberación da lugar difícilmente á una elección, la elección más difícilmente á un acto.

La volición, por el contrario, es un estado definitivo, que cierra el debate. Por ella entra en el yo un nuevo estado de conciencia—el motivo elegido—á título de parte integrante, con exclusión de los demás estados. El yo está así constituído de una manera fija. En las naturalezas variables, este definitivo es siempre provisional, es decir, que el yo que quiere es un compuesto tan inestable, que al surgir el más insignificante estado de conciencia, le modifica, le hace distinto. El compuesto formado en cada instante no tiene ninguna fuerza de resistencia en el instante que sigue.

En esta suma de estados conscientes é inconscientes que, en cada momento representan

las causas de la volición, la parte del carácter individual es un *mínimum*, la parte de las circunstancias exteriores un *máximum*. Volvemos á caer en esa forma inferior de la voluntad, estudiada más arriba, que consiste en un «laisser faire».

No hay que olvidar jamás tampoco, que querer es hacer, que la volición es un paso al acto. Reducir, como se ha hecho algunas veces, la voluntad á la simple resolución, es decir, á la afirmación teórica de que se hará tal cosa, es contentarse con una abstracción. La elección no es más que un momento en el proceso volutivo. Si no se traduce en acto, inmediatamente ó en tiempo útil, no hay en ella nada que la distinga de una operación lógica del espíritu. Se parece á esas leyes escritas que no se aplican nunca.

Hechas estas observaciones, entremos en la patología. Dividiremos las enfermedades de la voluntad en dos grandes clases, según que producen la *debilidad* ó la *abolición* de la misma.

Las debilidades de la voluntad constituyen la parte más importante de su patología; muestran el mecanismo falseado. Las dividiremos en dos grupos:

1.º Debilidades por falta de impulso;
2.º Debilidades por exceso de impulso;
3.º En razón de su importancia, examinare-

mos aparte las debilidades de la atención voluntaria.

4.° Por último, bajo el título «Reinado de los caprichos», estudiaremos un estado particular en el que la voluntad no logra nunca constituirse ó no lo hace más que por accidente.

# I

El primer grupo contiene hechos de un carácter sencillo, claro y cuyo examen es instructivo. En el estado normal se encuentra un bosquejo de ellos en los caracteres flojos que tienen necesidad, para actuar, de otra voluntad que se sobreponga á la suya; pero la enfermedad va á mostrarnos este estado con un prodigioso aumento.

Guislain ha descrito en términos generales esa debilidad, que los médicos designan bajo el nombre de *abulia*. «Los enfermos saben querer interiormente, mentalmente, según las exigencias de la razón. Pueden experimentar el deseo de hacer; pero son impotentes para hacer convenientemente. Hay en el fondo de su entendimiento una imposibilidad. Querrían trabajar y no pueden..... Su voluntad no puede franquear ciertos límites; se diría que esta fuerza de acción sufre una suspensión: el *yo quiero* no se trasforma en voluntad impulsiva, en determinación activa. Algunos enfermos se asombran

ellos mismos de la impotencia de que está afectada su voluntad..... Cuando se les abandona á sí mismos pasan días enteros en la cama ó en una butaca. Cuando se les habla y se les excita, se expresan convenientemente, aunque de una manera breve: juzgan bastante bien de las cosas (1).»

Como los enfermos en que está intacta la inteligencia son los más interesantes, sólo citaremos casos de este género. Una de las más antiguas observaciones, y la más conocida, se debe á Esquirol.

«Un magistrado muy distinguido por su saber y el poder de su palabra fué atacado, á consecuencia de disgustos, de un acceso de monomanía..... Ha recobrado el uso perfecto de su razón; pero no quiere volver á la sociedad, aunque reconoce que no hace bien, ni ocuparse de sus asuntos, aun cuando confiesa que se resienten del abandono. Su conversación es tan razonable como escogida. Si se le habla de viajar ó de cuidar sus asuntos, responde: sé que debería hacerlo y que no lo puedo hacer. Vuestros consejos son buenos, quisiera seguirlos, me habéis convencido, pero haced de modo que pueda querer, con ese querer que determina y ejecuta.—La verdad es, me decía un día, que no

(1) Guislain, *Leçons orales sur les phrenopathies*, t. I, págs. 479, 46 y 256. Véase también Griesinger, *Traité des maladies mentales*, página 46; Leubuscher, *Zeitschrift für Psychiatrie*, 1847.

tengo voluntad más que para no querer, porque yo tengo mi razón entera, sé lo que debo hacer, pero la fuerza me abandona cuando debería obrar (1)».

El médico inglés Bennett refiere el caso de un hombre «que frecuentemente no podía ejecutar lo que deseaba. A menudo intentaba desnudarse y pasaban dos horas antes de poder sacarse la levita; todas sus facultades mentales, salvo la volición, eran perfectas. Un día pidió un vaso de agua; se le presentaron en una bandeja, pero no podía cogerlo por más que lo deseaba, y tuvo al criado de pie, delante de él, una media hora, antes de poder sobreponerse á tal estado. Le parecía, dijo, que otra persona había tomado posesión de su voluntad (2).»

Un autor que hay que citar siempre para los hechos de psicología morbosa, Th. de Quincey, nos ha descrito, de experiencia personal, esta parálisis de la voluntad. La observación es tanto más preciosa cuanto que es debida á un espíritu sutil, á un escritor delicado.

Por el abuso prolongado del opio tuvo que abandonar los estudios, que en otro tiempo perseguía con gran interés. Se apartaba de ellos con un sentimiento de impotencia y de debilidad infantil, con una angustia tanto más viva cuanto que recordaba el tiempo en que les con-

(1) Esquirol, I, 420.
(2) Bennett, ap. Carpenter, *Mental Physiology*, pág. 385.

sagraba horas deliciosas. Una obra sin terminar, en la que había puesto lo mejor de su inteligencia, no le parecía ya más que una tumba de esperanzas extinguidas, de esfuerzos frustrados, de materiales inútiles, de cimientos puestos á un edificio que no se construiría jamás. En «este estado de debilidad volitiva, pero no intelectual», se dedicó á la economía política, estudio para el que, en otra época, se había encontrado excepcionalmente apto. Después de haber descubierto muchos errores en las doctrinas corrientes, encontró en el tratado de Ricardo, una satisfacción para su sed intelectual, y un placer, una actividad, desconocida para él hacía mucho tiempo. Pensando que algunas verdades importantes se habían, sin embargo, escapado al ojo escrutador de Ricardo, concibió el proyecto de una *Introducción á todo sistema futuro de economía política*. Se hicieron contratos para imprimir y publicar esta obra, que se anunció dos veces. Pero tenía que escribir un prefacio y una dedicatoria á Ricardo, y se encontró completamente incapaz de hacerlo; los contratos fueron rescindidos y la obra quedó sobre la mesa.

«Este estado de entorpecimiento intelectual lo he experimentado más ó menos durante los cuatro años que he pasado bajo el influjo de los encantamientos circeos del opio. Era tal, que podría decirse en verdad que he vivido en esta-

do de sueño. Raramente he podido echar sobre mí el compromiso de escribir una carta; una respuesta de pocas palabras era todo lo que podía hacer en último extremo, y á veces cuando la carta que debía contestar llevaba sobre mi mesa semanas y hasta meses. Sin el auxilio de M..... ninguna nota se habría tomado sobre los recibos pagados ó por pagar. Toda mi economía doméstica, á pesar de mi economía política, cayó en una confusión inexplicable. Hay un punto en el que no insistiré, y del que todo aficionado al opio tendrá finalmente la experiencia: la opresión y el tormento que causan este sentimiento de incapacidad y de debilidad, esta negligencia y esas perpetuas dilaciones en los deberes de cada día, esos remordimientos amargos que nacen de la reflexión. El tomador de opio no pierde, ni su sentido moral, ni sus aspiraciones; anhela y desea tan vivamente como siempre, ejecutar lo que cree posible, lo que siente que el deber le exige, pero su aprensión intelectual excede infinitamente á su poder, no solamente de ejecutar, sino aun de intentar. Está bajo el peso de un incubo, de una pesadilla; ve todo lo que desearía hacer, como un hombre clavado en el lecho por la languidez mortal de una enfermedad deprimente, que se viese forzado á ser testigo de una injuria ó de un ultraje inferido á cualquier persona de su cariño; maldice el sortilegio que le encadena y le

impide el movimiento; se desembarazaría de su vida si pudiese solamente levantarse y andar; pero es impotente como un niño, y no puede ni siquiera ensayar á ponerse en pie» (1).

Terminaré con una última observación—un poco larga—la más larga que conozco, pero que presentará la enfermedad bajo todos sus aspectos. Está referida por Billod en los *Anales médico-psicológicos*.

Se trata de un hombre de sesenta y cinco años, «de constitución fuerte, temperamento linfático, inteligencia desenvuelta, sobre todo para los negocios, sensibilidad mediocre.» Muy prendado de su profesión de notario no se decidió á vender su notaría sino al cabo de largas indecisiones. A consecuencia de esto cayó en un estado de profunda melancolía, rechazando los alimentos, creyéndose arruinado y llevando su desesperación hasta una tentativa de suicidio.

No omito en lo siguiente, más que algunos pormenores puramente médicos ó sin interés para nosotros, y dejo hablar al observador:

«La facultad que nos ha parecido más especialmente alterada es la voluntad..... El enfermo acusa una imposibilidad frecuente de querer ejecutar ciertos actos, aun cuando tiene el deseo de hacerlo y aun cuando su juicio sano,

(1) Th. de Quincey, *Confessions, etc.*, páginas 186 y 188.

por una sagaz deliberación le haga ver la oportunidad y á veces hasta la necesidad.....»

Llevaron al enfermo al hospital de Ivry, y se decidió que emprendería con M. Billod el viaje á Italia.

«Cuando se le anunció su próxima partida: «no podré hacerlo jamás, dijo: y sin embargo, esto me fastidia.» La víspera declaró de nuevo «que no podría jamás». El día mismo se levantó á las seis de la mañana para ir á hacer esta declaración á M. M... Esperábamos, pues, cierta resistencia; pero cuando me presenté no hizo la menor oposición; solamente, como sentía su voluntad pronta á escapársele: «¿dónde está el coche, dijo, que me apresure á montar?»

»Sería ocioso pasear con nosotros al lector y hacerle asistir á todos los fenómenos que ofreció el enfermo durante este viaje. Tales fenómenos pueden muy bien resumirse en tres ó cuatro principales, que daré como criterio de todos los demás.....

»El primero se presentó en Marsella. El enfermo tenía que otorgar, antes de embarcarse, un poder autorizando á su mujer para vender una casa. Lo redactó él mismo, lo copió en papel timbrado y se preparaba á firmarlo. cuando surgió un obstáculo con que estábamos bien lejos de contar. Después de haber escrito su nombre le fué imposible rubricar. En vano lucha el enfermo contra esta dificultad. Cien

veces lo menos hace ejecutar á su mano por encima del papel los movimientos necesarios para la rúbrica, lo que prueba bien que el obstáculo no está en la mano; cien veces la voluntad rebelde no puede ordenar á los dedos que apliquen la pluma sobre el papel. M. P... suda la gota gorda, se levanta impaciente, patea el suelo, vuelve á sentarse y hace nuevas tentativas; la pluma se niega siempre á aplicarse sobre el papel. ¿Se negará por esto que M. P... tenía el más vivo deseo de acabar su firma y que comprendía la importancia de este acto? ¿Se negará la integridad del órgano encargado de ejecutar la rúbrica? El agente parece tan sano como el instrumento; pero el primero no puede aplicarse sobre el segundo. En la voluntad está evidentemente la falta. Esta lucha duró tres cuartos de hora; esta sucesión de esfuerzos alcanzó por fin el resultado del que yo ya desesperaba; la rúbrica fué muy imperfecta, pero se ejecutó. Fuí testigo de esta lucha; tomé en ella el más vivo interés y declaro que es imposible comprobar más manifiestamente una imposibilidad de querer, á pesar del deseo (1).

»Observé algunos días después una imposibilidad del mismo género. Se trataba de salir un rato después de comer. M. P... tenía el más

(1) Trascribo literalmente esta observación, sin prejuzgar nada sobre la doctrina psicológica del autor.

vivo deseo de hacerlo; habría querido, dijo, tener una idea de la fisonomía de la ciudad. Durante cinco días seguidos, se ponía de pie, tomaba el sombrero y se disponía á salir; pero ¡vana esperanza!, su voluntad no podía ordenar á sus piernas que se pusieran en marcha para llevarle á la calle. «Soy evidentemente mi propio prisionero, decía el enfermo; no es usted el que me impide salir; no son mis piernas las que se oponen á ello: ¿qué es, pues, entonces? M. P... se quejaba así de no *poder querer* á pesar de sus deseos. Por último, al cabo de cinco días, haciendo un último esfuerzo, consiguió salir; volvió á entrar cinco minutos después, anhelante y sudando como si hubiese corrido muchos kilómetros y muy asombrado él mismo de lo que acababa de hacer.

»Los ejemplos de esta imposibilidad se reproducen á cada instante. El enfermo deseaba ir al teatro y no podía querer ir; estaba en la mesa al lado de compañeros amables y hubiera querido tomar parte en la conversación, pero siempre le perseguía la misma impotencia. Es verdad que frecuentemente tal impotencia no existía, por decirlo así, más que en apariencia; el enfermo temía no poder, y, sin embargo, lo conseguía aún más frecuentemente de lo que se esperaba; pero á menudo también sus aprensiones eran legítimas».

Al cabo de seis días pasados en Marsella,

enfermo y médico se embarcaron para Nápoles, «pero no sin un trabajo inaudito». Durante esos seis días, «el enfermo expresó formalmente su negativa á embarcarse y el deseo de volver á París, asustándose por anticipado con la idea de encontrarse con su voluntad enferma en un país extranjero, y declarando que sería preciso amarrarle para llevarlo. El día de la partida no se decidió á salir del hotel hasta que me creyó decidido á emplear un aparato de fuerza; en cuanto salió del hotel, se plantó en la calle, donde habría permanecido, indudablemente, sin la intervención de cuatro marineros, que no tuvieron, por lo demás, que hacer más que presentarse....»

«Otra circunstancia tiende aún á hacer resaltar más la lesión de la voluntad. Llegamos á Roma el día mismo de la elección de Pío IX. Mi enfermo me dijo: hé aquí una circunstancia que llamaría feliz si yo no estuviese enfermo. Quisiera poder asistir á la coronación, pero no sé si podré: ensayaré». Llegado el día, el enfermo se levantó á las cinco, sacó su frac, se afeitó, etc., etc., y me dijo: «ya véis cuanto hago, no sé todavía si podré». En fin, á la hora de la ceremonia hizo un gran esfuerzo y consiguió á duras penas bajar. Pero diez días después, con motivo de la fiesta de San Pedro, los mismos preparativos, los mismos esfuerzos, no dieron resultado. «Ya véis, dijo el enfermo, que

sigo siempre siendo mi prisionero. No es el deseo lo que me falta, puesto que me estoy preparando hace tres horas; me he vestido, me he afeitado, me he puesto los guantes y no puedo ya salir de aquí». En efecto, le fué imposible asistir á la ceremonia. Yo había insistido mucho, pero no creí deber obligarle.

Terminaré este relato, ya muy largo, con una observación; y es, que los movimientos instintivos de la naturaleza de los que se escapan á la voluntad propiamente dicha, no encontraban obstáculos en nuestro enfermo como los que se pueden llamar ordenados. Así es que cuando al llegar á Lyon, á la vuelta, nuestro coche atropelló á una mujer, que habían derribado los caballos, mi enfermo recobró toda su energía, y sin esperar á que parase el coche echó á un lado su manta, abrió la portezuela y bajó el primero al lado de la mujer.»

El autor añade que el viaje no tuvo la eficacia que él se prometía; que el enfermo se encontraba mejor, sin embargo, en el coche, sobre todo cuando el movimiento era duro y malo el camino y, que en fin, volvió al lado de su familia próximamente en el mismo estado de enfermedad (1).

Los casos precitados representan un grupo

(1) Billod. *Annales médico-psychologiques*, tomo X, páginas 172 y siguientes. El autor cita otros hechos de carácter mucho menos claro, que no reproducimos. (Véanse páginas 184, 319 y siguientes).

bien definido. Resultan de ellos algunos hechos muy claros y algunas inducciones muy probables. Hé aquí primero los hechos:

1.° El sistema muscular y los órganos del movimiento permanecen intactos. Por este lado ningún impedimento. La actividad automática, la que constituye la rutina de la vida, persiste.

2.° La inteligencia es perfecta; nada, al menos, autoriza para decir que haya sufrido la menor debilitación. El fin es claramente concebido, los medios también, pero el paso al acto es imposible.

Tenemos aquí, pues, una enfermedad de la voluntad, en el sentido más riguroso. Observemos de paso que la enfermedad constituye para nosotros una experiencia curiosa. Crea condiciones excepcionales, irrealizables por ningún otro medio: escinde el hombre, anula la reacción individual y respeta lo demás; nos produce, en la medida de lo posible, un ser reducido á inteligencia pura.

¿De dónde viene esta impotencia de la voluntad? Aquí comienzan las inducciones. No hay más que dos hipótesis posibles sobre su causa inmediata: consiste en una debilitación ó bien de los centros motores (1), ó bien de las incitaciones que éstos reciben.

(1) Observemos que se trata del estado no de los órganos motores, sino de los *centros*, cualquiera que sea, por lo demás, la opinión que se tenga sobre su naturaleza y su localización.

Examinemos ambas hipótesis, comenzando por la segunda, que me parece la más verosímil.

Esquirol nos ha conservado la notable respuesta que le dió un enfermo después de su curación. «Esta falta de actividad provenía de que mis sensaciones eran demasiado débiles para ejercer influjo sobre mi voluntad». El mismo autor ha notado también el profundo cambio que sus enfermos experimentan en el sentimiento general de la vida. «Mi existencia, le escribe uno de ellos, es incompleta; me quedan las funciones, los actos de la vida ordinaria, pero en cada uno de ellos falta alguna cosa, á saber: *la sensación que le es propia y la satisfacción que le sigue*... Cada uno de mis sentidos, cada parte de mí mismo está, por decirlo así, separada de mí y no puede procurarme ninguna sensación.» Un psicólogo ¿expresaría mejor en qué punto está alterada la vida afectiva en lo que tiene de más general?—Billod refiere el caso de una joven italiana, «de una educación brillante», que se volvió loca por contrariedades amorosas, y curó; pero para caer en la más profunda apatía..... Razona sensatamente sobre todos los asuntos; pero no tiene voluntad propia, ni fuerza de querer, ni de amor, ni aun conciencia de lo que le sucede, de lo que siente ó de lo que hace.. Asegura que se encuentra en el estado de una persona que no

está ni muerta ni viva, que vive en un sueño continuo, á la que los objetos aparecen como envueltos en una nube, á la que las personas le parece que se mueven como sombras y que las palabras vienen de un mundo lejano» (1).

Si, como más tarde tendremos ocasión de ver extensamente, el acto voluntario está compuesto de dos elementos bien distintos (un estado de conciencia totalmente impotente para hacer ó para impedir la acción, y otros estados orgánicos, únicos que tienen este poder), hay que admitir que ambos fenómenos, de ordinario simultáneos, porque son efectos de una misma causa, están aquí disociados. La impotencia para la acción es un hecho. La intensidad del estado de conciencia (que, en todo caso, es intermitente) ¿es un hecho? Entonces sería preciso admitir que las condiciones necesarias y suficientes se vuelven á encontrar, pero sólo para este caso. ¿Es una ilusión? Me inclino á suponerlo. El vehemente deseo de acción que algunos de estos enfermos creen experimentar me parece una simple ilusión de su conciencia. La intensidad del deseo es una cosa completamente relativa. En ese estado de apatía general, el impulso que les parece vivo está, de hecho, por bajo de la intensidad media; y de aquí la inacción. Estudiando el estado de la vo-

(1) Billod. *Annales médico-psychologiques*, *loc. cit.*, p. 184.

luntad en el sonambulismo, veremos más adelante que ciertos sujetos están persuadidos de que sólo depende de ellos la acción; pero que luego la experiencia les obliga á confesar que se han equivocado y que su conciencia les engañó completamente (1).

Por el contrario, cuando una excitación es muy violenta, brusca, inesperada, es decir, que reune todas las condiciones de intensidad, lo más frecuente es que pase á la acción. Ya hemos visto antes que un enfermo encontró energía para salvar á una mujer atropellada.

Todos pueden, por lo demás, representarse este estado de abulia; porque no hay nadie que no haya pasado horas de aplanamiento, en que todas las incitaciones exteriores ó interiores, sensaciones é ideas, quedan sin acción, nos dejan fríos. Esto es un bosquejo de la «abulia». No hay más que la diferencia del más al menos y de una situación pasajera á un estado crónico.

Si estos enfermos no pueden querer, es que todos los proyectos que conciben no despiertan en ellos más que deseos débiles, insuficientes para llevarlos á la acción. Me expreso así para conformarme con el lenguaje corriente; porque no es la debilidad de los deseos, á título de simples estados psíquicos, la que produce la

(1) Véase el capítulo V.

inacción. Esto es razonar sobre apariencias. Como hemos visto antes, todo estado del sistema nervioso, correspondiente á una sensación ó á una idea, se traduce tanto mejor en movimiento si va acompañado de aquellos otros estados nerviosos, cualesquiera que sean, que correspondan á sentimientos. De la debilidad de estos estados es de lo que resulta la abulia, no de la debilidad de los deseos, que no es más que un signo.

La causa es, pues, una insensibilidad relativa, una debilitación general de la sensibilidad; lo que está atacado es la vida afectiva, la posibilidad de emocionarse. Tal estado morboso mismo ¿de dónde procede? Este es un problema de orden principalmente fisiológico. A no dudar, hay en estos enfermos una depresión notable de las acciones vitales. Puede ésta alcanzar un grado tal, que todas las facultades estén afectadas y que el individuo llegue á ser una cosa inerte. Es el estado que los médicos designan con los nombres de melancolía, lipemania, estupor, cuyos síntomas físicos son el retardo de la circulación, la disminución de la temperatura del cuerpo, la inmovilidad casi completa. Estos casos extremos exceden de nuestro asunto; pero nos revelan las causas últimas de las impotencias de la voluntad. Toda depresión en el *tonus* vital, ligera ó profunda, fugitiva ó durable, tiene su efecto. La volun-

tad se parece tan poco á una facultad que reine como dueña, que depende á cada momento de las causas más mezquinas y más ocultas; está á merced de ellas. Y, sin embargo, como tiene su origen en las acciones biológicas que se realizan en la intimidad más profunda de nuestros tejidos, se ve cuán verdad es decir que nosotros mismos somos la voluntad.

Puede arriesgarse otra hipótesis y buscar la explicación de la abulia en el orden de las manifestaciones motoras. Entre la resolución que se traduce por un «yo quiero», y que es un acto puramente mental, y la ejecución de los movimientos queridos, que es un acto puramente físico, hay una etapa intermedia que es el despertamiento y la excitación de las imágenes motoras. Todos nuestros movimientos, ejecutados primero á la ventura, dejan tras sí huellas, residuos, que constituyen una memoria motora, gracias á la que, después de un período de tanteos y de aprendizaje, la voluntad, dueña de su instrumento, no tiene más que hablar para ser obedecida. ¿No podríamos suponer que estas imágenes motoras se han alterado ó perdido y que, en consecuencia, la solución queda suspendida en el vacío é impotente para pasar al acto? Por especiosa que sea esta hipótesis, no es aceptable. Equivaldría á decir que esas enfermedades de la voluntad son enfermedades de la memoria; pero la abulia no es

una amnesia. El agráfico que, por pérdida de las imágenes motoras, no sabe escribir, difiere totalmente del enfermo de Billod que, en el momento en que vence su abulia, escribe como todo el mundo.

Sería más admisible referir la abulia á las *parálisis psíquicas* estudiadas por Reynolds, Charcot y otros autores. En los casos de este género el enfermo está paralítico porque *se cree* paralítico. Toda la terapéutica consiste en desterrar de su espíritu esa imagen debilitante. En cuanto se crea capaz de acción, obra (1). De todos modos, esto ¿no nos lleva de nuevo á la primera hipótesis? Porque la idea de una impotencia motora ¿cómo puede influir sino por el estado de depresión que la acompaña, es decir, por una debilitación de la excitación?

El lector elegirá entre las dos hipótesis que acabamos de exponer: nuestras preferencias están por la primera (2).

(1) Estas parálisis psíquicas pueden producirse por sugestión, en estado de hipnotismo. Pueden paralizarse los órganos de la palabra, un brazo, una pierna, etc. Una afirmación las crea; la afirmación contraria las destruye.

(2) Para el estudio muy al pormenor de un caso de abulia (enfermedad de la duda) véase el trabajo de M. Pierre Janet, *Revue philosophique*, Marzo y Abril, 1891. El autor lo explica por una «disgregación psíquica.»

## II

El segundo grupo se parece al primero por los efectos (debilidad de la voluntad), por las causas (influjos deprimentes). La única diferencia estriba en que la incitación á obrar no está extinguida. El primer grupó presenta causas positivas de inacción, el segundo causas negativas. La suspensión resulta de un antagonismo.

En todas las observaciones que siguen, la debilidad voluntaria procede de un sentimiento de temor, sin motivo razonable, que varía desde la simple ansiedad hasta la angustia y el terror que deja estúpido. La inteligencia parece intacta en ciertos casos, debilitada en otros. Así algunos casos ofrecen un carácter indeciso y es difícil decir si denotan una enfermedad de la voluntad solamente (1).

La observación siguiente marca la transición de un grupo al otro; á decir verdad, pertenece á los dos.

Un hombre de treinta años se encuentra mezclado en motines, que le producen un gran espanto. Después, aun cuando conserva su perfecta lucidez de espíritu, administra muy bien su fortuna y dirige un comercio importante,

(1) Bueno será hacer notar de una vez para siempre que, no estudiando aquí más que los desórdenes exclusivamente propios de la voluntad, tenemos que eliminar los casos en que la actividad psíquica está afectada en totalidad y aquellos en que los desórdenes de la voluntad no son sino el efecto y traducción del delirio intelectual.

«no puede estar solo, ni en la calle, ni en su cuarto: va siempre acompañado. Cuando está fuera le sería imposible volver solo á su domicilio. Si sale solo, lo que es muy raro, se planta pronto en medio de la calle, y allí permanecería indiferente, sin ir atrás ni adelante, si no le recogieran. Parece tener una voluntad; pero es la de las gentes que le rodean. Cuando se quiere vencer esta resistencia del enfermo, le da un síncope» (1).

Muchos alienistas han descrito recientemente bajo los nombres de horror del espacio, miedo de las plazas *(Platzangst)*, agarofobia, una ansiedad extraña que paraliza la voluntad, y contra la cual es impotente para reobrar el individuo; y no lo consigue, sino por caminos extraviados.

Una observación de Westphal puede servir de tipo. Un viajero robusto, perfectamente sano de espíritu, que no presenta ninguna perturbación de la motilidad, se encuentra, presa de un sentimiento de angustia, á la vista de una plaza ó de un espacio algo extenso. Si ha de atravesar una de las grandes plazas de Berlín, tiene la sensación de que esta distancia es de muchas millas y que jamás podrá llegar al otro lado. Esta angustia disminuye ó desaparece si da la vuelta á la plaza siguiendo las casas, ó si

(1) Billod, *loc. cit.*, p. 191.

va acompañado, ó hasta simplemente si se apoya en su bastón.

Carpenter refiere, según Bennett (1), una «parálisis de la voluntad», que me parece del mismo género. «Cuando cierto individuo se paseaba por la calle y llegaba á algún punto de interrupción en la fila de casas, no podía avanzar; su voluntad devenía súbitamente inactiva. El encuentro de una plaza le paraba infaliblemente. Atravesar una calle era también una cosa muy difícil, y cuando pasaba el umbral de una puerta para entrar ó salir, se paraba siempre durante algunos minutos.»

Otros individuos, no se sienten tranquilos en medio del campo, sino caminando á lo largo de los setos ó al abrigo de los árboles. Se podrían multiplicar los ejemplos, pero sin provecho, porque el hecho fundamental sigue siendo el mismo (2).

Las discusiones médicas sobre esta forma morbosa no importan aquí. El hecho psicológico se reduce á un sentimiento de terror, como tantos otros que pueden citarse, y es indiferen-

(1) *Loc. cit.*, p. 385.

(2) Para mayor pormenor véase: Westphal, *Archiv. für Psychiatrie*, tomo III (dos artículos); Cordes, *Ibid.*; Legrand du Saulle, *Annales médico-psychologiques*, p. 405, 1876, con discusión sobre este asunto; Ritti. *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, art. LOCURA CON CONCIENCIA; Maudsley, *Pathologie de l'esprit*, trad., página 339 y siguientes.

te que este sentimiento sea pueril y quimérico en cuanto á sus causas; nosotros sólo tenemos que comprobar su efecto, que es el de cohibir la volición. Pero debemos preguntarnos si este influjo depresivo paraliza solamente la impulsión voluntaria, intacta por sí misma, ó si también debilita el poder de reacción individual. La segunda hipótesis se impone; porque como no es insuperable el sentimiento del miedo (estos enfermos lo prueban en ciertos casos), hay que admitir que el poder de reacción del individuo ha descendido del nivel común; de modo que la detención resulta de dos causas que actúan en el mismo sentido.

Se ignoran, desgraciadamente, las condiciones fisiológicas de esta debilitación. Se han hecho muchas conjeturas. Cordes, atacado él mismo de esta enfermedad, la considera «como una parálisis funcional, sintomática de ciertas modificaciones de los focos centrales motores, y capaz de hacer nacer en nosotros impresiones.

En este concepto, una impresión de miedo sería la que diese origen á la parálisis pasajera; efecto casi nulo si sólo la imaginación entra en juego; pero que llega al más alto grado, por la adición de las circunstancias que le rodean.» La causa primitiva sería, pues, «un agotamiento parésico del sistema nervioso motor, de esa porción del cerebro que preside, no solamente á

la locomoción, sino también á la sensibilidad muscular.»

Esta explicación, si estuviese bien comprobada, tendría una gran importancia para nuestro objeto. Demostraría que la impotencia de la voluntad depende de una impotencia de los centros motores, lo que tendría la ventaja de dar á nuestras investigaciones una base fisiológica segura. Pero sería prematuro sacar de aquí conclusiones, que estarán más en su lugar al fin de nuestro trabajo.

No hablaré detenidamente del estado mental, llamado locura de la duda ó manía de escudriñar *(Grübelsucht)*. Representa la forma patológica del carácter irresoluto, como la abulia la del carácter apático. Es un estado de indecisión constante por los motivos más vanos, con impotencia de llegar á un resultado definitivo.

La indecisión existe primero en el orden puramente intelectual. Son interrogaciones sin fin que el enfermo se hace á sí mismo. Tomo el siguiente ejemplo de Legrand du Saulle. «Una mujer muy inteligente no puede salir á la calle sin preguntarse: ¿Se caerá alguno á mis pies desde un balcón? ¿Será un hombre, ó una mujer? Esta persona ¿se herirá, ó se matará? Si se hiere, ¿será en la cabeza, ó en las piernas? ¿Habrá sangre en la acera? Si se mata, ¿cómo lo sabré? ¿Deberé pedir socorro, ó huir, ó rezar

una oración? ¿Se me acusará de ser la causa de tal desastre? ¿Se reconocerá mi inocencia?, etc., etc.» Estas interrogaciones continúan sin fin; y existe un gran número de casos análogos, consignados en estudios especiales (1).

Si todo se limitase á esta «rumia psicológica», como la llama el autor citado, nada tendríamos que decir; pero esta perplejidad morbosa de la inteligencia se traduce en los actos. El enfermo no se atreve á hacer nada sin infinitas precauciones. Si escribe una carta, la vuelve á leer muchas veces, temiendo haber olvidado una palabra ó haber cometido una falta de ortografía. Si cierra un mueble, comprueba repetidamente el éxito de la operación. Lo mismo si cierra su cuarto; comprobación repetida de haber cerrado, de la presencia de la llave en su bolsillo, etc.

Bajo una forma más grave el enfermo, presa de un terror pueril á la suciedad, ó á un contacto malsano, no se atreve á tocar la moneda, los tiradores de las puertas, etc. (2), la falleba de las ventanas, y vive en estas perpe-

(1) Consultar en particular: Legrand du Saulle, *La folie du doute avec délire du toucher*, 1875; Griesinger, *Archiv. für Psychiatrie*, 1869; Berger, *Ibid.*, 1876; Ritti, *Dictionn. encyclop.*, *loc. cit.*

(2) Se encontrarán, sobre este punto, datos curiosos y en gran número en Legrand du Saulle, *op cit.*, y en Baillarger, *Annales médico-psychologiques*, 1866, p. 93.

tuas aprensiones. Tal sucedía con el pertiguero de una catedral, de que habla Morel, que durante veinte años, atormentado por temores absurdos, no se atrevía á tocar á su alabarda, se hacía reflexiones, se reñía y triunfaba de sí mismo, pero por un sacrificio, que temía no poder repetir al día siguiente (1).

Esta enfermedad de la voluntad resulta, en parte, de la debilidad del carácter, en parte, del estado intelectual. Es natural que este flujo de ideas vanas se traduzca por actos vanos, no adaptados á la realidad; pero la impotencia de la reacción individual juega un gran papel. Así, encontramos una depresión del tono vital. Lo que lo prueba, son las causas de ese estado morboso (neuropatías hereditarias, enfermedades debilitantes); son las crisis y el síncope que el esfuerzo para la acción pueden producir; son las formas extremas de la enfermedad en que esos desgraciados, devorados por indecisiones sin tregua, no escriben, no escuchan, no hablan, «sino que se hablan á sí mismos á media voz, después en voz baja, y algunos concluyen por mover simplemente los labios expresando sus ideas por una especie de musitación».

Para terminar, observemos los casos en que la debilitación de la voluntad confina con el anonadamiento. Cuando un estado de concien-

(1) *Archives générales de médecine*, 1866.

cia permanente y que se impone, va acompañado de un sentimiento de terror intenso, se produce una parada casi absoluta y el enfermo parece estúpido, sin serlo. Tal es el caso, referido por Esquirol, de un joven que parecía idiota, al que había que vestir, acostar, dar de comer, y que, después de su curación, confesó que una voz interior le decía: «No te muevas ó mueres» (1).

Guislain refiere también un hecho curioso, pero en el que la ausencia de documentos psicológicos deja en cierta confusión y solo permite una interpretación equívoca. «Cierta señorita, cortejada por un joven, fué atacada de una enajenación mental, cuya verdadera causa se ignoraba, y cuyo rasgo distintivo era una fuerte oposición de carácter que no tardó en trasformarse en un mutismo morboso. Durante doce años no respondió más que dos veces á las preguntas: la primera bajo el influjo de palabras imperativas de su padre; la segunda á su entrada en nuestro establecimiento. En ambos casos fué de un laconismo extraño, sorprendente».

Durante dos meses Guislain se entregó á repetidas tentativas para conseguir la curación. «Mis esfuerzos fueron vanos y mis exhortaciones perdidas. Persistí, y no tardé en comprobar

(1) Esquirol, tomo II, p. 287.

un cambio en la fisonomía, una expresión más inteligente en los ojos; un poco más tarde, pero sólo de tiempo en tiempo, frases, explicaciones claras, categóricas, interrumpidas por largos intervalos de silencio; porque la enferma mostraba una extrema repugnancia á ceder á mis indicaciones..... Podía observarse bien que su amor propio estaba satisfecho del triunfo obtenido sobre sí misma. En sus respuestas jamás se notó la menor idea delirante; su enajenación era exclusivamente una enfermedad de la voluntad impulsiva. De repente una especie de vergüenza retenía á la enferma, á la que ya comenzaba á considerar, como decididamente, convaleciente. Durante dos, tres días dejó de hablar, después, gracias á nuevas solicitaciones, volvió la palabra, hasta que al fin espontáneamente tomó parte en las conversaciones que se entablaban á su alrededor..... Esta curación es una de las más asombrosas que he visto en mi vida» (1). El autor añade que el restablecimiento fué completo y duradero.

Este estado de inercia morbosa, de que es tipo la abulia, en que el «yo quiero» no va nunca seguido de acción, muestra hasta qué punto la volición, á título de estado de conciencia, y el poder eficaz de obrar, son cosas distintas. Sin insistir sobre este punto por el momen-

(1) Guislain, *Op. cip.*, tomo II, páginas 227 y 228.

to, detengámonos sobre ese hecho del esfuerzo, capital en la psicología de la voluntad, y que aquí falta.

El sentimiento del esfuerzo *muscular* ha sido estudiado por M. William James (1) de una manera tan profunda y rigurosa, que no hay ya que insistir en ello, y que basta recordar brevemente sus conclusiones. Este fisiólogo ha demostrado que el sentimiento de la energía muscular desplegada en un acto cualquiera es «una sensación *aferente*, compleja, que viene de músculos contraídos, de ligamentos tensos, de articulaciones comprimidas, de fijar el pecho, de cerrar la glotis, de fruncir las cejas, de apretar las mandíbulas, etc.» Ha discutido paso á paso, apoyándose en la experiencia, la opinión que hace de ello una sensación *eferente*, ligada á la descarga motora, coincidiendo con la corriente de *salida* de la energía nerviosa. Ha mostrado claramente, después de Ferrier y otros, que en los casos de parálisis, si se conserva el sentimiento del esfuerzo, aun cuando no se puede en ningún grado mover el miembro paralizado, es porque las condiciones de la conciencia del esfuerzo continúan existiendo y el enfermo mueve el miembro ó el órgano del lado opuesto.

Pero M. James distingue con razón el es-

(1) *The feeling of effort.* in-4.°, Boston, 1880.

fuerzo *volitivo*, el cual no implica en muchos casos ningún movimiento inmediato ó nada más que una energía muscular extremadamente débil. Tal es, para usar uno de sus ejemplos, el caso del hombre que, después de una larga indecisión, tomó el partido de echar arsénico en el vaso de su mujer para envenenarla. Todo el mundo conoce, además, de propia experiencia este estado de lucha en que el esfuerzo es todo interior. Aquí nos separamos con sentimiento del autor, que coloca este esfuerzo en una región aparte, supra-sensible. A nosotros nos parece que no difiere del otro sino en un punto: sus condiciones fisiológicas están mal conocidas y no pueden aventurarse más que hipótesis.

Hay dos tipos de este esfuerzo volitivo: uno, que consiste en suspender los movimientos del instinto, de la pasión, del hábito; otro, en sobreponerse á la pereza, á la dejadez, á la timidez; el uno es un esfuerzo de resultado negativo, el otro de resultado positivo; el uno produce una suspensión, el otro una impulsión. Estos dos tipos pueden referirse á una fórmula única; hay esfuerzo cuando la volición sigue la línea de la máxima resistencia. Este esfuerzo volitivo no se verifica nunca cuando la impulsión (ó la suspensión) y la elección coinciden, cuando nuestras tendencias naturales y el «yo quiero» van en el mismo sentido; en términos más claros, cuando lo que es *inmediatamente* agrada-

ble al individuo y lo que elige son la misma cosa. Tiene lugar siempre que dos grupos de tendencias antagónicas luchan para suplantarse recíprocamente. En efecto, todo el mundo lo sabe, esta lucha existe entre las tendencias inferiores cuya adaptación es limitada y las tendencias superiores, cuya adaptación es compleja. Las primeras son siempre más fuertes por naturaleza; las segundas lo son algunas veces por artificio. Las unas representan una potencia ingénita en el organismo, las otras una adquisición de fecha reciente.

¿Cómo, pues, éstas pueden triunfar á veces? Porque el «yo quiero» es un apoyo en su favor. No, bien entendido, á título de simple estado de conciencia, sino porque bajo esta volición, que es un efecto, hay causas conocidas, semiconocidas y desconocidas, que hemos resumido frecuentemente en una expresión: el carácter individual. Todas estas pequeñas causas actuantes, que resumen el individuo físico y psíquico, no son abstracciones. Son procesos fisiológicos ó psicológicos; suponen un trabajo en los centros nerviosos, cualquiera que ellos sean. ¿Sería temerario sostener que el sentimiento del esfuerzo volitivo es también un efecto de esos procesos fisiológicos? No puede objetársenos con la impotencia actual para determinar su mecanismo. Este punto es tanto más oscuro, cuanto que el mecanismo debe di-

ferir según que se trate de producir un impulso ó una parada; tampoco el sentimiento del esfuerzo volitivo es idéntico en ambos casos.

La lucha interior va acompañada de un sentimiento de fatiga frecuentemente intenso. Aun cuando no se sepa demasiado sobre la naturaleza y las causas de este estado, se admite en general que, aun en el esfuerzo muscular, el asiento de la fatiga está en los centros nerviosos que ordenan la contracción, no en los músculos; que hay un agotamiento nervioso, no un agotamiento muscular. En las contracciones reflejas no se percibe la fatiga. En los histéricos se ve que las contracturas persisten casi indefinidamente, sin que el paciente note el menor sentimiento de cansancio; el esfuerzo voluntario es, pues, el que fatiga, y no la contracción del músculo (1).

Salvo nuestra ignorancia, no tenemos, pues, razón alguna para atribuir al esfuerzo volitivo un carácter aparte. En todos los casos en que este esfuerzo debe producirse, los elementos nerviosos ¿son capaces de proporcionar un aumento de trabajo durante un tiempo dado? O bien, sea por naturaleza, ó por falta de educación ó de ejercicio, ¿se agotan deprisa y son incapaces de recobrar nuevas fuerzas? ¿Tienen, sí ó nó, una cantidad suficiente de fuerza disponi-

(1) Richet, *Physiologie des nerfs et des muscles*, p. 477-490.—Delbœuf, *Etude psychophysique*, p. 92 y siguientes en los *Eléments de psychophysique*, t. I.

ble almacenada? El problema de la acción, en el sentido de la mayor resistencia, se reduce aquí á sus últimos términos. Es ese trabajo oculto, casi desconocido, que se traduce por el sentimiento del esfuerzo volitivo. El sentimiento del esfuerzo, bajo todas sus formas, es, pues, un estado subjetivo que corresponde á ciertos fenómenos realizados en los centros nerviosos y en otras partes del organismo, pero que se asemejan tan poco como las sensaciones de sonido y de luz se asemejan á su causa objetiva. Para ser capaz de grandes esfuerzos musculares es preciso que los centros nerviosos adaptados se encuentren en estado de producir un trabajo considerable y prolongado; lo que depende de su naturaleza y de su rapidez para reparar pérdidas. Para producir un gran esfuerzo moral ó intelectual es preciso, del mismo modo, que los centros nerviosos adaptados (cualesquiera que sean, y nuestra ignorancia, en este respecto, es casi completa) se hallen en estado de producir un trabajo intenso y repetido, en lugar de agotarse en breve plazo y sin reanimación. La posibilidad del esfuerzo es, pues, en último análisis, un don natural.

Tomemos, para evitar vaguedades, el ejemplo de un hombre vicioso. Si nunca en su vida, por sí mismo ó por influjo de los demás, ha experimentado alguna veleidad de conversión (suponiendo que este caso se encuentre), es que

los elementos morales, con las condiciones fisiológicas correspondientes, le faltan por completo. Si en una circunstancia cualquiera surge en él la idea de corregirse, notemos desde luego que este fenómeno es involuntario; pero supone la preexistencia y la entrada en actividad de ciertos elementos psico-fisiológicos. Tal propósito es aceptado, afirmado como debiendo hacerse, querido; si la resolución no dura, es que el individuo es incapaz de esfuerzo, es que no hay en su organización la posibilidad del trabajo repetido de que hemos hablado: si dura, es que se mantiene por el esfuerzo, por ese trabajo interior que produce la suspensión de los estados contrarios. Todo órgano se desarrolla por el ejercicio; aquí, del mismo modo, la repetición se va haciendo más fácil. Pero si no está dado por la naturaleza un primer elemento, y con él una energía potencial, nada se consigue. El dogma teológico de la gracia, á título de don gratuíto, nos parece, pues, fundado sobre una psicología mucho más exacta que la opinión contraria (1), y se ve cuán fácil es hacerle sufrir una trasformación fisiológica.

Volviendo á los casos morbosos que nos ocupan, habría una imposibilidad de esfuerzo, temporal, accidental, pero que se extiende á casi toda la organización.

(1) La doctrina de la gracia se encuentra ya entre los Indos, notablemente en la *Bhagavad-Gitâ*, XI, 53. Véase Barth, *Les religions de l'Inde*, p. 48 y 136.

# CAPITULO II

## DEBILITACIÓN DE LA VOLUNTAD

---

### *II.—Exceso de impulso.*

### I

Acabamos de ver casos en que, siendo normal la adaptación intelectual, es decir, la correspondencia entre el sér inteligente y el medio, el impulso á obrar es nulo, muy débil ó al menos insuficiente. En términos fisiológicos, las acciones cerebrales, que son la base de la actividad intelectual (concepción de un fin y de los medios, elección, etc.), permanecen intactas; pero les faltan esos estados concomitantes que son los equivalentes fisiológicos de los sentimientos y cuya ausencia lleva consigo la falta de acción.

Vamos á ver casos contrarios, en cierto modo, á los anteriores. La adaptación intelec-

tual es muy débil ó por lo menos muy inestable; los motivos razonables no tienen fuerza para obrar ó impedir; los impulsos de orden inferior ganan lo que pierden los de orden superior. La voluntad, es decir, la actividad razonable desaparece, y el individuo vuelve á caer en el reino de los instintos. No hay ejemplos que puedan enseñarnos mejor que la voluntad, en su verdadero sentido, es el coronamiento, el último término de una evolución, el resultado de gran número de tendencias disciplinadas según un orden gerárquico; que es la especie más perfecta de este género que se llama la actividad; de modo que el estudio que va á continuación podría llamarse: «Cómo se empobrece y se deshace la voluntad.»

Examinemos los hechos. Los dividiremos en dos grupos: 1.°, los que, siendo apenas conscientes (si es que lo son), denotan una ausencia más que una debilidad de la voluntad; 2.°, los que van acompañados de una plena conciencia pero, en los que la voluntad sucumbe después de una lucha más ó menos larga, ó no se salva sino por un auxilio extraño.

I. En el primer caso, «el impulso puede ser súbito, inconsciente, seguido de una ejecución inmediata, hasta sin que el entendimiento haya tenido tiempo de darse cuenta de ello... El acto tiene entonces todos los caracteres de

un fenómeno puramente reflejo, que se produce fatalmente, sin connivencia alguna de la voluntad; es una verdadera convulsión que no difiere de la convulsión ordinaria sino en que la primera consiste en movimientos asociados y combinados en vista de un resultado dado. Tal es el caso de aquella mujer que, sentada en el banco de un jardín, en un profundo estado de tristeza sin motivo, de repente se levanta, se tira á un foso lleno de agua como para ahogarse, y que, después de salvada y de volver á una lucidez perfecta, declara á los pocos días que no tiene conciencia alguna de haberse querido suicidar, ni recuerdo alguno de aquella tentativa» (1).

En los epilépticos, las impulsiones de este género son tan frecuentes que podrían llenarse páginas. Los histéricos también darían innumerables ejemplos de esto; tienen una tendencia desenfrenada á la satisfacción inmediata de sus caprichos ó de sus deseos.

Otras impulsiones tienen efectos menos graves, pero denotan el mismo estado psíquico. «En ciertos enfermos, la sobreexcitación de las fuerzas motrices es tal que andan horas enteras sin detenerse, sin mirar á su alrededor, como aparatos mecánicos á que se da cuerda».— Una marquesa, de espíritu muy distinguido,

(1) Foville, *Nouveau dictionnaire de médecine*, art. Locura, p. 342.

dice Billod, en medio de una conversación «corta una frase (que vuelve á tomar enseguida) para dirigir á cualquiera de la sociedad un epíteto inconveniente ú obsceno. La emisión de esta palabra va acompañada de rubor, de un aire entrecortado y confuso, y la palabra está dicha con un tono seco, y como una flecha que se escapa». Una anciana histérica, muy inteligente y lúcida, experimenta en ciertos momentos el deseo de ir á vociferar en un sitio solitario; exhala sus quejas, sus recriminaciones contra su familia y la gente que la rodea. Sabe perfectamente que hace mal en divulgar en alta voz ciertos secretos; pero, como ella dice, es necesario que hable y satisfaga sus rencores» (1).

Este último caso nos encamina á las impulsiones irresistibles con conciencia. Limitándonos á los anteriores que podríamos multiplicar con profusión, vemos al individuo reducido al más bajo grado de la actividad, al de los puros reflejos. Los actos son inconscientes (no deliberados por lo menos), inmediatos, irresistibles, de una adaptación poco compleja é invariable. Desde el punto de vista de la fisiología y de la psicología, el ser humano, en estas condiciones, es comparable á un animal decapitado, ó, por lo menos, privado de sus lóbulos cerebrales. Gene-

(1) Billod, *loc. cit.*, 193 y sig.

ralmente se admite que el cerebro puede dominar los reflejos por la razón siguiente: la excitación, partiendo de un punto del cuerpo, se divide al llegar á la médula y sigue dos caminos: es trasmitida al centro reflejo por vía trasversal; al cerebro por vía longitudinal y ascendente. Ofreciendo la vía trasversal más resistencia, la trasmisión en este sentido exige una duración bastante larga (experimento de Rosenthal); por el contrario, la trasmisión á lo largo es mucho más rápida. La acción suspensiva del cerebro tiene, pues, tiempo de producirse y de moderar los reflejos. En los casos antes citados, estando sin acción el cerebro, la actividad no pasa de su grado inferior, y, falta de sus condiciones necesarias y suficientes, la volición no se produce.

II. Los hechos del segundo grupo merecen ser estudiados más extensamente; explican el abatimiento de la voluntad ó los medios artificiales que lo mantienen. Aquí, el enfermo tiene conciencia plena de su situación; siente que no es dueño de sí mismo, que está dominado por una fuerza interior, invencible, llevado á cometer actos que reprueba. La inteligencia queda suficientemente sana, el delirio no existe más que en los actos.

La forma más sencilla es la de las *ideas fijas* con obsesión. Tal individuo no puede sus-

traerse al deseo de contar, sin fin ni descanso, todo lo que ve y toca, todas las palabras que lee ó que oye, todas las letras de un libro, etc. (aritmomanía). Tiene conciencia de lo absurdo de este trabajo; pero *es preciso* que cuente. Tal otro tiene la obsesión irresistible de saber el nombre de todos los desconocidos que encuentra en las calles ó en viaje (onomatomanía de Charcot y Magnan). En vano trata de desechar esta investigación pueril, *es preciso* que los conozca.

Estas observaciones y sus analogas, que omito, tienen al menos una ventaja. Como proceden de estados intelectuales, de puras ideas (no de necesidades ó sentimientos), su satisfacción no ofrece peligro. Todo esto, aun en acción, permanece teórico, especulativo.

No pasa lo mismo en las impulsiones irresistibles, de origen afectivo, nacidas de deseos y de instintos, de que vamos á hablar.

En un libro de Marc hoy algo olvidado (1), se encontrará una gran colección de hechos, de que los escritores posteriores se han aprovechado con frecuencia. Citemos algunos.

Una señora, atacada á veces de impulsos homicidas, pedía que la sujetaran con una camisa de fuerza, y despues indicaba el momento en que todo peligro había pasado, y en que podía recobrar la libertad de sus movimientos.

(1) *De la folie considérée dans ses rapports avec les questions médico-judiciaires*, 2, vol. in 8.º París, 1840.

Un químico, atormentado asimismo por deseos homicidas, se hacía atar los dos pulgares con una cinta, y encontraba en este sencillo obstáculo el medio de resistir á la tentación. Una criada, de una conducta irreprochable, suplicaba á su señora que la dejara marchar, porque al ver desnudo al niño de que cuidaba, era presa del deseo de destriparlo.

Otra mujer, de gran cultura intelectual y llena de afecto para sus padres, «se pone á golpearlos á pesar suyo, y pide que vengan en su auxilio y que la sujeten á un sillón.»

Un melancólico, atormentado con la idea del suicidio, se levanta por la noche y va á llamar á la puerta de su hermano, gritándole: «Ven pronto, el suicidio me persigue; dentro de poco no podré resistir ya» (1).

Calmeil, en su *Tratado de las enfermedades inflamatorias del cerebro*, refiere el caso siguiente, de que ha sido testigo, y que trasladaré íntegro porque me dispensa de citar muchos otros.

«Habiendo perdido Glénadel á su padre en su niñez, fué educado por su madre, que le adoraba. A los dieciséis años su carácter, juicioso y prudente hasta entonces, cambió. Se hizo sombrío y taciturno. Acosado á preguntas por su madre, se decidió al fin á una confesión:—Os debo todo, le dijo; os quiero con toda

(1) Guislain, *Obra citada*, I, 479.

mi alma; sin embargo, hace algunos días que una idea incesante me impulsó á mataros. Impedid que, vencido al fin, pueda ocurrir una desgracia tan grande: permitidme sentar plaza.— A pesar de apremiantes instancias, fué inquebrantable en su resolución: partió, y fué soldado. Sin embargo, una voluntad secreta le impelia á desertar, para ir á su país y matar á su madre. Al terminar el servicio la idea era tan fuerte como el primer día. Se reengachó. El instinto homicida persistía, pero aceptando el cambio por otra víctima. Ya no sueña con matar á su madre: la espantosa impulsión le designa de día y de noche á su cuñada. Para resistir á esta segunda impulsión se condenó á un destierro prepetuo.

«Poco despues llega al regimiento un compatriota suyo y Glénadel le confia su pena:— Tranquilízate,—le dijo el otro,—el crimen es imposible, tu cuñada acaba de morir. Al oir estas palabras Glénadel se levanta como un cautivo libertado, le embarga la alegría, parte para su tierra, donde no había vuelto desde su infancia. Al llegar ve á su cuñada viva, da un grito y la impulsión terrible se apodera de él nuevamente.»

«Aquella misma noche, se hizo atar por su hermano.—Coge una cuerda fuerte, átame como un lobo en la troje y ve á avisar á M. Calmeil.....» Obtuvo de él su admisión en un asilo

de locos. La víspera de su entrada escribió al director del establecimiento: «Señor, quiero entrar en vuestra casa; me conduciré en ella como en el regimiento. Me creerán curado; en algunos momentos fingiré estarlo. No me creáis nunca; no debo salir jamás, bajo ningún pretexto. Cuando yo solicite mi salida doblad la vigilancia; no usaré de esta libertad más que para cometer un crimen que horroriza.»

No hay que pensar que este ejemplo sea único ni aun raro; entre los locos se encuentran muchos casos de individuos que, atormentados del deseo de matar á personas que les son queridas, huyen á un asilo para constituirse en presos.

Los impulsos irresistibles, y sin embargo conscientes, á robar, incendiar, destruirse por excesos alcohólicos, entran en la misma categoría (1). Maudsley en su *Patología del espíritu* (cap. VII, págs. 330 y siguientes) ha recogido una colección tal de ejemplos, que lo mejor es recomendar la obra á nuestros lectores.

Todas estas tendencias fatales, clasificadas bajo los nombres de dipsomanía, kleptomanía, piromanía, erotomanía, monomanía homicida y suicidio, no son ya consideradas hoy como formas morbosas distintas, sino como las diversas manifestaciones de una sola y única causa: la degeneración, es decir, la inestabilidad é in-

(1) Véase Trélat, *Folie lucide*. Maudsley, *Le crime et la folie* en part., pág. 186.

coordinación psicológicas. Nada más frecuente que el cambio de un impulso á otro, del homicidio en suicidio ó viceversa. Un notable caso, citado por Morel (*Enfermedades mentales*, página 420), es el de un degenerado que, alternativamente, se ve impulsado al suicidio, al homicidio, á los excesos sexuales, al alcoholismo y á las tentativas incendiarias. Sería curioso para el psicólogo saber por qué una sola causa se manifiesta por tan distintos efectos, aquí de un modo y allí de otro; por qué el epiléptico es más bien ladrón, el imbécil incendiario, etc. Parece que la razón última de estas diversidades se encuentra en la idiosincrasia del degenerado, en su constitución física y mental (1). No importa aquí la solución de este problema: basta fijar que todos los impulsivos tienen los mismos caracteres: son conscientes, incoordinados, incapaces de lucha.

## II

Hay que notar ante todo que existe una transición casi insensible entre el estado sano y estas formas patológicas. Las personas más razonables tienen el cerebro lleno de impulsiones locas; pero estos estados de conciencia repentinos é inestables quedan sin efecto, no pasan á

(1) Véase sobre este punto Shüle, *Maladies mentales*, traducción franc., tomo II, pág. 423.

la acción porque fuerzas contrarias, el hábito general del espíritu, las destruyen; porque entre ese estado aislado y sus contrarios es tal la desproporción que ni siquiera hay lucha.

En otros casos, á que de ordinario se da poca importancia, hay actos muy extraños, aunque en sí no tengan nada de reprensible ni de peligrosos; pueden constituir una especie de *tic*, de capricho, de manía si se emplea esta palabra en su sentido usual y vulgar.

«Otras veces, sin llegar á ser los actos muy comprometedores, son ya más graves: consisten en destruir, golpear sin motivo un objeto inanimado, en romper los vestidos. Observamos en este momento una joven que se come toda su ropa. Se cita el ejemplo de un aficionado que, encontrándose en un museo delante de un cuadro caro, siente un deseo instintivo de romper la tela. A menudo estas impulsiones pasan inadvertidas y no tienen más confidente que la conciencia que las experimenta» (1).

Ciertas ideas fijas, de naturaleza fútil ó irrazonables, se imponen al espíritu que las juzga absurdas, aunque sin poder impedir que se traduzcan en acciones. En un trabajo de Westphal se encontrarán hechos curiosos de este género. Por ejemplo: á un hombre le persigue la idea de que podría confiar al papel la

(1) Foville, *obra cit.*, p. 341.

confesión de que él es el autor de un crimen cualquiera y perder ese papel: en consecuencia conserva cuidadosamente todos los papeles que encuentra, recoge los recortes que ve por la calle, se asegura de que no tienen nada escrito, se los lleva á su casa y los colecciona. Tiene, por lo demás, plena conciencia de la puerilidad de tal idea, que le persigue á todas horas; no cree en ella, y no puede, sin embargo, desembarazarse de ella (1).

Entre los actos más pueriles y los más peligrosos no hay más que una diferencia de cantidad; lo que unos nos ofrecen en pequeño, los otros lo muestran agrandado. Tratemos de entender el mecanismo de esta desorganización de la voluntad.

En el estado anormal hay un fin escogido, afirmado, realizado: es decir, que los elementos del yo, en totalidad ó en mayoría, concurren al fin: los estados de conciencia (sentimientos, ideas con sus tendencias motrices), y los movimientos de nuestros miembros forman un consensus y convergen al fin con más ó menos esfuerzo, por un mecanismo complejo, compuesto á la vez de impulsos y paradas.

(1) Westphal, *Ueber Zwangsvorstellungen*, Berlín, 1877. Se puede notar que en algunos casos el terror de producir una acción conduce inevitablemente á ella: efectos de vértigo, gentes que se tiran á la calle por miedo de caer á ella, que se hieren por miedo á herirse, etc. Todos estos hechos se explican por la naturaleza de la representación.

Tal es la voluntad en su forma más acabada, típica; pero esto no es un producto natural; es el resultado del arte, de la educación, de la experiencia. Es un edificio construído pieza por pieza. La observación objetiva y subjetiva demuestra que cada forma de la actividad voluntaria es fruto de una conquista. La naturaleza solo proporciona los materiales, algunos movimientos simples en el orden fisiológico, algunas asociaciones simples en el orden psicológico. Es necesario que, con ayuda de estas adaptaciones simples y casi invariables, se formen adaptaciones cada vez más complejas y variables. Es preciso, por ejemplo, que el niño adquiera poder sobre sus piernas, sus brazos, y todas las partes movibles de su cuerpo, á fuerza de tanteos y de ensayos, combinando los movimientos apropiados y suprimiendo los movimientos inútiles. Es preciso que los grupos simples así formados se combinen en grupos complejos, éstos en grupos aún más complejos y así sucesivamente. En el orden psicológico es necesaria una operación análoga. Nada complejo se adquiere de repente.

Pero, claro es, que en el edificio así construído, poco á poco, sólo son estables los materiales primitivos, y á medida que la complejidad aumenta, decrece la estabilidad. Las acciones más sencillas son las más estables—por razones anatómicas, porque son congénitas,

inscritas en el organismo;—por razones fisiológicas, porque están perpetuamente repetidas en la experiencia del individuo y, si se quiere hacer intervenir la herencia, que abre un campo ilimitado, en las experiencias sin número de la especie y de las especies (1).

En suma, lo que es sorprendente es que la voluntad, la actividad de orden complejo y superior pueda llegar á ser dominadora. Las causas que la elevan y la mantienen en este rango son las mismas que en el hombre educado elevan y mantienen la inteligencia por encima de las sensaciones y de los instintos: y tomando la humanidad en conjunto, los hechos prueban que el dominio de uno es tan precario como el del otro. El gran desarrollo de la masa cerebral en el hombre civilizado y el influjo de la educación y de los hábitos que ella impone explican cómo, á pesar de tantos motivos contrarios, la actividad razonable queda á menudo vencedora.

(1) Estando el poder voluntario constituído según que ciertos estados de conciencia obedecen á ciertos grupos de movimientos, se puede citar, á título de caso patológico, el hecho citado por Meschede (Correspondenz Blatt, 1874, II) de un hombre que «se encontraba en esta singular condición, que cuando quería hacer una cosa suya ó relativa á los demás, él, ó más bien sus músculos, hacían precisamente lo contrario. Quería mirar hacia la derecha: sus ojos se volvían á la izquierda; y esta anomalía se extendía á sus demás movimientos. Era una simple contradicción del movimiento, pero sin ningún desarreglo mental, y que difiere de los movimientos involuntarios en esto: que no producía jamás un movimiento, sino cuando quería, pero que este movimiento era siempre el contrario del que quería.»

Los hechos patológicos que preceden muestran bien que la voluntad no es una entidad que reina por derecho de naturaleza, á veces desobedecida, sino una resultante siempre inestable, siempre pronta á descomponerse y, en suma, un accidente feliz. Estos hechos, que son innumerables, representan un estado, que lo mismo puede decirse una dislocación de la voluntad, que una forma retrógrada de la actividad.

Si consideramos los casos de impulsiones irresistibles con plena conciencia, veremos que esta subordinación jerárquica de las tendencias (que es la voluntad), se divide en dos ramas: al consensus, único que la constituye, se ha sustituído una lucha entre dos grupos de tendencias contrarias y casi iguales, de suerte, que puede decirse que está dislocada (1).

Si consideramos la voluntad, no como un todo constituído, sino como el punto culminante de una evolución, diremos que las formas inferiores de la actividad le arrastran y la actividad humana retrocede. Notemos, por otra parte, que el término «inferiores» no implica

(1) Podría demostrarse, si fuera este el momento, cómo la unidad del yo es frágil y necesita garantía. En estos casos de lucha, ¿cuál es el verdadero yo, el que obra ó el que resiste? Si no se escoge, hay en él, dos. Si se escoge, hay que confesar que el grupo preferido representa el yo, con igual título que en política una pequeña mayoría obtenida con mucho trabajo representa al Estado. Pero estas cuestiones no pueden tratarse de paso, y espero consagrarles más tarde una monografía.

preocupación ninguna de moral. Es una inferioridad de naturaleza, porque es evidente que una actividad que se gasta por entero en satisfacer una idea fija ó una impulsión ciega, es por naturaleza limitada, adaptada sólo al presente y á un pequeño número de circunstancias, mientras que la actividad razonable excede del presente y está adaptada á un número grande de circunstancias.

Hay que admitir, aunque choque el lenguaje, que la voluntad, como la inteligencia, tiene sus idiotas y sus genios; con todos los grados intermedios posibles. Desde este punto de vista, los casos citados en el primer grupo (impulsiones sin conciencia), representan el idiotismo de la voluntad, ó más bien su demencia; y los del segundo grupo, ciertos casos de debilidad voluntaria, análogos á los de las debilidades intelectuales.

Prosiguiendo nuestro estudio, hay que pasar del análisis de los hechos á la determinación de su causa. ¿Puede decirse á qué condiciones está unida esta debilidad de la actividad superior? Desde luego, debe uno preguntarse si su degeneración es un efecto del predominio de los reflejos, ó si, por el contrario, es la causa, ó en otros términos, si la debilidad de la voluntad es el hecho primitivo ó el secundario. Esta cuestión no admite respuesta general. La observación muestra que ambos casos se encuen-

tran, y por consiguiente, no puede darse sino una respuesta particular para un caso particular cuyas circunstancias son bien conocidas. Es indudable que á menudo la impulsión irresistible es el *origo mali*; constituye un estado patológico permanente. Entonces se produce en el orden psicológico un fenómeno análogo á la hipertrofia de un órgano ó al incremento exagerado de un tejido en una parte del cuerpo, como sucede, por ejemplo, en la formación de ciertos cánceres. En los dos casos, físico y psíquico, este desorden local se trasmite á todo el organismo.

Los casos en que la actividad voluntaria está afectada directamente, no por rechazo, son los más interesantes para nosotros. ¿Qué ocurre entonces? es el poder de coordinación el que está atacado, ó el poder de suspensión, ó ambos? Punto oscuro es este, sobre el que no hay más que conjeturas.

Para buscar alguna luz, veamos dos grupos nuevos de hechos: las debilidades artificiales ó momentáneas por intoxicación, y las crónicas, por lesión cerebral.

Todo el mundo sabe que la embriaguez por los licores alcohólicos, el haschich, el opio, después de un primer período de sobrexcitación, lleva consigo una debilidad notable de la voluntad. El individuo tiene más ó menos conciencia de ello; los demás lo ven mejor. Bien

pronto, sobre todo bajo el influjo del alcohol, las impulsiones se exageran. Las extravagancias, violencias ó crímenes cometidos en ese estado son infinitos.—El mecanismo de la invasión de la embriaguez está muy discutido. Se admite, en general, que empieza por el cerebro, después obra en la médula y el bulbo, y por fin, en el gran simpático. Se produce un embotamiento intelectual, es decir, que los estados de conciencia son vagos, mal definidos, poco intensos: la actividad fisio-psicológica del cerebro ha disminuído. Esta debilidad ataca también el poder motor. Obersteiner ha demostrado experimentalmente, que bajo el influjo del alcohol, se reacciona menos deprisa aunque parezca lo contrario (1).

Lo que está atacado no es sólo la ideación, sino la actividad ideo motriz. Al propio tiempo, el poder de coordinación llega á ser nulo ó efímero y sin energía. Consistiendo la coordinación á la vez en hacer converger ciertas impulsiones hacia un fin y en detener las impulsiones inútiles ó contrarias, como los reflejos son exagerados ó violentos, es preciso convenir en que el poder de suspensión (cualquiera que sea su

(1) *Brain*, Enero 1879. Un gran número de experimentos se han hecho con este objeto, resultando que concuerdan: Exner en *Pflüger's Archiv.*, 1873 Dietl y Vintschgau. (*Ibid.*, 1877) y un importante trabajo de Kræpelin, hecho en el laboratorio psico-físico de Wundt y publicado en las *Philosophische Studien*, p. 573 y siguientes.

naturaleza y su organismo) está lesionado, perjudicado, y que su papel en la constitución y el sostenimiento de la actividad voluntaria es capital.

La patología cerebral nos da, en apoyo de éstos, otros hechos que demuestran en el individuo un cambio brusco y estable.

Ferrier y otros autores, citan casos en que la lesión de las circunvoluciones frontales (en particular la primera y la segunda) llevan consigo una pérdida casi total de la voluntad; reduce el sér al automatismo, por lo menos á ese estado en que la actividad instintiva refleja, reina casi exclusivamente sin suspensión posible.

Un niño fué herido con un cuchillo en el lóbulo frontal. Diez y ocho años después se le advertía una salud física buena, «pero el herido es incapaz de ocupaciones que exijan un trabajo mental. Es irritable, sobre todo, cuando ha bebido, ó ha sufrido alguna excitación anormal.»

Un enfermo de Lépine, afectado de un abceso en el lóbulo frontal derecho, «se hallaba en estado de estupidez; parecía comprender lo que se le decía, pero apenas se le podía hacer pronunciar una palabra. Si se le daba la orden se sentaba; levantándole, solo podía dar algunos pasos sin ayuda.»

Otro que sufrió un golpe violento que le destruyó la mayor parte de la primera y se-

gunda circunvolución frontal «había perdido la voluntad. Comprendía, hacía lo que se le mandaba, pero de un modo automático y mecánico.»

Muchos casos análogos á los citados se han recogido, pero el más importante para nosotros es el del «cantero americano». Una barra de hierro lanzada por una mina le atravesó el cráneo lesionando sólo la región pre-frontal. Curó y sobrevivió doce años y medio á este accidente; pero hé aquí lo que se ha observado en el estado mental del paciente después de su curación. «Los patronos, que le consideraban como uno de sus mejores y más hábiles jefes de los trabajos antes de su accidente, le encontraron cambiado de tal modo, que no pudieron confiarle de nuevo su antiguo puesto. El equilibrio, el balance entre sus facultades intelectuales y sus tendencias instintivas parecía estar destruído. Es nervioso, irrespetuoso, á menudo jura del modo más grosero; cosas, que no estaban en sus costumbres. Apenas si es cumplido con sus iguales; soporta con impaciencia la contradicción, no escucha los consejos cuando son contrarios á sus ideas. En ciertos momentos tiene una obstinación excesiva, aunque es caprichoso é indeciso. Hace planes para el porvenir, que abandona en seguida para adoptar otros. Es un niño por la inteligencia y por las manifestaciones intelectuales, un hombre por

las pasiones y los instintos. Antes de su accidente, aunque no había recibido educación escolar, tenía el espíritu bien equilibrado y se le consideraba como un hombre hábil, penetrante, muy enérgico y tenaz en la ejecución de sus planes. Respecto á esto, ha cambiado tanto, que sus amigos dicen que no le reconocen ya» (1).

Este caso es muy marcado. Se ve en él debilitarse la voluntad en la misma medida en que la actividad inferior se afirma. Es además un *experimento* porque se trata de un cambio brusco, producido por un accidente en circunstancias bien determinadas.

Es lástima no tener más observaciones de este género, porque sería dar un gran paso en la interpretación de las enfermedades de la voluntad. Desgraciadamente, los trabajos hechos con tanto ardor sobre las localizaciones cerebrales se han limitado á las regiones motrices y sensitivas, que, sabido es, dejan á un lado la mayor parte de la región frontal. Haría falta asimismo un examen crítico de hechos contrarios, casos en que no parezca haberse producido ninguna debilidad de la voluntad. Hecho

(1) Para estos hechos y otros, véase Ferrier, *De la localisation des maladies cérébrales*, trad. de Varigny, pág. 43-56, y C. de Boyer, *Etudes cliniques sur les lésions corticales des hémisphères cérébraux* (1879), págs. 48, 55, 56 y 71. En la mitad de los casos (de 23) de tumores, heridas, abcesos, de los lóbulos frontales, Allen Star ha sacado como únicos síntomas: cambio de carácter, imposibilidad de gobernarse, pérdida de la facultad de atención. *Brain*, núm. 32, pág. 570.

este trabajo, la tesis de Ferrier—que en los lóbulos frontales existen centros de suspensión para las operaciones intelectuales—tomaría más consistencia y proporcionaría una base sólida á la determinación de las causas. En el estado actual no se podría salir del dominio de las conjeturas.

Comparando la abulia y los impulsos irresistibles se notará que la voluntad falta, por consecuencias de condiciones en todo contrarias. En un caso, la inteligencia está intacta, falta el impulso, en el otro faltan el poder de coordinación y suspensión, la impulsión se gasta por completo en provecho del automatismo.

---

## CAPÍTULO III

### DEBILITAMIENTO DE LA ATENCIÓN VOLUNTARIA

Vamos á estudiar ahora debilitamientos de la voluntad de otro carácter menos llamativo, los de la *atención voluntaria*. No difieren por naturaleza de los del último grupo, consistiendo, como ellos, en un debilitamiento del poder de dirección y de adaptación. Es una disminución de la voluntad en el sentido más estricto, más concreto, más limitado, indiscutible hasta para los que se encierran obstinadamente en la observación interior.

Antes de ocuparnos de la debilidad adquirida, examinemos la debilidad *congénita* de la atención voluntaria. Dejemos aparte los espíritus limitados ó mediocres, en los que la voluntad, los sentimientos y la inteligencia están al unísono de debilidad. Es más curioso observar un gran espíritu, un hombre dotado de una alta inteligencia, de una viva facultad de sentir, pero en el que falte el poder director, de suerte

que el contraste entre el pensar y el querer sea completo. Tenemos de ello un ejemplo en Coleridge.

«Ningún hombre de su tiempo, ni quizás de tiempo alguno, dice Carpenter (1), ha reunido en más alto grado que Coleridge la potencia de razonamiento del filósofo, la imaginación del poeta y la inspiración del vidente. Nadie quizás en la anterior generación ha producido impresión más viva sobre los espíritus entregados á las más altas especulaciones. Y, sin embargo, no hay probablemente persona que, estando dotada de tan relevantes talentos, haya sacado de ellos tan poco partido por el gran defecto de su carácter, la falta de voluntad para aprovechar tantos dones naturales, hasta el punto de que, flotando siempre en su espíritu numerosos y gigantescos proyectos, no ensayó nunca formalmente la ejecución de uno sólo. Así, desde el comienzo de su carrera encontró un editor generoso que le prometió treinta guineas por algunos poemas que había recitado, haciéndole el pago íntegro al recibir el manuscrito. Coleridge prefirió ir todas las semanas á mendigar de la manera más humillante la suma prometida, para atender á sus diarias necesidades, sin entregar una sola línea del poema, que con haberlo escrito le habría sacado de

(1) *Mental physiology*, p. 266 y siguientes.

tales apuros. El hábito que adquirió desde temprano, y del que jamás se emancipó, de acudir á los estimulantes nerviosos (alcohol, opio), debilitó aún más su poder voluntario, de modo que llegó á ser preciso gobernarlo».

La composición de su fragmento poético *Kubla-Khan*, que ha contado en su *Biografía literaria*, es un ejemplo típico de acción mental automática. Se durmió leyendo. Al despertar tuvo la sensación de que había compuesto algo así como doscientos ó trescientos versos, y que no tenía que hacer más que escribirlos. «Las imágenes nacían como realidades, con las expresiones correspondientes, sin ninguna sensación ó conciencia de esfuerzo». El conjunto de este singular fragmento, tal como existe, comprende cincuenta y cuatro líneas, que fueron escritas con la mayor rapidez que pudo dar á la pluma; pero habiéndole interrumpido para un asunto, una persona que le entretuvo cerca de una hora, Coleridge, con gran sorpresa y mortificación propias, se encontró con que «aun cuando tuviese aún un vago y oscuro recuerdo del conjunto general de su visión, á excepción de ocho ó diez versos sueltos, todo el resto había desaparecido completamente».

Las referencias de sus contemporáneos sobre su conversación inagotable, su hábito de soñar en voz alta, su perfecto olvido de los interlocutores, dejan la impresión de una inteligencia

exuberante, entregada á un automatismo sin freno. Las anécdotas curiosas ó burlonas son abundantísimas. No citaré ninguna; prefiero dejar á un maestro el cuidado de pintar al hombre.

«La figura de Coleridge y su exterior, por lo demás bueno y amable, tenía algo de flojo y de irresoluto, expresando la debilidad con la posibilidad de la fuerza. Oscilaba sobre las piernas, dobladas las rodillas, en una actitud encorvada. En su modo de andar había algo de confuso y de irregular, y cuando se paseaba en la avenida de su jardín, no se decidía á seguir una de las orillas, yendo haciendo eses de la una á la otra.

»Nada más abundante que su conversación, siempre en forma de monólogo, sin consentir interrupción alguna, ni aun respetuosa, y apartando inmediatamente toda adición ó anotación extraña, aun los más sinceros deseos de aclaración, como superfluidades que jamás debieron producirse. Además, su conversación no se deslizaba en un sentido, como un río, sino en todos sentidos, en corrientes inextricables ó en remolinos como los de un lago ó los del mar; terriblemente desprovista de objeto definido, y aun frecuentemente de inteligibilidad lógica; lo que había que hacer ó que creer se negaba obstinadamente á salir de aquella oleada de palabras; de modo que con la mayor frecuencia os

sentíais lógicamente perdido, engolfado y á punto de ahogaros por aquella marea de frases ingeniosas, desbordándose sin límite como para sumergir al mundo.

»Comenzaba de cualquier modo. Le poníais una cuestión, ó le hacíais una observación sugestiva. En lugar de responder, comenzaba por acumular un aparato formidable de vejigas natatorias lógicas, de preservativos trascendentales, de otros artefactos de precaución y de trasporte. Quizás al fin sucumbía á tanto peso; pero bien pronto se encontraba solicitado por nueva caza que seguir de un lado á otro, por una nueva persecución, y de carrera en carrera á través del mundo, indeciso de la caza que cogería y de si la cogería. Su conversación se caracterizaba como él mismo, por la irresolución; no podía plegarse á condiciones, á abstenciones, á su objeto definido; vagaba á su monte, ha ciendo del auditorio, con sus deseos y sus humildes aspiraciones, un botador puramente pasivo.

»¡Brillantes islotes embalsamados, soleados y benditos islotes de la inteligencia!: yo los he visto salir de la niebla, pero siempre raros y para englobarse inmediatamente en el elemento general.

»Tenía siempre frases elocuentes, artísticamente expresivas; rara vez le faltaba el tono de una simpatía noble, aunque extrañamente ilu-

minada; pero en general, esta conversación sin objeto, hecha de nubes, sentada sobre nubes, vagando sin ley razonable, no podía llamarse excelente, sino sólo sorprendente; recordaba la expresión amarga de Hazlitt; excelente hablador, en verdad, si se le deja no partir de ninguna premisa para no llegar á ninguna conclusión (1)».

Descendamos ahora á los vulgares ejemplos de debilitamiento *adquirido* de la atención voluntaria. Se presenta en dos formas:

*A*. La primera está caracterizada por una actividad intelectual exagerada, una superabundancia de estados de conciencia, una producción anormal de sentimientos y de ideas en un tiempo dado. Hemos hecho ya mención de ella á propósito de la embriaguez alcohólica. Esta exuberancia cerebral se manifiesta aún más exageradamente en la embriaguez, más inteligente, del haschisch y del opio. El individuo siente desbordarse flujo incoercible de sus ideas, y el lenguaje no es bastante rápido para traducir la velocidad del pensamiento; pero al mismo tiempo el poder de dirigir las ideas se hace cada vez más débil, los momentos lúcidos cada vez más cortos (2). Tal estado de

(1) Carlyle, *The Life of Sterling*, cap. VIII.

(2) Moreau, *Du hachich et de l'aliénation mentale*, p. 60. Richet, *Les poisons de l'intelligence*, p. 71.

exuberancia psíquica, cualquiera que sea la causa (fiebre, anemia cerebral, emoción), conduce siempre al mismo resultado.

Entre tal estado y la atención hay, pues, un antagonismo completo; el uno excluye á la otra. Esto no es más que un caso particular de la exageración de los reflejos; solamente que aquí se trata de los reflejos psíquicos; en otros términos, todo estado de conciencia actual tiende á resolverse, y no puede hacerlo más que de dos maneras: produciendo un movimiento, un acto, ó bien despertando otros estados de conciencia según las leyes de la asociación. Este último caso es un reflejo de un orden más complicado, un reflejo psíquico, pero no es más, como el otro, que una forma de automatismo.

*B*. La segunda forma nos conduce al tipo de la abulia; consiste en una disminución progresiva del poder director y en una imposibilidad final del esfuerzo de la inteligencia.

«En el período inicial de ciertas enfermedades del cerebro y del espíritu, el enfermo se queja de incapacidad para gobernar y dirigir la facultad de la atención. Encuentra que le es imposible, sin un esfuerzo manifiesto y penoso, cumplir su trabajo mental acostumbrado, leer ó comprender el contenido de una carta, de un periódico y aun una ó dos páginas de algún libro favorito; el espíritu cae en un estado de vacila-

ción, incapaz de continuidad en el pensamiento.

»Consciente de esta debilitación de energía, el enfermo intenta recuperarla; toma un libro, resuelto á no ceder á las sensaciones de incapacidad intelectual, de languidez psíquica, de debilidad cerebral; pero frecuentemente descubre que ha perdido todo poder de equilibrio mental, de concentración y de coordinación de sus ideas. En sus tentativas por comprender el sentido de lo que tiene bajo los ojos, lee y vuelve á leer con resolución, con una apariencia de energía victoriosa ciertos pasajes llamativos, pero sin ser capaz de sorprender un conjunto de ideas muy sencillas, ó de proseguir con éxito un razonamiento elemental. Esta tentativa, sobre todo si es sostenida, hace converger la atención sobre un punto, acrece con frecuencia la confusión del espíritu y produce una sensación física de laxitud cerebral y de cefalalgia (1)».

Muchos enfermos de parálisis general, después de haber atravesado el período de sobreactividad intelectual, el de los proyectos gigantescos, de las compras inmoderadas, de los viajes sin motivo, de la locuacidad incesante, en que la voluntad está dominada por los reflejos, llegan al período en que queda impotente por

(1) Forbes Winslow, *On the obscure Diseases of the Brain*, etc., página 216.

atonía; el esfuerzo no dura más que un momento, hasta que esa pasividad siempre creciente concluye en la demencia (1).

El lector ve, sin comentarios, que las enfermedades de la atención voluntaria son reductibles á los tipos ya estudiados. Es, pues, más fructuoso, sin multiplicar los ejemplos, buscar lo que ese estado del espíritu, que se llama la atención, puede indicarnos sobre la naturaleza de la voluntad y sugerirnos para las conclusiones de este trabajo.

No tengo que estudiar ahora la atención, por interesante y mal conocida que sea. La cuestión no puede tomarse aquí más que de soslayo, es decir, en cuanto que toca á la voluntad. Reduciré mis conclusiones sobre este punto á las proposiciones siguientes:

1.ª La atención voluntaria, cuyas maravillas se celebran de ordinario, no es más que una imitación artificial, inestable y precaria de la atención espontánea.

(1) Entre tales enfermos, algunos, bastante raros, atraviesan un período de lucha que demuestra bien en qué medida la voluntad es directora y cómo concluye por sucumbir. «Yo he visto en Bicêtre, dice Billod *(loco citato)*, á un paralítico general, cuyo delirio de grandezas era lo más acentuado posible, escaparse, irse con los pies descalzos, con una lluvia torrencial y de noche desde Bicêtre á Batignolles. El enfermo permaneció un año entero entre los suyos, luchando con toda su voluntad contra el delirio intelectual, sintiendo muy bien que á la primera idea falsa le volverían á Bicêtre. Allá volvió sin embargo. — He encontrado otros muchos ejemplos de esta integridad de la voluntad conservada mucho tiempo en paralíticos generales.

2.ª Esta sola es natural y eficaz.

3.ª Depende, en cuanto á su origen y á su duración, de ciertos estados afectivos, de la presencia de *sentimientos* agradables ó desagradables; en una palabra, es sensitiva en su origen, lo que la asemeja á los reflejos.

4.ª Las acciones de suspensión parece que representan un papel importante, pero mal conocido en el mecanismo de la atención.

Para justificar estas proposiciones será bueno examinar, ante todo, la atención espontánea tomándola bajo sus más diversas formas. El animal en acecho, esperando su presa, el niño que contempla con ardor algún espectáculo trivial, el asesino que espera á su víctima en el rincón de un bosque (aquí la imagen reemplaza la percepción del objeto real), el poeta poseído por una visión interior, el matemático que persigue la solución de un problema (1), todos presentan esencialmente los mismos caracteres externos é internos.

El estado de atención intensa y espontánea yo lo definiría de buen grado, como Sergi, diciendo que es una diferenciación de la percepción, que produce mayor energía psíquica en ciertos centros nerviosos con una especie de catalepsia temporal de los otros centros (2).

(1) Bien entendido que no se trata más que de aquellos que son poetas ó matemáticos por naturaleza, no por educación.

(2) «El proceso tan complejo de la atención se determina por las

Pero no tengo que estudiar la atención en sí misma; lo que nos importa es determinar su origen, su causa.

Claro es que, en los estados arriba enumerados y sus análogos, la verdadera causa es un estado afectivo, un sentimiento de placer, de amor, de odio, de curiosidad; en una palabra, un estado más ó menos complejo, agradable, desagradable ó mixto. Porque la presa, el espectáculo, la idea de la víctima, el problema, producen en el animal, el niño, el asesino, el matemático, una emoción intensa y suficientemente durable, es por lo que están atentos. Quitad la emoción, y todo desaparece. Mientras aquélla dura, dura la atención. Todo se desenvuelve, pues, aquí, á la manera de esos reflejos que parecen continuos, porque una excitación, sin cesar repetida y siempre la misma, les

mismas condiciones anátomo-fisiológicas de los órganos encefálicos que se presentan más sencillas, en la excitación sensitiva. Estas condiciones dependen del proceso continuo de diferenciación que sufren los elementos nerviosos. Hemos visto ya un primer proceso de diferenciación en el paso de la onda (nerviosa) difusa á la onda restringida, es decir, en el paso de la sensación á la percepción distinta; lo que implica una localización cerebral. Lo que llamamos atención es un proceso de diferenciación todavía mayor: la onda excitadora se hace más restringida y más intensa, más localizada y más directa; por consecuencia, el fenómeno entero toma una forma clara y distinta. (Sergi, *Teoria fisiologica della percezione*, cap. XII, p. 216. Además de este sustancial capítulo, podrá consultarse sobre la atención, estudiada desde el punto de vista de la nueva psicología: Lewes, *Problems of life and Mind.*, 3.ª serie, p. 184; Maudsley, *Physiol. de l'esprit*, traducción francesa, p. 457; Wundt. *Grundzüge der physiol. Psychologie*, 2.ª ed., p. 391; Ferrier, *Les fonctions du cerveau*, párrafo 102).

mantiene hasta el momento en que el agotamiento nervioso se produce.

¿Se quiere la comprobación? Observemos que los niños, las mujeres, y en general los espíritus ligeros, no son capaces de atención sino durante un tiempo muy corto; porque las cosas no despiertan en ellos más que sentimientos superficiales é instables; que son completamente desatentos para las cuestiones elevadas, complejas, profundas, porque les dejan fríos; que son, por el contrario, atentos á las cosas fútiles, porque les interesan. Podría recordar además, que el orador y el escritor mantienen la atención de un público dirigiéndose á sus sentimientos (encanto, terror, etc.). Se puede volver y revolver la cuestión en todos sentidos; la misma conclusión se impone, y no insistiría sobre un hecho tan evidente, si los autores que han estudiado la atención no hubiesen olvidado, á mi parecer, ese influjo capital.

En este sentido puede decirse que la atención espontánea da un máximum de efecto con un mínimum de esfuerzo; mientras que la atención voluntaria da un mínimum de efecto con un máximum de esfuerzo, y que esa oposición es tanto más radical cuanto más espontánea es la una y más voluntaria la otra. En su más alto grado la atención voluntaria es un estado artificial en el que, mediante el auxilio de sentimientos ficticios, mantenemos con gran trabajo

ciertos estados de conciencia que tienden á desvanecerse (por ejemplo, cuando seguimos, por cortesía, una conversación enojosa). En un caso lo que determina esta especialización de la conciencia, es toda nuestra individualidad; en el segundo es sólo una porción extremadamente débil y restringida de la misma.

Muchas cuestiones surgirían aquí; pero, lo repito, no tengo que estudiar la atención en sí misma. Voy sencillamente á demostrar (lo que espero, no dejará ninguna duda), que es, en su origen, de la misma naturaleza de los reflejos; que en su forma espontánea tiene regularidad y poder de acción; que bajo su forma voluntaria, es bastante menos regular y poderosa: pero que, en ambos casos, una excitación sensitiva la causa, la sostiene y la regula.

Se ve una vez más que lo voluntario se hace con lo involuntario, se apoya sobre él, saca de él su fuerza y es en comparación muy frágil, La educación de la atención no consiste, en definitiva, más que en suscitar y en desenvolver estos sentimientos ficticios y en procurar hacerlos estables por la repetición; pero como no hay creación *ex nihilo*, necesita una base natural, por pequeña que sea. Para concluir sobre este punto, confieso que acepto por mi cuenta la paradoja tan frecuentemente combatida de Helvecio «que todas las diferencias intelectuales entre los hombres no vienen más

que de la atención», con la reserva de que se trata de la atención espontánea *solamente*; pero entonces todo se reduce á decir que las diferencias entre los hombres son innatas y naturales.

Después de haber demostrado cómo se preduce la atención, falta buscar cómo se mantiene. La dificultad estriba sólo en la atención voluntaria. Hemos visto, en efecto, que el sostenimiento de la atención espontánea se explica por sí mismo. Es continua, porque la excitación que la causa es continua. Por el contrario, cuanto más voluntaria es la atención, requiere más esfuerzo y es más inestable. Ambos casos se reducen á una lucha entre estados de conciencia. En el primer caso, un estado de conciencia (ó mejor dicho un grupo de estados) es de tal manera intenso, que no hay contra él lucha posible, y se impone á viva fuerza. En el segundo caso, el grupo no tiene por sí mismo intensidad suficiente para imponerse; no llega más que por una fuerza adicional, que es la intervención de la voluntad.

¿Por qué mecanismo obra? Parece que es por una suspensión de movimientos. Volvemos así al problema de la inhibición, más oscuro aquí que en cualquiera otro caso. Veamos lo que se puede suponer acerca de esto. Primeramente, no es apenas necesario recordar que el cerebro es un órgano motor, es decir, que un gran número de sus elementos están consagra-

dos á producir movimiento, y que no hay un solo estado de conciencia que no contenga en un grado cualquiera elementos motores. Se sigue de aquí que todo estado de atención implica la existencia de estos elementos. «En los movimientos de nuestros miembros y de nuestro cuerpo, tenemos el sentimiento muy claro de una operación (1). Lo tenemos en un grado menor, si se trata de las adaptaciones delicadas de nuestros ojos, de nuestros oídos, etc. Solo por inducción lo reconocemos en la adaptación, aún más delicada de la atención y de la comprensión, que son también, y sin metáfora, actos del espíritu. Las combinaciones intelectuales más puras implican movimientos (con los sentimientos concomitantes) tan indispensablemente como la combinación de los músculos para manipular. El sentimiento de esfuerzo ó de reposo que sentimos cuando buscamos ó encontramos un camino á través de una masa de ideas oscuras y enrevesadas, no es más que una forma debilitada del sentimiento que tenemos al buscar ó encontrar nuestro camino en un bosque espeso y sombrío».

Recordemos aún que todo estado de conciencia, sobre todo cuando es muy intenso, tiende á realizarse en acto, á traducirse en movimientos, y que desde que entra en su fase motora

(1) Lewes, *Problems of life and Mind*, 3.ª serie, p. 397.

pierde su intensidad, empieza á declinar y tiende á desaparecer de la conciencia. Pero un estado de conciencia actual tiene otra manera de gastarse; la de trasmitir su tensión á otros estados, según el mecanismo de la asociación. Esto es, si se quiere, un gasto interno en lugar de un gasto externo. De todos modos, la asociación que parte del estado presente no se efectúa más que de una sola manera. En la atención espontánea, ciertas asociaciones prevalecen solas y por sí mismas, por su propia intensidad. En su atención voluntaria (la reflexión representa la forma más elevada), tenemos conciencia de una irradiación en diversos sentidos. Todavía mejor; en los casos en que cuesta mucho trabajo estar atentos, las asociaciones que prevalecen son las que no queremos, es decir, que no están escogidas, afirmadas como debiendo mantenerse.

¿Por qué medio, pues, están mantenidas las más débiles? Para representarnos, en la medida de lo posible, lo que pasa en semejante caso, consideremos hechos análogos, pero de un orden más palpable. Observemos un hombre que aprende á tocar un instrumento, á manejar una herramienta, ó, mejor todavía, un niño que aprende á escribir. Al principio ejecuta un gran número de movimientos completamente inútiles; mueve su lengua, su cabeza, su cara, sus piernas, poco á poco aprende á man-

tener sus órganos sujetos y á limitarse á los movimientos necesarios de la mano y de los ojos.

En la atención voluntaria, las cosas pasan de una manera análoga. Las asociaciones que se difunden en todos sentidos son comparables á estos movimientos inútiles. El problema, en un caso como en otro, consiste en sustituir una difusión limitada, restringida, por una difusión ilimitada. Para esto suprimimos las asociaciones inútiles á nuestro objeto. Hablando con propiedad, no suprimimos estados de conciencia, pero impedimos que sobrevivan despertando estados análogos y que proliferen á su voluntad. Se sabe además que esta tentativa es con frecuencia impotente, siempre enojosa, y en ciertos casos incesantemente repetida. Al mismo tiempo que nosotros impedimos esta difusión en todos sentidos, la fuerza nerviosa disponible se economiza en provecho nuestro. Disminuir la difusión inútil, es aumentar la concentración útil.

Tal es la idea que se puede formar de este fenómeno oscuro, cuando se trata de penetrar en su mecanismo, en lugar de recurrir á una pretendida «facultad» de atención que no explica nada. Se debe, por lo demás, reconocer con Ferrier «que el fundamento fisiológico sobre el cual descansa este criterio de la ideación, es una cuestión muy delicada y apenas

susceptible de una demostración experimental (1)». Agreguemos que lo que precede no pretende ser más que una aproximación, no una explicación.

(1) Para un estudio más detallado de esta cuestión, aconsejamos nuestra *Psychologie de l'attention.*

---

# CAPITULO IV

## REINADO DE LOS CAPRICHOS

Querer, es escoger para obrar; tal es para nosotros la fórmula de la voluntad normal. Las anomalías estudiadas hasta aquí se reducen á dos grandes grupos: la impulsión falta, y ninguna tendencia á obrar se produce (abulia); la impulsión muy rápida ó muy intensa impide la elección. Antes de examinar los casos de aniquilamiento de la voluntad, es decir, aquellos donde no hay elección ni actos, estudiemos un tipo de carácter en el cual la voluntad no se constituye, ó no lo hace más que bajo una forma oscilante, inestable y sin eficacia. El mejor ejemplo que se puede dar de ello, es el carácter histérico. Hablando con propiedad, encontramos aquí menos un desorden que un estado constitucional. El impulso irresistible simple es como una enfermedad aguda; los impulsos permanentes invencibles se asemejan á una enfermedad

crónica, el carácter histérico es una diátesis. Es un estado en que las condiciones de existencia de la voluntad faltan casi siempre.

Tomo del retrato que el Dr. Huchard ha trazado recientemente del carácter de las histéricas, los rasgos que se relacionan con nuestro objeto.

«Un primer rasgo de su carácter es la movilidad. Pasan de un día, de una hora, de un minuto á otro con una increible rapidez; de la alegría á la tristeza, de la risa al llanto; versátiles, fantásticas ó caprichosas, hablan en ciertos momentos con una locuacidad asombrosa, mientras que en otros llegan á ser sombrías y taciturnas, guardan un mutismo absoluto ó quedan sumidas en un estado de somnolencia ó de depresión mental; tienen entonces un sentimiento vago, indefinible de tristeza, con sensación de opresión en la garganta, de bola ascendente, de opresión epigástrica; rompen en sollozos, ó van á ocultar sus lágrimas en la soledad, que reclaman y que buscan; otras veces, al contrario, se ríen de una manera inmoderada, sin motivo serio. Se conducen, dice Ch. Richet, como los niños, á los que se hace reir á carcajadas cuando tienen todavía sobre la mejilla las lágrimas que acababan de derramar.

»Su carácter cambia como las vistas de un kaleidóscopo, lo que ha hecho decir con razón á Sydenham que lo que tienen de más constante

es su inconstancia. Ayer estaban alegres, amables y graciosas; hoy están de mal humor, susceptibles, irascibles, enfadándose por todo, pesadas y gruñonas por capricho, descontentas de su suerte; nada les interesa, todo las fastidia. Sienten una antipatía muy grande hacia una persona que antes amaban y estimaban, ó por el contrario, demuestran una simpatía incomprensible hacia otra: persiguen también con su odio á ciertas personas y con tanto encarnizamiento como empeño habían puesto antes en rodearlas de afección...

»Otras veces su sensibilidad se exalta por los motivos más fútiles, cuando apenas se conmueve por las más grandes emociones; quedan casi indiferentes, impasibles, aun al anuncio de una verdadera desgracia, y vierten abundantes lágrimas, se abandonan á la más profunda desesperación por una sencilla palabra mal interpretada, y trasforman en ofensa la más ligera broma. Esta clase de *ataxia moral* se observa aun para sus más queridos intereses: una muestra la indiferencia más completa para el desarreglo de su marido, otra queda impasible ante el peligro que amenaza su fortuna. Tan pronto tranquilas como acaloradas, dice Moreau, (de Tours), bienhechoras y crueles, impresionables con exceso, raramente dueñas de su primer movimiento, incapaces de resistir á impulsos de la más opuesta naturaleza, presentan una falta de

equilibrio entre las facultades morales superiores, la voluntad, la conciencia, y las facultades inferiores, instintos, pasiones y deseos.

»Esta excesiva movilidad en su estado de espíritu y sus disposiciones afectivas, esta instabilidad de su carácter, esta falta de fijeza, esta ausencia de determinación en sus ideas y en sus voliciones, explican la imposibilidad en que se encuentran de conservar largo tiempo su atención sobre una lectura, un estudio ó un trabajo cualquiera.

»Todos estos cambios se reproducen con la mayor rapidez. En ellas los impulsos no están, como en los epilépticos, privados absolutamente de intervención de la inteligencia; pero van rápidamente seguidos del acto. Esto es lo que explica esos movimientos súbitos de cólera é indignación, esos entusiasmos irreflexivos, esos enloquecimientos de desesperación, esas explosiones de alegría loca, esos grandes esfuerzos de afección, esos enternecimientos rápidos ó esos bruscos arrebatos durante los cuales obran como niños mal criados, patalean, rompen los muebles, sienten una necesidad irresistible de pegar.

»Las histéricas se agitan gobernadas por las pasiones. Todas las diversas modalidades de su carácter, de su estado mental, pueden casi resumirse en estas palabras: ellas no saben, no pueden, no quieren querer. Por esto es, en efec-

to, por lo que su voluntad es siempre oscilante y desmayada; por esto es por lo que se ven siempre en equilibrio inestable; por esto es por lo que giran al menor viento, como la veleta sobre nuestros techos; por todas estas razones es por lo que las histéricas tienen esa movilidad, esa inconstancia y esa mutabilidad en sus deseos, en sus ideas y en sus afecciones (1)».

Este retrato tan completo nos permite abreviar los comentarios. Ha puesto ante los ojos del lector ese estado de incoordinación, de ruptura de equilibrio, de anarquía, de «ataxia moral»; pero nos queda por justificar nuestra aserción del principio: que hay aquí una impotencia constitucional de la voluntad; que no puede ésta nacer, porque faltan sus condiciones de existencia. Por razones de claridad, anticiparé algo de lo que he de exponer con más detalles y pruebas en las conclusiones de esta obra.

Si observamos una persona adulta, dotada de una regular voluntad, notaremos que su actividad (es decir, su poder de producir actos), forma en junto como tres pisos; en el más bajo los actos automáticos, reflejos simples ó compuestos, hábitos; encima, los actos producidos por los sentimientos, las emociones y las pasiones; más alto, los actos razonables. Este

(1) Axenfeld y Huchard, *Traité des névroses*, 2.ª edición, 1883, páginas 938-971.

último piso supone los otros dos, descansa sobre ellos y, por consiguiente, de ellos depende, aunque él les da la coordinación y la unidad. Los caracteres caprichosos cuyo tipo es la histérica, no tienen más que las dos formas inferiores; la tercera está como atrofiada. Por naturaleza, salvo raras excepciones, la actividad razonable es siempre la menos fuerte. No predomina sino á condición de que las ideas despierten ciertos sentimientos que son, más bien que las ideas, á propósito para traducirse en actos. Hemos visto que cuanto más abstractas son las ideas, sus tendencias motoras son más débiles. En las histéricas, las ideas reguladoras no nacen, ó quedan en un estado inerte. Por quedar ciertas nociones de orden racional (utilidad, conveniencia. deber, etc.). en estado de concepciones simples, es por lo que no son *sentidas* por el individuo, no producen en él ningún eco afectivo, no entran en su sustancia, sino que quedan como un cuerpo extraño; por esto no tienen acción, y, en la práctica, como sino existiesen. El poder de acción del individuo está truncado é incompleto. La tendencia de los sentimientos y de las pasiones á convertirse en actos es doblemente fuerte: por sí misma y porque no hay nada sobre ella que la encauce y haga contrapeso; y como es un carácter de los sentimientos el marchar rectos al objeto, como los reflejos, el hacer su adaptación en un solo sentido,

unilateral (al contrario de la adaptación racional, que es multilateral), los deseos, nacidos rápidamente, é inmediatamente satisfechos, dejan el sitio libre para otros, análogos ú opuestos, según el grado de las variaciones perpetuas del individuo. No hay más que caprichos, á lo más veleidades, un esbozo informe de volición (1).

Este hecho de que el deseo vaya en una sola dirección y tienda á gastarse sin retardo, no explica, sin embargo, la inestabilidad de la histérica ni su ausencia de voluntad. Si un deseo siempre satisfecho renace siempre, hay estabilidad. El predominio de la vida afectiva no excluye necesariamente la voluntad: una pasión intensa, estable, consentida, es la base de todas las voluntades enérgicas. Se la encuentra en los grandes ambiciosos, en el mártir inquebrantable en su fe, en el Piel-Roja, burlándose de sus enemigos en medio de los tormentos. Hace falta buscar más profundamente la causa de esta inestabilidad en la histérica, y esta causa no puede ser más que un estado de la individualidad; es decir, en resumen, de la organización. Tenemos por una voluntad firme aquella cuyo fin, cualquiera que sea su naturaleza, es fijo. Que las circunstancias cambian, los medios cam-

(1) Notemos al paso cómo es necesario en psicología atender á la gradación ascendente de los fenómenos. La volición no es un estado neto y determinado, que existe ó no existe; tiene sus esbozos y ensayos.

bian, se establecen adaptaciones sucesivas al nuevo medio; pero el centro hacia el cual todo converge no cambia. Su estabilidad traduce la permanencia del carácter en el individuo. Si el mismo fin sigue preferido, aceptado, es que en el fondo, el individuo sigue siendo el mismo. Supongamos, por el contrario, un organismo de funciones inestables, cuya unidad—que no es más que un consensus—está sin cesar deshecha y rehecha sobre un nuevo plan, siguiendo la variación brusca de las funciones que la componen; claro está que en semejante caso la elección apenas puede aparecer, no puede durar, y no hay más que veleidades y caprichos. Esto es lo que acontece en la histérica. La inestabilidad es un hecho. Su causa más probable está en los desórdenes funcionales. La anestesia de los sentidos especiales ó de la sensibilidad general, las hiperestesias, los desórdenes de la motilidad, contracciones, convulsiones, parálisis, las perturbaciones de las funciones orgánicas, vasomotoras, secretoras, etc., que se suceden, ó coexisten, tienen el organismo en perpetuo estado de equilibrio inestable (1), y el carácter, que no es más que la expresión psíquica del organismo, varía lo mismo. Un carácter estable sobre bases tan variables, sería un milagro. Encontramos aquí, pues, la verdadera causa de

(1) Para el pormenor de los hechos, véase la obra citada, p. 987-1043.

la impotencia de la voluntad, y esta impotencia es, como hemos dicho, constitucional.

Hechos en apariencia contradictorios afirman esta tesis. Las histéricas están algunas veces poseídas por una idea fija, invencible. La una se niega á comer, otra á hablar, otra á mirar, porque el trabajo de la digestión, el ejercicio de la voz ó de la visión determinarían, piensan ellas, un dolor. Más frecuentemente aún se encuentra ese género de parálisis, que ha sido llamado «psíquico» ó «ideal». La histérica se queda acostada semanas, meses, y aun años, creyéndose incapaz de permanecer de pie ó de andar. Una sacudida moral ó simplemente la influencia de una persona que adquiere su confianza ó que ejerce gran autoridad, produce la curación. Una empieza á andar con la noticia de un incendio, otra se levanta y va al encuentro de un hermano ausente desde hacía tiempo, otra se decide á comer por temor al médico. Briquet, en su *Tratado del histerismo*, presenta muchos casos de mujeres que él ha curado, inspirándoles la fe en su curación. Se podría mencionar gran número de estas curaciones, llamadas milagrosas, que han despertado la curiosidad pública desde la época del diácono Pâris hasta nuestros días.

Las causas fisiológicas de estas parálisis son muy discutidas. En el orden psicológico, comprobamos la existencia de una idea fija, cuyo

resultado es una suspensión. Como una idea no existe por sí misma, y sin ciertas condiciones cerebrales, como no es más que parte de un todo psico-fisiológico — la parte consciente — es preciso admitir qne responde á un estado anormal del organismo, quizás de los centros motores, y que tiene allí su origen. Sea lo que quiera, esto no es, como ciertos médicos han sostenido con insistencia, una «exaltación» de la voluntad; es, al contrario, su ausencia. Volvemos á encontrar un tipo morboso ya estudiado y que no difiere de las impulsiones irresistibles más que en la forma; es inhibitorio. Pero no hay contra la idea fija ninguna reacción que venga directamente del individuo. Es un influjo extraño el que se impone y produce un estado de conciencia contrario, con los sentimientos y estados fisiológicos concomitantes. Resulta de aquí un impulso poderoso á la acción, que suprime y reemplaza el estado de suspensión; pero esto apenas es una volición; todo lo más una volición con auxilio de otro.

Este grupo de hechos nos conduce, pues, á la misma conclusión: impotencia de la conciencia para constituirse (1).

(1) Para los hechos, consúltese Briquet, *Traité de l'histérie*, ch. X; Axenfeld et Hunchard, loc. cit., p. 967-1012; Cruveilhier, *Anatomie pathologique*, liv. XXXV, p. 4; Macario, *Ann. médico-psychol*, vol. III, página 62; Ch. Richet, *Revue des Deux-Mondes*, 15 Enero 1880; P. Richer, *Etudes cliniques sur l'histéro-épilepsie*, etc. 3.º p. ch. II y las notas históricas.

# CAPITULO V

## ANIQUILAMIENTO DE LA VOLUNTAD

Los casos de aniquilamiento de la voluntad, cuyo estudio vamos á emprender, son aquellos en que no hay ni elección ni actos. Cuando la actividad psíquica está, ó parece estar, completamente suspendida, como en el sueño profundo, la anestesia provocada, el coma y los estados análogos, es la vuelta á la vida vegetativa: no vamos á decir nada de ello; la voluntad desaparece, porque todo desaparece. Aquí, de lo que se trata es de casos en que persiste una forma de actividad mental, sin que haya posibilidad de elección seguida de acto. Este aniquilamiento de la voluntad se encuentra en el éxtasis y el sonambulismo.

### I

Se han distinguido diversas clases de éxtasis: profano, místico, morboso, fisiológico, ca-

taléptico, sonambúlico, etc. Estas distinciones no importan aquí; el estado mental, en el fondo, es siempre el mismo. La mayor parte de los estáticos llegan á serlo naturalmente, por un efecto de su constitución. Otros secundan la naturaleza por procedimientos artificiales. La literatura religiosa y filosófica del Oriente, de la India en particular, abunda en documentos, con los cuales se ha podido establecer una especie de manual operatorio para llegar al éxtasis. Estarse quieto, mirar fijamente al cielo ó á un objeto luminoso, ó á la punta de la nariz, ó al ombligo (como los monjes del Mont-Athos, llamados *onfalópsicos*), repetir contiñuamente el monosílabo *Oum* (Brahma) representándose el Sér Supremo; «retener el aliento», es decir, moderar la respiración; «no inquietarse ni del tiempo ni del lugar»: tales son los medios que «hacen semejarse á la luz apacible de una lámpara colocada en un lugar donde no sopla el viento (1)».

(1) *Bagabad-gîta*, lectura 6.ª—Los doctores budhistas admiten cuatro grados en la contemplación que conduce al nirvana terrestre.

El primer grado es el sentimiento íntimo de dicha, que nace en el alma del asceta cuando cree haber llegado á distinguir la naturaleza de las cosas. El yogui se ve entonces libre de todo deseo distinto del nirvana; entonces juzga y raciocina todavía; pero ha franqueado todas las condiciones del pecado y del vicio.

En el segundo grado, el vicio y el pecado no le manchan; pero además ha puesto á un lado el juicio y el raciocinio; su inteligencia no se fija más que sobre el nirvana, sólo siente el placer de la satisfacción interior, sin juzgarlo ni aun comprenderlo.

Logrado esto, el estático ofrece ciertos caracteres físicos: ya inmóvil y mudo, ya traduciendo la visión de que está poseído en palabras, cantos, actitudes. Raramente se mueve. Su fisonomía es expresiva; pero sus ojos, aun abiertos, no ven. No oye los sonidos; salvo, en ciertos casos, la voz de algunas personas. La sensibilidad general está apagada; no siente ningún contacto; ni el pinchazo ni la quemadura despiertan el dolor.

Lo que siente interiormente el extático, sólo él puede decirlo, y si no conservase al despertar idea de ello, los demás tendrían que reducirse á conjeturas. Sus narraciones y sus escritos muestran, en medio de las diferencias de razas, de creencias, de espíritu, de tiempo y de lugar, una notable conformidad. Su estado mental se reduce á una idea-imagen única, ó que sirve de centro á un grupo único, que ocupa toda la conciencia y se mantiene en ella con extrema intensidad. Muchos místicos han des-

En el tercer grado, el placer de la satisfacción ha desaparecido; el sabio ha caído en la indiferencia para la dicha, que experimentaba todavía su inteligencia. Todo el placer que le queda es un vago sentimiento del bienestar físico, del que está inundado todo su cuerpo; tiene aún una conciencia confusa de sí mismo.

En fin, en el cuarto grado, el yogui no goza ya este sentimiento del bienestar físico, por vago que sea; ha perdido también toda memoria, y aun el sentimiento de su indiferencia. Libre de todo placer y de todo dolor, llega á la impasibilidad, tan próxima al nirvana como puede serlo durante esta vida. (Barth. Saint-Hilaire, *Le Bouddha et sa religion*, p. 136, 137).

crito este estado con una gran delicadeza, sobre todo Santa Teresa. Extracto, pues, algunos pasajes de su autobiografía, para ofrecer al lector una descripción auténtica del éxtasis.

«Para unirse á Dios, hay cuatro grados «de oración», que ella compara á cuatro maneras, cada vez más fáciles, de regar un jardín; «ú con sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ú con noria y arcaduz, que se saca con un torno... que es á menos trabajo que estotro, y sácase más agua; ú de un río ó arroyo, esto se riega mijor, que queda mas harta la tierra de agua, y no se ha menester regar tan á menudo, y es á menos trabajo mucho del hortelano: ú con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mijor, que todo lo que queda dicho.» (Capitulo XI).

En los dos primeros grados no hay todavía más que ensayos de éxtasis que la Santa anota de pasada. Algunas veces en medio de una lectura, fué sorprendida de pronto por el sentimiento de la presencia de Dios. Le era absolutamente imposible dudar que no estuviese dentro de ella ó que ella no estuviese enteramente sumergida en él. Esto no era una visión. Suspende su alma de tal manera, que parece estar toda ella fuera de sí misma. La voluntad ama, la memoria le parecía casi perdida, el entendimiento no obraba; sin embargo, no se pierde.

En un grado más alto que no es «ni un éxtasis, ni un sueño espiritual», «sola la voluntad se ocupa de manera que sin saber cómo se cativa, solo da consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cativo de quien ama. . Las otras dos potencias ayudan á la voluntad para que vaya haciéndose habil para gozar de tanto bien; puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto; mas entonces no haga caso dellos, sino estese en su gozo y quietud. Porque si las quiere recoger, ella y ellas se perderan, que son entonces como unas palomas, que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar, sin trabajarlo ellas, y van á buscar de comer por otras partes, y hállanlo tan mal que se tornan...» Y luego dice: «Y ansi me parece es grandísima ventaja cuando lo escribo estar en ella (la oracion), porque veo claro, no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé despues cómo lo acerté á decir: esto me acaece muchas veces.»

En el tercer grado, hé aquí el éxtasis: «Es un sueño de las potencias (facultades), que ni del todo se pierden, ni entienden como obran... Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquel agonía con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo,

á todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos como lo decir, ni como lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ria, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura adonde se deprende la verdadera sabiduría y es deleitosísima manera de gozar el alma... Estando ansi el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas temporales; de manera que, si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos no ve casi nada; ni si lee acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien; ve que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Ansi que de los sentidos no se aprovecha nada... Hablar es por demás que no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria... Verdad es que á los principios pasa en tan breve tiempo, (al menos á mí así me acontecía), que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto á entender... Y nótese esto, que á mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspen-

sión de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora es muy mucho: yo nunca, á mi parecer, estuve tanto. Verdad es, que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente; mas digo que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan á importunar; como la voluntad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco y tornan á vivir. En esto pueden pasar algunas horas de oracion, y se pasan... Mas este estar perdidas del todo, y sin ninguna imaginación en nada (que á mi entender tambien se pierde del todo), digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco á cogerlas Dios consigo... Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Solo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera que en ninguna manera (como he dicho), se entiende que obran... Ansi que á esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se queman las alas; ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende como ama; el entendimiento, si en-

tiende, no se entiende como entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende» (1).

No seguiré á Santa Teresa en su descripción del «arrobamiento» (cap. XX), «ese águila divina que con una impetuosidad súbita os coge y os arrebata.» Bastan estos trozos, y si se leen con atención no se vacilará en atribuirles todo el valor de una buena observación psicológica (2).

Examinando los relatos detallados de otros extáticos (que no puedo trasladar aquí), encuentro que debemos para nuestro estudio, establecer dos categorías.

En la primera, la motilidad persiste en cierto grado. La extática sigue en su evolución, y reproduce con movimientos apropiados, la Pa-

(1) *La vida de la Santa Madre Teresa de Jesús, escrita por ella misma.* Comp. también Plotin, *Enneades*, VI; Tauler, *Institution chrétienne*, cap. XII, XXVII, XXXV.

(2) Santa Teresa describe así su estado físico durante su «arrobamiento»: «Digo que muchas veces me parecía me dejaba el cuerpo tan ligero que toda la pesadumbre dél me quitaba, y algunas era tanto que casi no entendía poner los piés en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque, aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaccido á mí perderle del todo, pocas y poco rato; mas lo ordinario es, que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí cuanto á lo exterior, no deja de entender y oir como cosa de lejos. No digo que entiende y oye, cuando está en lo subido de él... (*La vida de la Santa Madre Teresa de Jesús, escrita por ella misma.*—Biblioteca de Autores Españoles, t. 53.—Madrid, Ribadeneyra, 1861.)

sión, la Natividad ó algún otro drama religioso. Es una serie de imágenes muy intensa, que tiene un punto de partida invariable, y un encadenamiento invariable, que se repite en cada acceso con un perfecto automatismo. De ello son ejemplos bien conocidos María de Moerl y Luisa Lateau.

La otra categoría es la del éxtasis en reposo. La idea sola reina; de ordinario abstracta ó metafísica: Dios para Santa Teresa y Plotin, mejor aún el *nirvana* de los budistas. Los movimientos quedan suprimidos: no se siente más «que un resto de agitación interior.»

Notemos de pasada cómo concuerda esto con lo que se ha dicho anteriormente: que con las ideas abstractas la tendencia al movimiento está en su mínimum; que siendo estas ideas representaciones de representaciones, puros esquemas, el elemento motor se debilita en la misma medida que el elemento representativo.

Pero en uno como en otro caso, el estado mental del éxtasis es una infracción completa á las leyes del mecanismo normal de la conciencia. Esta no existe más que á condición de un cambio perpetuo; es esencialmente discontinua. Una conciencia homogénea y continua es un imposible. El éxtasis realiza en lo posible esta continuidad. Pero Santa Teresa nos lo acaba de decir: ó la conciencia desaparece, ó el entendimiento y la memoria (es decir, la discontinui-

dad) despiertan por momentos y vuelve á aparecer la conciencia.

Esta anomalía psicológica se complica con otra. Todo estado de conciencia tiende á gastarse en razón misma de su intensidad. En el éxtasis más alto, el gasto es nulo del todo ó casi nulo y la intensidad intelectual se mantiene, gracias á la ausencia de esta fase motriz. El cerebro, órgano á la vez intelectual y motor en estado normal, cesa de ser motor. Además, en el orden intelectual, los estados de conciencia heterogéneos y múltiples que constituyen la vida ordinaria han desaparecido. Las sensaciones quedan suprimidas, y con ellas las asociaciones que suscitan. Una representación única la absorbe todo. Si se compara la actividad psíquica normal con un capital en circulación, modificado sin cesar por los ingresos y los gastos, se puede decir que aquí el capital está todo en junto; la difusión se convierte en concentración, lo extensivo se transforma en intensivo. No es de extrañar, pues, que, en este estado de eretismo intelectual, la extática parezca transfigurada, por cima de sí misma. Es cierto que las visiones de la grosera campesina de Sanderet, que veía una Virgen toda de oro en un paraíso de plata, no se parecen en nada absolutamente á las de una Santa Teresa ó de un Plotin; pero cada inteligencia en el momento del éxtasis da su máximum.

¿Es acaso necesario, ahora, investigar por qué en este estado no hay ni elección ni actos? ¿Cómo podría haber elección, si ésta supone la existencia de ese todo complejo que se llama el yo, y que ha desaparecido; si, estando reducida la personalidad á una idea ó á una visión única, no hay estado que pueda ser elegido, es decir, incorporado al todo con exclusión de los demás; si, en una palabra, no hay nadie que pueda elegir, nada que pueda ser elegido? Tanto valdría suponer una elección sin electores ni candidatos.

La acción también queda agotada en su fuente, anulada. No subsisten de ella más que las formas elementales (movimientos respiratorios, etc.), sin los cuales sería imposible la vida orgánica. Encontramos aquí un caso curioso de correlación ó de antagonismo psicológico; todo lo que gana una función, lo pierde la otra; todo lo que gana el pensamiento, lo pierde el movimiento. Desde este punto de vista, el éxtasis es lo contrario de los estados en que triunfa la movilidad, tales como la epilepsia, la corea, las convulsiones. En éstos, máximum de movimientos con mínimum de conciencia; en aquél, intensidad de conciencia con mínimum de movimiento. No hay, en cada momento, más que un cierto capital nervioso y psíquico disponible; si una función lo acapara, es en detrimento de las demás. El acaparamiento, en un sen-

tido ó en otro, depende de la naturaleza del individuo.

Después de haber estudiado la anulación de la voluntad en su forma más elevada, notemos que en la contemplación, en la reflexión profunda se encuentran formas mitigadas y decrecientes de esta anulación. La ineptitud de los espíritus contemplativos para la acción tiene razones fisiológicas y psicológicas, cuya explicación nos ha dado el éxtasis.

## II

Sería tan interesante para el psicólogo como para el fisiólogo saber lo que produce la abolición de la conciencia en el sonambulismo natural ó provocado y de qué condiciones orgánicas resulta éste. A pesar de los trabajos perseguidos con ardor durante estos últimos años, no existen acerca de este punto más que teorías, y se puede escoger entre muchas hipótesis. Unos, como Schneider y Berger, lo consideran como resultado de la «atención expectante», que produce una contracción unilateral y anormal de la conciencia. Preyer ve en él un caso particular de su teoría del sueño. Otros, como Rumpf, admiten cambios reflejos en la circulación cerebral, fenómenos de hiperemia y de anemia en la superficie de los hemisferios cerebrales. Heidenhain, que combate esta última

teoría, explica el hipnotismo por un acto de suspensión. Se produciría por una suspensión de actividad de las células nerviosas corticales, quizá por cambio de disposición molecular; de esta manera, el movimiento funcional de la sustancia gris quedaría interrumpido. Esta última hipótesis es la que parece reunir más partidarios. Como no es, al menos desde el punto de vista psicológico, más que una simple afirmación de hecho, podemos atenernos á ella.

Sería inútil describir un estado descrito tantas veces y con tanto cuidado. Notemos solamente que los términos sonambulismo, hipnotismo y sus análogos no designan un estado idéntico en todos y en todas partes (1). Este estado varía en el mismo individuo desde el simple adormecimiento hasta el estupor profundo; y de un individuo á otro según la constitución, el hábito, las condiciones patológicas, etc. Así, pues, sería ilegítimo afirmar que hay siempre anulación del poder voluntario. Vamos á ver que hay casos muy dudosos.

Tomemos primero el hipnotismo bajo la forma que muchos autores han llamado letárgica. La inercia mental es absoluta; la conciencia queda abolida; los reflejos son exagerados, exageración que va siempre á la par de la debilitación de la actividad superior. A la voz del

(1) Véanse en especial, los artículos de M. Ch. Richet en la *Revue philosophique* de Octubre y de Noviembre de 1880 y de Marzo de 1883

operador, el hipnotizado se levanta, anda, se sienta, ve á ausentes, viaja, describe paisajes. No tiene otra voluntad que la del operador. Hé aquí lo que esto significa, en términos más precisos: En el campo vacío de la conciencia se suscita un estado, y, como todo estado de conciencia tiende á pasar al acto—inmediatamente ó después de haber despertado asociaciones—el acto se produce. Este no es más que un caso de una ley bien conocida que en el orden psicológico es la análoga del reflejo en el fisiológico: y el paso al acto es aquí tanto más fácil cuanto que no hay nada que lo dificulte, ni poder de suspensión, ni estado antagónico, pues la idea sugerida es la única que reina en la conciencia dormida. Hechos en apariencia más extraños se explican del mismo modo. Sabido es, que colocando los miembros del hipnotizado en determinadas posturas, se despiertan en él los sentimientos de orgullo, de terror, de humildad, de piedad; que si se le disponen para trepar, intenta hacerlo; que si se le pone en la mano algún instrumento de su trabajo usual, trabaja. Claro es que la posición impuesta á los miembros despierta en los centros cerebrales los estados de conciencia correspondientes, á los cuales están asociados por numerosas repeticiones. Una vez despertada la idea, está en las mismas condiciones que la nacida de una orden ó sugestión directa del operador. Todos estos

casos son, pues, reductibles á una misma fórmula: el hipnotizado es un autómata al que se hace funcionar según la naturaleza de su organización. Hay anulación absoluta de la voluntad, pues la personalidad consciente queda reducida á un solo y único estado, que no es escogido ni rechazado, sino sufrido, impuesto.

En el sonambulismo natural, el automatismo es espontáneo, es decir, que tiene por antecedente algún estado cerebral, que tiene á su vez por antecedente alguna excitación particular en el organismo. Aquí, muchas veces el automatismo es de un orden superior; la serie de los estados suscitados es larga y cada término de la serie es complejo. Se puede dar como tipo de ella al cantante, cuya historia ha contado Mesnet: si se le presenta un bastón, lo toma por un fusil, y resucitan sus recuerdos militares; carga el arma, se tumba en el suelo, apunta con cuidado y dispara. Si se le presenta un rollo de papel, los recuerdos de su oficio actual resucitan, lo desarrolla y canta á toda voz (1). Pero la repetición invariable de los mismos actos, en el mismo orden, en cada acceso, da á todos estos hechos un carácter muy claro de automatismo, del cual toda voluntad queda excluída.

(1) *De l'automatisme de la mémoire et du souvenir dans le somnambulisme pathologique*. París 1874. Véase también P. Richer, ob. cit., p. 391 y siguientes.

Hay, sin embargo, casos equívocos. Burdach nos habla de una «oda muy hermosa», compuesta en estado de sonambulismo. Se ha citado muchas veces la historia de aquel cura que, componiendo un sermón, corregía y retocaba sus frases, cambiaba el lugar de los epítetos. Otra persona intenta suicidarse varias veces y en cada acceso emplea medios nuevos. Los hechos de este género son tan numerosos que, aun concediendo su parte á la credulidad y á la exageración, no es posible desentenderse de ellos.

Podría decirse que semejantes actos suponen una comparación, seguida de una elección, de una preferencia; y esto es lo que se llama una volición. Existirá, en este caso, un poder voluntario, es decir, una reacción propia del individuo,—sordo, oscuro, limitado, pero activo.

Se puede sostener también que el automatismo basta por sí sólo. ¿No es una verdad reconocida que, en estado normal, es á menudo automático y que no por esto vale menos? Lo que los poetas llaman inspiración, ¿no es un trabajo cerebral, involuntario, casi inconsciente, ó que, por lo menos, no llega á la conciencia más que bajo la forma de resultados? Releemos lo escrito por nosotros, y nuestras correcciones son muchas veces espontáneas, es decir, que el movimiento del pensamiento trae una asociación nueva de palabras y de ideas

que se sustituye inmediatamente á la otra. Es, pues, posible que el individuo, como sér que escoge y prefiere, no intervenga en ello para nada. Sutilizando más, se puede sostener que todos estos casos no son rigurosamente comparables; que, si para componer una oda basta el automatismo, no basta para corregirla; que en este último caso hay una elección, tan rápida, tan insignificante como se la quiera suponer. En lugar de un cero de voluntad, tendríamos un mínimum de voluntad. Esta opinión puede referirse á la primera, ó no está separada de ella más que por una media tinta.

El lector elegirá entre estas dos interpretaciones. Pasemos á casos en que los datos son más claros.

Hay en los hipnotizados numerosos ejemplos de *resistencia*. Una orden no es obedecida, una sugestión no se impone de golpe. Los magnetizadores del siglo pasado recomendaban al operador el tono de autoridad, al operado la fe, la confianza que produce el consentimiento y excluye la resistencia.

Durante el estado de sonambulismo, B... ejecuta inmediatamente que se le ordenan, ciertos actos, pero se niega á otros. Con la mayor frecuencia no quiere leer, estando seguros de que ve, á pesar de la oclusión aparente de los párpados... Colocando las manos de B... en la actitud de la oración, ésta se impone á su espí-

ritu. A las preguntas responde que reza á la Virgen Santa; pero que no la ve. En tanto que las manos permanecen en la misma posición, continúa su oración *y no disimula su desagrado* si se trata de distraerla. Cambiando de postura las manos, la oración cesa en seguida. Por fatal que sea la plegaria, en este caso es razonada en cierto modo, pues la enferma resiste á las distracciones y es capaz de sostener una discusión con el que viene á interrumpirla» (1).

Uno de los casos de M. Ch. Richet, que sin ninguna dificultad se deja metamorfosear en oficial, en marinero, etc., se resiste, por el contrario, con lágrimas, á ser cambiado en sacerdote; lo cual explican suficientemente el carácter, las costumbres del sujeto y el medio en que ha vivido.

Se encuentran, pues, casos en que coexisten dos estados; uno por una influencia del exterior, el otro por una influencia del interior. Conocemos el poder automático del primero. Aquí un estado contrario le contiene; existe alguna cosa que se parece á un poder de suspensión. Pero este poder es tan débil que cede de ordinario á ataques repetidos, tan vago que no se puede determinar su naturaleza. ¿No es más que un estado de antagonista conciencia, suscitado por la misma sugestión, de modo que todo se redu-

(1) P. Richer, *Etude sur l'hystéro-épilepsie*, p. 426-427.

ciría á la coexistencia de dos estados contrarios? ¿Es más complicado y hay que admitir que representa la suma de las tendencias que existen todavía en el individuo y algunos restos de lo que constituye su carácter? Si se acepta la teoría de Heidenhain, se tendrá, en el estado llamado letárgico, una suspensión completa de la actividad funcional; la orden ó la sugestión pondrán en juego un número infinitamente restringido de elementos nerviosos, en la capa cortical; por último, en el estado de resistencia surgirán de su sueño algunos de estos elementos, que en el estado normal forman la base psicológica y fisiológica del individuo, y son la expresión sintética de su organismo. Hay que confesar que, aun admitiendo esta segunda hipótesis, lo que quedaría del poder voluntario, de la posibilidad para el individuo de reaccionar sobre su naturaleza, sería un embrión, un poder tan desprovisto de eficacia, que apenas se le podría llamar una voluntad.

Notemos además que si es difícil para el observador adivinar qué poder de reacción persiste en la persona que resiste, ésta es todavía peor juez de ello:

«Un análisis atento de los fenómenos, tal como pueden hacerlo hombres instruídos é inteligentes que han consentido en someterse á la acción del magnetismo, muestra cuán difícil es aun al sujeto dormido el darse cuenta de que

no simula. Para hacer estas observaciones no es preciso que el sueño sea muy profundo... En el período del *letargo* se conserva la conciencia, y sin embargo, hay un comienzo de automatismo muy manifiesto.

»Un médico de Breslau había afirmado á M. Heidenhain que el magnetismo no le haría ninguna impresión; pero después que estuvo *aletargado*, no pudo pronunciar una sola palabra. Despierto, declaró que había podido hablar muy bien y que si no había dicho nada era porque no había querido. Nuevo letargo mediante algunos pases: nueva impotencia de la palabra. Se le despierta otra vez y se ve forzado á reconocer que, si no hablaba, era porque no podía hablar.

Uno de mis amigos, estando sólo aletargado, y no completamente dormido, ha estudiado este fenómeno de la impotencia coincidiendo con la ilusión del poder. Cuando yo le indico un movimiento, lo ejecuta siempre aun cuando antes de estar magnetizado estaba perfectamente decidido á resistirme. Esto es lo que más le cuesta comprender al despertar. «Ciertamente, me dice, yo podría resistir; pero no tengo voluntad para hacerlo». También á veces está tentado de creer que él finge. «Cuando estoy aletargado, me dice, finjo el automatismo, aunque me parece que podría hacer lo contrario. Yo llego con la firme voluntad de no fingir, y á

mi pesar, desde que comienza el sueño me parece que finjo». Se comprenderá que este género de fingimiento de un fenómeno se confunde absolutamente con la realidad de este fenómeno. El automatismo está probado por el solo hecho de que personas de buena fe no pueden obrar sino como autómatas. Poco importa que crean poder resistir. No resisten. Hé aquí el hecho que debe tomarse en consideración, y no la ilusión que se forman de su poder de resistencia, al decir de ellos (1)».

Sin embargo, este poder de resistencia, por débil que sea, no es igual á cero; es una última supervivencia de la reacción individual, extraordinariamente empobrecida; está en el umbral del aniquilamiento, pero sin pasarlo. La ilusión de este débil poder de suspensión debe responder á algún estado fisiológico igualmente precario.

En suma, el estado de sonambulismo natural ó provocado, puede considerarse á justo título como un aniquilamiento de la voluntad. Los casos de excepción son raros, oscuros; aportan, sin embargo, su parte de enseñanza. Muestran una vez más que la volición no es una cantidad invariable, sino que decrece hasta el punto de que se puede sostener igualmente que existe y que no existe.

(1) Ch. Richet, art. citado, p. 348-349.

Mencionaré de paso un hecho que apenas entra en la patología de la voluntad, pero que se presta á reflexión. Se puede dar á ciertos sujetos hipnotizados la orden de ejecutar un acto más tarde, en un momento determinado del día, ó aun en fecha más lejana (á los ocho ó diez días). Vueltos en sí ejecutan esta orden á la hora señalada en el día fijado, declarando de ordinario «que no saben por qué». En algunos casos más curiosos, estas personas *dan razones fútiles para explicar su conducta*, para justificar este acto que no procede de su espontaneidad, sino que se les ha impuesto sin que ellos lo sepan.

«Nuestra ilusión del libre albedrío, dice Spinosa, no es más que la ignorancia de los motivos que nos hacen obrar». Este hecho y sus análogos, ¿no vienen en su apoyo?» (1).

(1) El estado de la voluntad en los hipnotizados, ha dado lugar en estos últimos tiempos á discusiones muy vivas y de una gran importancia práctica. Acabamos de ver que es fácil durante el hipnotismo mandar á ciertos sujetos actos que deberán cumplir á una fecha dada. Olvido completo del mandato al despertar, y (á lo que parece), hasta el momento del cumplimiento. El hipnotizado, ¿no puede así llegar á ser un instrumento pasivo en manos del operador, por aniquilamiento de la voluntad?

Se han sostenido dos opiniones contrarias.

Para la Escuela de Nancy (Liébault, Beaunis, Bernheim, Liégeois), la confiscación de la voluntad es completa, y toda resistencia á los mandatos es vencida á la larga en la persona francamente sugestionable que se hace así «perinde ac cadaver».

La Escuela de París (Charcot, Brouardel, etc.), rechaza esta tesis absoluta, «que no se apoya más que sobre crímenes de laboratorio» (es decir, ficticios, simulados, ejecutados por condescendencia). Sostiene que la resis-

tencia es posible; muy débil cuando el acto mandado es una futilidad, aumentaría en proporción de la gravedad del acto sugerido. Esta resistencia se manifestaría de muchas maneras: resistencia á despertarse si no se revoca la orden, sueño ó crisis en el momento de la ejecución, etc. «El hipnotizado no ejecuta más que lo que quiere ejecutar». Para esta discusión consúltese á Beaunis, *Le sonambulisme provoqué;* Bernheim, *De la suggestion*, etc.; Liégeois, *De la suggestion et du sonambulisme;* Pitres, *Des suggestions hypnotiques;* Gilles de la Tourette, *L'hipnotisme et les états analogues.*

---

## CAPITULO VI

### CONCLUSIÓN

### I

Después de haber examinado los diversos tipos morbosos, veamos si se puede descubrir una ley que resuma la patología de la voluntad y arroje alguna luz sobre su estado normal.

La volición solo existe á título de hecho, es decir, es una elección seguida de actos. Para que se produzca son necesarias ciertas condiciones. Una falta de impulso ó de suspensión, una exageración de la actividad automática, de una tendencia, de un deseo, de una idea fija, la anulan durante un instante, una hora, un día, un período de la vida. La reunión de estas condiciones, necesarias y suficientes, puede llamarse voluntad. Por lo que toca á las voliciones, es una causa, aunque ella misma sea

una suma de efectos, una resultante que varía con sus elementos; la patología nos lo ha demostrado.

Estos elementos, que indico brevemente, son:

1.º Las tendencias á la acción (ó á la suspensión) que resultan de las circunstancias, del medio, de los consejos, de la educación; en una palabra, todas las que son efectos de causas exteriores.

2.º El carácter, elemento principal, efecto de causas interiores, y que no es una entidad, sino la resultante de esa miriada de estados y de tendencias infinitamente pequeños, de todos los elementos anatómicos que constituyen un cierto organismo; en términos más breves, el carácter es para nosotros la expresión psicológica de un cierto cuerpo organizado, que saca de sí mismo su propio color, su tono particular y su permanencia relativa. Esta es la base última sobre que descansa la posibilidad del querer, lo que le hace enérgico, blando, intermitente, trivial, extraordinario.

Ahora, si consideramos la voluntad no ya en sus elementos constituyentes, sino en los momentos que recorre para constituirse, vemos que la volición es el último término de una evolución progresiva, cuyo reflejo simple es el primer escalón: es la forma más alta de la actividad, entendida siempre en el sentido preciso de poder de producir actos, de poder de reacción.

Tiene por base un legado de generaciones sin número, registrado en el organismo: es la actividad automática primitiva de coordinación simple, casi invariable, inconsciente, aunque haya debido, en lo lejano de los siglos, ser acompañada de un rudimento de conciencia que se ha separado de ella á medida que la coordinación, haciéndose más perfecta, se ha organizado en la especie.

Sobre esta base se apoya la actividad consciente ó individual de los apetitos, deseos, sentimientos, pasiones, de coordinación más compleja y mucho menos estable.

Más arriba, la actividad ideo-motriz, que, en sus manifestaciones extremas alcanza una coordinación á la vez firme y muy complicada, es la volición completa.

Se puede, pues, decir que tiene por condición fundamental una *coordinación jerárquica*, es decir, que no basta que los reflejos sean coordinados con los reflejos, los deseos con los deseos, las tendencias racionales con las tendencias racionales; sino que es necesaria una coordinación entre estos diferentes grupos, una coordinación con subordinación tal, que todo converja hacia un punto único; el fin que hay que alcanzar. Que el lector recuerde los casos morbosos estudiados anteriormente, en particular los impulsos irresistibles, que por sí solos representan la patología de la voluntad casi comple-

ta, y reconocerá que todos se reducen á esta fórmla: ausencia de coordinación jerárquica, acción independiente, irregular, aislada, anárquica.

Si consideramos, pues, la voluntad, sea en sus elementos constituyentes, sea en las fases sucesivas de su génesis (y los dos aspectos son inseparables), vemos que la volición, su último resultado, no es un acontecimiento que no se sabe de dónde proviene, sino que echa sus raíces en lo más profundo del individuo, y más allá del individuo en la especie y las especies. No viene de arriba, sino de abajo; es una sublimación de los elementos inferiores. Yo compararía la volición, una vez afirmada, á lo que se llama en arquitectura una clave de bóveda. A esta piedra la bóveda debe, más que su solidez, su existencia; pero esta piedra no saca su potencia más que de las otras que la sostienen, y la aprietan, como á su vez ella las empuja y las afirma.

Estos preliminares, muy abreviados, eran indispensables para comprender la ley que rige la disolución de la voluntad; porque si las consideraciones que preceden son justas, como la disolución sigue siempre el orden inverso de la evolución, se sigue que las manifestaciones voluntarias más complicadas deben desaparecer antes que las más sencillas, las más sencillas antes que el automatismo. Para dar al enuncia-

do de la ley su forma exacta, tratando la volición, no como un acontecimiento singular, sino como la más alta manifestación de la actividad, diremos: *La disolución sigue una marcha regresiva de lo más voluntario y de lo más complejo á lo menos voluntario y á lo más sencillo, es decir, al automatismo.*

Se trata ahora de ver que esta ley está comprobada por los hechos. No tenemos más que elegirlos.

En 1868, Hughlings Jackson, estudiando ciertos desórdenes del sistema nervioso, hizo notar, creo que el primero, «que los movimientos y las facultades más voluntarias y más especiales se resienten las primeras y más que las otras (1)». Este «principio de disolución ó de reducción á un estado más automático», fué establecido por él, como correlativo de las doctrinas de Herbert Spencer sobre la evolución del sistema nervioso. Toma un caso de los más sencillos, la hemiplegia común por lesión del cuerpo estriado. Un coágulo sanguínco nos sirve para hacer la experiencia. Vemos que el paciente, cuya cara, lengua, brazo y pierna están paralizados, ha perdido los movimientos más automáticos. «El estudio de los casos de hemiplegia nos muestra, que las partes externas que sufren más son las que, hablando psi-

(1) *Clinical and physiological Researches on the nervous System.* Londres, en 8.°, 1875.

cológicamente, dependen más directamente de la voluntad; y, fisiológicamente hablando, implican el mayor número de movimientos diferentes, producidos con el mayor número de intervalos diferentes», en lugar de ser simultáneos como los movimientos automáticos. Si la lesión es más grave, y si alcanza, no sólo las partes más voluntarias del cuerpo (cara, brazos, piernas), sino las que son menos voluntarias (pérdida de ciertos movimientos de los ojos, y de la cabeza y de un lado del pecho), se encuentra que las partes más voluntarias están mucho más paralizadas que las otras.

Ferrier, de igual modo, hace notar (1) que la destrucción general de la región motora, en la corteza del cerebro, como la del cuerpo estriado, produce «las mismas perturbaciones relativas de los diferentes movimientos, siendo los más afectados y paralizados los que están más bajo la influencia de la voluntad, por lo menos después que ha pasado el primer choque. La parálisis facial reside, sobre todo, en la región facial inferior, acentuándose sobre los movimientos más independientes, no siendo más que ligeramente afectados el frontal y los músculos orbiculares. Los movimientos de la pierna se afectan menos que los del brazo, los del brazo menos que los de la mano.»

(1) Ferrier, *De la localisation des maladies cérébrales*, trad. franc., p. 142.

El mismo autor, estableciendo una distinción entre las diferentes *clases* de movimientos y sus centros respectivos, «los que implican la conciencia y que llamaremos voluntarios en el sentido estricto de la palabra,» (los centros corticales superiores) y los «que son descritos como automáticos, instintivos, incluyendo las adaptaciones motoras del equilibrio y de la coordinación motora, la expresión, instintiva de las emociones, y que están organizados de un modo más ó menos completo en los centros subyacentes de la conciencia», afirma que estos últimos tienen una independencia relativa que llega al máximum en los vertebrados inferiores (rana, paloma), al mínimum, en el mono y el hombre. «Me atreví á predecir, añade, que en los animales cuyas facultades motoras no parecían sufrir mucho de una lesión destructiva de los centros nerviosos, debían estar paralizados los movimientos que implican la conciencia (movimientos voluntarios) y que no estaban automáticamente organizados. Esto es lo que han confirmado ampliamente las investigaciones de Goltz. Ha demostrado que aunque la pata del perro no esté definitivamente paralítica, en tanto que es órgano de locomoción, por una lesión de la corteza, lo está, *en tanto que sirve de mano y está empleada como tal* (1). Esta últi-

(1) Ferrier, p. 36 y 37. En el experimento de Goltz, si la lesión está en el cerebro izquierdo, en todo movimiento en que el perro tiene costum-

ma experiencia es para nosotros del mayor interés; nos muestra que en un mismo órgano adaptado á la vez á la locomoción y á la prehensión, la una persiste, aunque alterada, mientras que la otra, más delicada, desaparece.

La instabilidad de la acción voluntaria, compleja, superior (todo es uno), con respecto á la acción automática, simple, inferior, se muestra aún bajo una forma *progresiva* en la parálisis general de los locos. «Las primeras imperfecciones de la movilidad, dice Foville, las que se traducen por un defecto, que apenas se indica, en la armonía de las contracciones musculares, son tanto más apreciables cuanto más se relacionan con movimientos delicados, que exigen una precisión y una perfección grandes en su ejecución. No es, pues, de extrañar que se traduzcan al principio en las operaciones musculares tan delicadas que concurren á la fonación». Se sabe que la torpeza de la palabra es uno de los primeros síntomas de esta enfermedad. Tan débil al principio que sólo un oido ejercitado es capaz de notarla, la perturbación de la pronunciación aumenta

bre de servirse de la pata anterior á modo de *mano*, olvida el uso de la pata derecha. Así es que sujetará un hueso sólo con la pata anterior izquierda; esta pata es la que empleará para escarbar el suelo ó tocar la herida. Si se ha enseñado al animal á dar la pata cuando se le mande, después de la mutilación, no dará más que la pata izquierda, mientras que conservará su pata derecha como clavada al suelo. (Goltz, ap. *Dict. encycl. des sciences médicales*, art. Nerveux).

progresivamente y da lugar á un tartamudeo ininteligible.

»Los músculos que contribuyen á la articulación han perdido toda su armonía de acción; ya no pueden contraerse sino con esfuerzo; la palabra se ha hecho incomprensible.

»En los miembros, las lesiones de la movilidad no afectan al principio más que á los movimientos que exigen más minucia y precisión. El enfermo puede hacer grandes marchas y servirse de sus brazos para ejercicios que no piden más que movimientos de conjunto; pero no puede ejecutar pequeñas operaciones delicadas con los dedos, sin temblar un poco y sin ponerse á ello varias veces; se observa esto si se le manda recoger del suelo un alfiler ó dar cuerda á su reloj, etc. Los artesanos habituados por su oficio á trabajos de precisión, se imposibilitan mucho antes que los empleados en trabajos groseros. Cuando se trata de escribir, se tiene la pluma con una indecisión que se traduce por una irregularidad más ó menos pronunciada de los caracteres trazados. Cuanto más avanza la enfermedad en su marcha, más temblorosa y desfigurada sale la escritura; de modo que comparando una serie de cartas escritas en épocas diferentes se pueden seguir los progresos sucesivos de la afección, hasta que el enfermo llega á ser incapaz de escribir.

»Más tarde, la indecisión de los miembros

superiores existe aún en los movimientos de conjunto; el temblor, el debilitamiento impiden al enfermo llevar directamente sus alimentos á la boca, sacar el pañuelo, volverlo á meter, etc.

»En los miembros inferiores, la progresión es análoga; al principio, los enfermos paralíticos marchan con vigor, yendo derechos hacia adelante; pero si se trata de ir á la izquierda ó la derecha, y sobre todo, girar sobre sí mismos para volver sobre sus pasos, se hace patente la duda y la falta de precisión. Después, aun marchando delante de ellos, avanzan con un paso pesado, mal coordinado. Más tarde, en fin, los cuesta trabajo dar algunos pasos (1),

Recordemos otra vez las perturbaciones de la movilidad que suceden al abuso del alcohol.

El temblor es uno de los fenómenos más precoces. «Las manos son las primeras partes afectadas, después los brazos, las piernas, la lengua y los labios. A medida que crece, el temblor se complica en general con otro desorden más grave: el debilitamiento muscular. Afecta al principio á los miembros *superiores*; este es un carácter casi constante; los dedos se hacen inhábiles, torpes; la mano aprieta mal los objetos y los deja escapar. Después esta debilidad gana el antebrazo y el brazo; el enfermo no puede entonces servirse de sus miembros superiores

(1) Foville, *Dictionnaire de médecine*, etc., art. Paralysie générale, p. 97-99.

más que de un modo muy incompleto; llega á no poder comer solo. Más tarde estos fenómenos se extienden á los miembros *inferiores*; la estación se hace difícil; la marcha incierta, titubeante; después todo esto va creciendo. Los músculos de la espalda se afectan, á su vez... y el desdichado paralítico se ve obligado á guardar cama» (1).

Podríamos añadir además lo que pasa en las convulsiones, la corea, etc. Esta marcha, que no tiene para el médico más que un interés clínico, tiene para nosotros un interés psicológico. Estos hechos de experiencia diaria, espero que bastarán para producir la convicción, para demostrar que la ley de disolución sigue una marcha de lo complejo á lo sencillo, de lo voluntario á lo automático, que el último término de evolución es el primero de la disolución. No hemos estudiado hasta aquí, es verdad, más que una desorganización de los movimientos; pero los que tratan la psicología como ciencia natural no encontrarán nada que decir. Como la volición no es para nosotros una entidad imperativa que reina en un mundo aparte y distinto de sus actos, sino la expresión última de una coordinación jerárquica, y como cada movimiento ó grupo de movimientos está representado en los centros nerviosos, claro es que con cada grupo paralizado desaparece un elemento

(1) Fournier, *ibid*, art. Alcoolisme, p. 636, 637.

de la coordinación. Si la disolución es progresiva, la coordinación sin cesar empobrecida de cualquier elemento, irá siempre reduciéndose; y como la experiencia demuestra que la desaparición está en razón directa de su complejidad y de su delicadeza, nuestra tesis está comprobada.

Podemos, por otra parte, fijar más esta comprobación de nuestra ley recordando lo que sucede en las enfermedades del lenguaje, y aquí penetramos en el mecanismo íntimo del espíritu. No insistiré sobre un asunto, que ya he tratado ampliamente (1). He tratado de demostrar que muchos casos de afasia resultan de una amnesia motora, es decir, de un olvido de los elementos motores de los movimientos que constituyen el lenguaje articulado. Recordaré que Trousseau había ya notado que «la afasia es siempre reductible á una pérdida de la memoria, sea de los signos vocales, sea de los medios por los cuales se articulan las palabras; que W. Ogle distingue también dos memorias verbales: una primera, reconocida por todo el mundo, gracias á la cual tenemos conciencia de la palabra, y una segunda, con que la expresamos». Este olvido de los movimientos, aun cuando constituye ante todo una enfermedad de la memoria, nos revela también un debilitamiento del poder motor, un desorden de la coor-

(1) *Les Maladies de la Mémoire*, p. 119 y siguientes.

dinación voluntaria. El enfermo quiere expresarse; su volición no sale al exterior ó se traduce incompletamente, es decir, que la suma de las tendencias coordinadas que en el momento actual constituyen el individuo en tanto que quiere expresarse, está parcialmente impedida de pasar al acto; y la experiencia nos enseña que esta impotencia de expresión afecta al principio á las palabras, es decir, al lenguaje racional; en seguida á las frases exclamativas, las interjecciones, lo que Max Müller designa con el nombre de lenguaje emocional; por último, en casos muy raros, á los gestos. La disolución va, pues, también aquí de lo más complejo á lo menos complejo y á lo sencillo, de lo voluntario á lo semivoluntario y á lo automático, que es casi siempre respetado.

Podemos penetrar todavía más en la vida puramente psíquica; pero ya aquí todo se hace vago, flotante. Como no podemos unir cada volición á un grupo de movimientos de los órganos vocales, locomotores ó prehensores, andamos á tientas. Sin embargo, es imposible no notar que la forma más alta de la volición, la atención voluntaria, es entre todas la más rara y la más inestable. Si en lugar de considerar la atención voluntaria (1) á la manera del psi-

(1) No se trata, entiéndase bien, de la atención involuntaria, que es natural, espontánea; por otra parte, ya nos hemos explicado anteriormente sobre este punto (V. p. 101 y siguientes).

cólogo que se estudia á sí mismo y no sale de su propio interior, la consideramos en la masa de los seres humanos sanos y adultos, para determinar poco más ó menos qué lugar tiene en su vida mental, veremos qué pocas veces se produce y por qué corta duración. Si se pudiera en la humanidad, tomada en conjunto, durante un período de tiempo dado, comparar la suma de los actos producidos por la atención voluntaria y la suma de los actos producidos sin ella, la relación sería casi de cero al infinito. Por la misma razón de su superioridad de naturaleza y de su extrema complejidad es un estado, una coordinación (1) que puede rara vez nacer y que apenas nacida está ya en vía de disolución.

Para atenernos á los hechos positivos, ¿no es muy conocido que la imposibilidad de una atención sostenida es uno de los primeros síntomas de debilitamiento del espíritu, sea temporal, como en la fiebre, sea permanente, como en la locura? La forma más alta de coordinación es, pues, la más inestable, aun en el orden puramente psicológico.

Esta ley de disolución, ¿qué es, por otra parte, sino un caso de esta gran ley biológica ya

(1) De igual modo que los grupos de movimientos simples deben estar organizados y coordinados para permitir esta coordinación superior de que nacen los movimientos delicados y complejos, los grupos de estados de conciencia simples deben estar organizados, asociados y coordinados, para permitir esa coordinación superior, que es la atención.

señalada á propósito de la memoria? Las funciones últimamente nacidas son las primeras en degenerar. En el individuo, la coordinación automática precede á la coordinación nacida de los deseos y de las pasiones, que precede á su vez á la coordinación voluntaria, cuyas formas más sencillas preceden á las más complejas. En el desarrollo de las especies (si se admite la teoría de la evolución), durante siglos existieron solas las formas inferiores de la actividad; después, con la complejidad creciente de las coordinaciones, llegó un tiempo en que existió la voluntad. La vuelta al reinado de los impulsos, aunque le acompañen algunas brillantes cualidades de espíritu, es, pues, en sí misma, una *regresión*. Bajo este aspecto, el pasaje siguiente de Herbert Spencer nos servirá de resumen y de conclusión sobre este punto. «En las personas afectadas de perturbaciones nerviosas crónicas, cuya sangre empobrecida y agotada no basta ya á mantener la actividad necesaria de las trasformaciones moleculares.... la irascibilidad es para todo el mundo fácilmente observable; y la irascibilidad implica una inactividad relativa de los elementos superiores. Se produce cuando una descarga repentina, trasmitida por un sufrimiento ó una contrariedad á los plexos que ajustan la conducta en las acciones penosas ó desagradables, no va acompañada de una descarga que llegue á esos ple-

xos en que la acción es adaptada á un gran número de circunstancias en lugar de estarlo á una sola. Que la producción insuficiente del aflujo nervioso explica la pérdida del equilibrio en las emociones, es un corolario de lo que ya se ha dicho. Los plexos que coordinan las actividades defensivas y destructivas, y en los cuales tienen su sitio los sentimientos simultáneos de antagonismo y de cólera, son una herencia de todas las razas de seres anteriores, y están, por consiguiente, bien organizados, tan bien organizados que el niño en brazos de su madre nos los muestra ya en acción. Pero los plexos que uniendo y coordinando gran variedad de plexos inferiores, adaptan la conducta en una gran variedad de exigencias exteriores, se han desarrollado mucho más tarde, tanto que además de ser externos y complejos, están formados de canales mucho menos permeables. Por consiguiente, cuando el sistema nervioso no está en toda su plenitud, estos aparatos llegados los últimos y los más elevados de todos, son los primeros en que la actividad falta. En lugar de entrar en acción instantáneamente, sus efectos, si son apreciables, llegan demasiado tarde para luchar contra los de los aparatos subordinados (1).

(1) Herbert Spencer, *Principes de psychologie,* tomo I, p.

## II

Después de haber seguido paso á paso la disolución de la voluntad, el resultado fundamental que nos ha parecido deducirse es que está en coordinación variable en complexidad y en grados; que esta coordinación es la condición de existencia de toda volución, y que según que esté total ó parcialmente destruída aquélla, la volición está aniquilada ó mutilada. Sobre este resultado es sobre el que queremos insistir, limitándonos á breves indicaciones sobre algunos puntos, no siendo nuestro objeto escribir una monografía de la voluntad.

I. Examinemos primeramente las condiciones materiales de esta coordinación. La voluntad, que en algunos privilegiados alcanza un poder tan extraordinario y hace tan grandes cosas, tiene un origen muy humilde. Se encuentra en esa propiedad biológica inherente á toda materia viva, que se llama la irritabilidad, es decir, la reacción contra las fuerzas exteriores. La irritabilidad, forma fisiológica de la ley de inercia, es en cierto modo un estado de indiferenciación primordial de que saldrán, por diferenciación ulterior, la sensibilidad propiamente dicha y la movilidad, esas dos grandes bases de la vida psíquica.

Recordemos que la movilidad (que sólo nos interesa aquí) se manifiesta, aun en el reino vejetal, bajo formas diversas: por los movimientos de ciertos esporos de la sensitiva, de la dionea, de muchas otras plantas á que Darwin ha consagrado una obra muy conocida. La masa protoplásmica, de apariencia homogénea, que compone por sí sola ciertos seres rudimentarios, está dotada de movilidad. Las amebas y el glóbulo blanco de la sangre, con ayuda de las expansiones que emiten, caminan poco á poco. Estos hechos, que se encontrarán descritos con abundancia en las obras especiales, nos muestran que la movilidad aparece mucho antes que los músculos y que el sistema nervioso por rudimentarios que sean.

No hay para qué seguir la evolución de estos dos aparatos de perfeccionamiento á través de la serie animal. Notemos solamente que los trabajos sobre la localización de los centros motores, tan importantes para el mecanismo de la voluntad, han conducido á algunos sabios á estudiar el estado de estos centros en los recién nacidos. Esta investigación, seguida con gran cuidado por Soltmann en 1875, ha dado los siguientes resultados: en los conejos y los perros no existe, inmediatamente después del nacimiento, ningún punto de la corteza cerebral cuya irritación por la electricidad sea capaz de determinar movimiento. Sólo en el décimo día

es cuando se desarrollan los centros de los miembros anteriores. En el décimotercero aparecen los de los miembros posteriores. En el décimosexto, estos centros aparecen ya bien distintos entre sí y de los de la cara. De estos resultados se puede sacar la conclusión de que la ausencia de dirección motora voluntaria coincide con la ausencia de órganos apropiados; y que á medida que el animal va siendo más dueño de sus movimientos, los centros cerebrales en que se hace la elaboración voluntaria adquieren una independencia más manifiesta» (1).

Flechsig y Parrot han estudiado el desarrollo del encéfalo en el feto y en el niño. Resulta de las investigaciones del último (2), que si se sigue el desarrollo de la sustancia blanca de un hemisferio entero, se la ve elevarse sucesivamente desde el pedúnculo al tálamo óptico, después á la cápsula interna, al centro hemisférico y por último alcanzar á la cubierta cerebral. Las partes cuyo desarrollo es más lento, tienen también el destino funcional más elevado.

Terminado el período de formación, el mecanismo de la acción voluntaria aparece constituído como sigue: la incitación parte de las regiones llamadas motoras de la capa cortical (región parieto-frontal), sigue el fascículo pira-

(1) *Dictionnaire encycl. des sciences médicales* François-Franck, art. NERVEUX, p.° 585.
(2) Archives de physiologie, 1879, p. 505-520.

midal, llamado *voluntario* por algunos autores. Este fascículo, que consiste en la agrupación de todas las fibras que nacen de las circunvoluciones motrices, desciende á través del centro oval, forma una pequeña parte de la cápsula interna, que, como es sabido, penetra en el cuerpo estriado «como una cuña en un trozo de madera.» Este fascículo sigue el pedúnculo cerebral y el bulbo, donde sufre una decusación más ó menos completa, y pasa al lado opuesto de la médula espinal, constituyendo así una gran comisura entre las circunvoluciones motoras y la sustancia gris de la médula, de donde salen los nervios motores (1). Este grosero esquema da alguna idea de la complejidad de los elementos requeridos para la acción voluntaria y de la solidaridad íntima que los une.

Hay, desgraciadamente, divergencias de interpretación sobre la naturaleza real de los centros cerebrales de donde parte la incitación. Para Ferrier y muchos otros, son estos centros motores, en el sentido estricto, es decir, que en ellos y por ellos comienza el movimiento. Schiff, Hitzig y Nothnagel, Charlton Bastian, Munk han dado otras interpretaciones que no son ni tan probables ni tan claras. Se reducen, sin embargo, en total, á considerar que estos

(1) Huguenin, *Anatomie des centres nerveux*, trad. Keller.—Brissaud, *De la contracture permanente des hémiplégiques*, 1880, p. 9 y siguientes.

centros son más bien de «naturaleza sensitiva», quedando restituído al cuerpo estriado el oficio motor propiamente dicho. Las fibras nerviosas que descienden desde la superficie cortical al cuerpo estriado en los animales superiores y en el hombre, serían por su naturaleza estrictamente comparables á las fibras que unen la célula «sensitiva» con la célula «motora» en un mecanismo ordinario de acción refleja (1). En otros términos, existirían en la corteza cerebral «regiones circunscritas cuya excitación experimental produce en el lado opuesto del cuerpo movimientos determinados, localizados. Estos puntos parece que deben ser más bien considerados como centros de *asociación voluntaria* que como centros motores propiamente dichos. Serían el asiento de incitaciones á los movimientos voluntarios, y no verdaderos puntos de partida del movimiento. Se podría asimilarlos mejor á los órganos sensibles periféricos que á los aparatos motores de los cuernos anteriores de la médula.. Estos centros serían, pues, *psicomotores*, porque mandan con su acción completamente psíquica sobre verdaderos aparatos motores... Creemos que los diferentes puntos indicados como centros motores de los miembros, de la cara, etc., corresponden á los aparatos que reciben y trasforman en incitación

(1) Charlton Bastian, *Le cerveau, organe de la pensée*, tomo II, p. 198.

*voluntaria* las sensaciones de origen periférico. Serían centros volitivos y no verdaderos centros motores (1).»

A pesar de esta cuestión pendiente, cuya solución interesa á la psicología por lo menos tanto como á la fisiología; á pesar de los disentimientos de pormenor que hemos pasado por alto, especialmente las incertidumbres acerca del papel del cerebelo, se puede decir con Charlton Bastian que, si desde el tiempo de Hume no hemos averiguado, en el sentido completo de la palabra, por qué medios los movimientos de nuestro cuerpo ejecutan las órdenes de la voluntad, al menos hemos aprendido algo acerca de las partes principalmente interesadas, y, por consiguiente, acerca del camino que siguen las excitaciones voluntarias.

II. Examinando la cuestión por su lado psicológico, la coordinación voluntaria reviste tantas formas y es susceptible de tantos grados, que es preciso limitarse á notar sus principales etapas. Sería natural comenzar por la inferior; pero creo útil, por razones de claridad, seguir el orden inverso.

La coordinación más perfecta es la de las voluntades superiores, de los grandes activos, sea cualquiera el orden de su actividad: César,

(1) François Franck, *loc. cit.*, p. 577-578.

ó Miguel Angel, ó San Vicente de Paul. Se resume en pocas palabras: unidad, estabilidad, potencia. La unidad exterior de su vida está en la unidad de su fin, siempre perseguido, creando, según las circunstancias, coordinaciones y adaptaciones nuevas. Pero esta unidad exterior no es á su vez más que la expresión de una unidad interna: la de su carácter. Por seguir siendo los mismos es por lo que su fin sigue siendo también el mismo. Su fondo es una pasión potente, inextinguible, que pone las ideas á su servicio. Esta pasión, son ellos, es la expresión psíquica de su constitución, tal como la naturaleza la ha hecho. ¡Y cómo queda en la sombra, ineficaz, estéril, olvidado, semejante á una vegetación parásita, todo lo que se sale de esta coordinación! Ofrecen el tipo de una vida siempre de acuerdo consigo misma, porque en ellos todo conspira, converge y consiente. Aun en la vida ordinaria, se encuentran de estos caracteres, que no hacen hablar de ellos, porque les ha faltado la elevación del fin, las circunstancias, y, sobre todo, la potencia de la pasión: no han conservado de ella más que la estabilidad. Bajo forma distinta, los grandes estóicos, Epicteto, Traseas (no hablo de su *Sabio*, que no es más que un ideal abstrato), han realizado este tipo superior de voluntad en su forma negativa,—la contención,—conforme á la máxima de la Escuela: «Sustine et abstine».

Por bajo de esta coordinación perfecta, existen las vidas sujetas á intermitencias, cuyo centro de gravedad, ordinariamente estable, oscila, sin embargo, de cierto en cierto tiempo. Un grupo de tendencias forma una secesión temporal de acción limitada que expresa, mientras existen y obran aquéllas, un lado del carácter. Estos individuos no tienen, ni para si ni para los demás, la unidad de las grandes voluntades; y cuanto más frecuentes y de naturaleza más compleja son estas infracciones á la coordinación perfecta, más disminuye la potencia voluntaria. Todos estos grados se encuentran en la realidad.

Descendiendo siempre, llegamos á esas vidas por partida doble, en las que dos tendencias contrarias ó simplemente diversas predominan alternativamente. Hay en el individuo dos centros de gravedad alternantes, dos puntos de convergencia para coordinaciones sucesivamente preponderantes, pero parciales. Bien considerado, quizá sea este el tipo más común si se mira alrededor de sí, y si se consulta á los poetas y á los moralistas de todos los tiempos, que repiten á porfía que hay dos hombres en nosotros. El número de estas coordinaciones sucesivas puede ser todavía mayor; pero sería ocioso seguir este análisis.

Un paso más, y entramos en la patología. Recordemos los impulsos bruscos, irresistibles,

que tienen á cada instante la voluntad amenazada; es una tendencia hipertrofiada que rompe sin cesar el equilibrio, á la cual su intensidad no le permite coordinarse con las demás: sale de filas, ordena en vez de subordinarse. Después, cuando estos impulsos no son ya un accidente, sino una costumbre, no un lado del carácter, sino el carácter mismo, no hay ya más que coordinaciones intermitentes: la excepción es la voluntad.

Mas abajo todavía, se convierte en un simple accidente. En la sucesión indefinida de los impulsos que varían de un minuto á otro, apenas si de tarde en tarde encuentra condiciones de existencia una volición precaria. No hay ya más que caprichos. El carácter histérico nos ha dado el tipo de esta *incoordinación* perfecta. Hénos, pues, en el otro extremo.

Por bajo de esto no hay ya enfermedades de la voluntad, sino una suspensión del desarrollo que la impide aparecer. Tal es el estado de los idiotas y de los débiles de espíritu. Diremos aquí algunas palabras acerca de ellos, para completar nuestro estudio patológico.

«En el idiotismo profundo, dice Griesinger, los esfuerzos y las determinaciones son siempre instintivos; son provocados, sobre todo, por la necesidad de alimento; lo más frecuente es que afecten carácter de actos reflejos de los cuales el individuo apenas tiene conciencia.

Ciertas ideas sencillas pueden todavía provocar esfuerzos y movimientos, por ejemplo, jugar con pedacitos de papel... Sin hablar de los que están sumidos en el más profundo idiotismo, cabe preguntarse: ¿Hay en ellos algo que represente la voluntad? ¿Qué es lo que puede querer en ellos?

«En muchos idiotas de esta última clase, la única cosa que parece poner un poco su espíritu en movimiento es el deseo de comer. Los idiotas más profundos no manifiestan esta necesidad más que por agitación y gruñidos. Aquellos en que la degeneración es menos profunda, mueven un poco los labios y las manos, ó bien lloran: así es como expresan que quieren comer...

«En el idiotismo ligero, el fondo del carácter es la inconstancia y embotamiento del sentimiento y la debilidad de la voluntad. El humor de estos individuos depende de lo que les rodea y de los tratamientos de que son objeto: dóciles y obedientes cuando se tiene cuidado de ellos, malos ó maliciosos cuando se les maltrata (1).»

(1) Griesinger, *Traité des maladies mentales*, trad. francesa, p. 433, 434. Para un estudio completo de la cuestión, consúltese la obra reciente del P. Sollier: *Psychologie de l'idiot et de l'imbécile*. Se verá que en ellos no puede constituirse la voluntad porque faltan sus condiciones de existencia. La atrofia de las facultades intelectuales y afectivas hace imposible la aparición de la actividad voluntaria; lo que prueba una vez más que no es una facultad primordial sino un estado adquirido, complejo, resultado de una evolución. Esos débiles de espíritu no pueden pasar del

Antes de acabar este asunto, haremos todavía notar que si la voluntad es una coordinación, es decir, una suma de relaciones, puede predecirse *á priori* que se producirá mucho más raras veces que las formas más sencillas de actividad, porque un estado complejo tiene muchas menos probabilidades de producirse y de durar que un estado más sencillo. En realidad, así suceden las cosas. Si se cuenta en cada vida humana lo que debe inscribirse á cargo del automatismo, del hábito, de las pasiones, y, sobre todo, de la imitación, se verá que el número de los actos puramente voluntarios, en el sentido estricto de la palabra, es bien pequeño. Para la mayoría de los hombres, basta la imitación; se contentan con lo que *ha sido* voluntad en otros y, así como piensan con las ideas de todo el mundo, obran con la volundad de todo el mundo. Cogida entre los hábitos que la mutilan ó la destruyen, la voluntad es, según antes dijimos, un accidente afortunado.

Por último; ¿será necesario hacer notar cuán semejante es esta coordinación de complejidad creciente de las tendencias que forma los grados de la voluntad, á la coordinación de complejidad creciente de las percepciones y de las imágenes, que constituye los diversos grados de la inteligencia, teniendo una por base y

período de los reflejos afectivos é intelectuales; el mundo de la voluntad es una tierra prometida en que no entrarán jamás.

condición fundamental, el carácter, la otra por base y condición fundamental «las formas del pensamiento», siendo ambas una adaptación más ó menos completa del sér á su medio, en el orden de la acción ó en el orden del conocimiento?

Ahora estamos ya preparados para la conclusión general de este trabajo, indicada muchas veces de pasada. Iluminará, creo yo, con una luz retrospectiva, el camino recorrido. Héla aquí:

La volición es un estado de conciencia final que resulta de la coordinación más ó menos compleja de un grupo de estados, conscientes, subconscientes ó inconscientes (puramente fisiológicos) que todos reunidos se traducen en una acción ó en una suspensión. La coordinación tiene por factor principal el carácter, que no es más que la expresión psíquica de un organismo individual. El carácter es el que da á la coordinación la unidad,—no la unidad abstracta de un punto matemático, sino la unidad concreta de un consensus. El acto por el cual esta coordinación se hace y se afirma es la elección fundada sobre una afinidad de naturaleza.

La volición que algunos psicólogos tan á menudo han observado, analizado, comentado, no es para nosotros más que un simple estado de conciencia. No es más que un efecto

de ese trabajo psico-fisiológico, tantas veces descrito, del cual sólo entra una parte en la conciencia bajo la forma de una deliberación. *Además, no es causa de nada*. Los actos y movimientos que la siguen resultan directamente de las tendencias, sentimientos, imágenes é ideas que han acabado por coordinarse bajo la forma de una elección. De este grupo es de donde viene toda la eficacia.

En otros términos—y para no dejar ningún equívoco,—el trabajo psico-fisiológico de la deliberación termina, por una parte, en un estado de conciencia, la volición, y, por otra, en un conjunto de movimientos ó de suspensiones. *El «yo quiero» denota una situación, no la constituye*. Lo compararía yo con el veredicto de un jurado que puede ser resultado de una instrucción criminal muy larga, de debates muy apasionados, que será seguido de consecuencias graves que se extenderán en un largo porvenir, pero *que es un efecto sin ser una causa*, no siendo en derecho más que una simple afirmación.

Si nos obstinamos en hacer de la voluntad una facultad, una entidad, todo se vuelve oscuridad, dificultad, contradicción. Quedamos cogidos en la trampa de una cuestión mal puesta. Si se aceptan, por el contrario, los hechos como son, nos desembarazamos, por lo menos, de las dificultades ficticias. No hay que preguntar-

se, según Hume y tantos otros, cómo un «yo quiero» puede hacer mover mis miembros. Es un misterio que no hay para qué esclarecer, puesto que no existe, puesto que la volición no es causa en ningún modo. En la tendencia natural de los sentimientos y de las imágenes á traducirse en movimientos, es donde debe buscarse el secreto de los actos producidos. No encontramos aquí más que un caso sumamente complicado de la ley de los reflejos, en el cual, entre el período llamado de excitación y el período motor, aparece un hecho psíquico capital —la volición—demostrando que el primer período acaba y que comienza el segundo.

Nótese también cómo se explica ahora sin dificultad esa enfermedad rara que se llama la abulia, y con ella las formas análogas estudiadas más arriba (1) y hasta esa simple debilidad de la voluntad, apenas morbosa, tan frecuente, sin embargo, en las gentes que dicen querer y no ejecutan. Es que el organismo individual, fuente de donde todo sale, tenía que producir dos efectos y sólo produce uno: el estado de conciencia, la elección, la afirmación; pero las tendencias motoras son demasiado débiles para traducirse en actos. Hay coordinación suficiente é impulso insuficiente. En los actos irresistibles, por el contrario, lo que se exagera es el

(1) V. el capítulo I.°

impulso, y la coordinación la que desaparece.

Debemos así á la patología dos resultados principales: uno, que el «yo quiero» está en sí mismo desprovisto de toda eficacia para la acción; otro, que la voluntad en el hombre razonable es una coordinación sumamente compleja é inestable, frágil por su misma superioridad, porque es «la fuerza de orden más elevado que la naturaleza ha producido hasta ahora, la última inflorescencia consumada de todas sus obras maravillosas (1).»

(1) Maudsley, *Physiologie de l'esprit*, trad. Hersen, pág. 429.

FIN

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

Páginas.



## CAPÍTULO PRIMERO

### DEBILITAMIENTO DE LA VOLUNTAD

#### I.—*La falta de impulso.*

## CAPÍTULO II

### DEBILITAMIENTO DE LA VOLUNTAD

### II.—*El exceso de impulso.*



## CAPÍTULO III

### DEBILITAMIENTO DE LA ATENCIÓN VOLUNTARIA

Páginas.



## CAPITULO IV

### REINADO DE LOS CAPRICHOS



## CAPÍTULO V

### ANIQUILAMIENTO DE LA VOLUNTAD



### CONCLUSIÓN

Páginas